ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de la sombra riente

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 12

ePub r1.2

Titivillus 30.06.16

Título original: *The Mystery of the Laughing Shadow*
William Arden, 1969
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Cubierta: Ángel Badía Camps
Ilustraciones: Harry Kane
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

Unas palabras de Alfred Hitchcock

Un saludo afectuoso, lector. Me encanta estar de nuevo en relación contigo para seguir otra aventura de esos tres sorprendentes muchachos agrupados bajo la denominación de «Los Tres Investigadores». Esta vez se trata de un misterioso amuleto de oro, procedente de un perdido tesoro indio, que les lleva a afrontar peligros mucho mayores que los que tú podrías imaginar en los momentos presentes. Y para que todo tenga más emoción hay una extraña sombra riente que surge en los lugares más inesperados.

Si has leído los casos anteriores, por supuesto que sabes ya todo lo que hay que saber acerca de mis jóvenes amigos. El primer investigador, Júpiter Jones, es corpulento, grueso, casi; Pete Crenshaw es alto y musculado, y Bob Andrews resulta de físico más ligero y también más reflexivo y estudioso. Los tres viven en Rocky Beach (California), una pequeña comunidad de la costa del Pacífico, no lejos del deslumbrante Hollywood. Tienen su cuartel general móvil en un remolque cuidadosamente oculto en un almacén de chatarra al aire libre del que son propietarios los tíos de Júpiter, con los que el chico vive.

Bueno, ¿y para qué he de andarme con más rodeos y explicaciones? ¡Adelante con el caso de turno! La sombra está a punto de reír… O de gritar. ¿No sería tal palabra más apropiada?

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Una risa en la noche

Bob Andrews y Pete Crenshaw se hallaban todavía a unos tres kilómetros de sus casas, en Rocky Beach, cuando tuvieron que encender los faros de sus bicicletas. En invierno, la oscuridad llega de pronto en las montañas del sur de California.

—¡Dios mío! —exclamó Pete—. Debiéramos haber emprendido el regreso antes.

—El baño que nos hemos dado justifica cualquier retraso —contestó Bob.

El día maravilloso que habían pasado en las montañas, coronado por un agradable baño en una de sus corrientes de agua, habíase visto ensombrecido tan sólo por la ausencia de Júpiter Jones, el tercer miembro del grupo denominado Los Tres Investigadores. Jupe había tenido mucho que hacer en él almacén de chatarra al aire libre, propiedad de su tío Titus.

Cansados, pero sintiéndose muy felices, los dos muchachos pedaleaban rápidamente por un camino que corría a lo largo de una elevada y pétrea pared, ya en tinieblas, cuando oyeron inesperadamente un grito sobrecogedor.

—¡Socorro!

Muy extrañado, Pete frenó su bicicleta, que se detuvo bruscamente. Bob se precipitó casi encima de su amigo.

—¡Uf! —Gruñó Bob. Pete susurró:

—¿Oíste eso?

Bob recompuso su postura encima de la bicicleta, mirando hacia el muro.

—Sí, claro. ¿Tú qué crees? ¿Supones que se trata de alguien que

haya sufrido algún daño?

Hallándose los dos chicos inmóviles, atentos, allí donde se habían detenido, algo se agitó entre 1a vegetación, más allá de la pared.

—¡Socorro!

Ésta vez ya no había duda. Aquélla era una voz apremiante. Directamente, enfrente de ellos, había una pesada y elevada puerta de gruesos barrotes de hierro, rematada con pinchos semejantes a cabezas de lanzas. Los muchachos no vacilaron. Desentendiéndose de su bicicleta, que depositó cuidadosamente en el suelo, Pete echó a correr hacia la puerta. Bob le seguía de cerca cuando de pronto profirió un grito muy agudo, aunque bajo:

—¡Oooooooooh!

Algo había sido lanzado por encima de la pared de piedra, dándole en un brazo… Era un pequeño objeto que estuvo a punto de perderse en la oscuridad.

—¡Aquí está!

Pete se inclinó para cogerlo. Los dos chicos se quedaron con la vista fija en el objeto en cuestión, sobre la palma de la mano de Pete. Tratábase de una estatuilla metálica, brillante. Mediría poco más de seis centímetros de longitud y representaba un hombre con las piernas cruzadas, como si se hallara sentado en el suelo.

—¿Qué es esto, Pete?

—No sé… Da la impresión de que estuvo hasta ahora sujeto a algo. ¿Te has fijado en el anillito de la cabeza?

—Voló por encima del muro —manifestó Bob—. ¿Tú crees…?

El rumor que percibió al otro lado de la pared le hizo enmudecer de súbito. Alguien andaba entre la maleza. Luego, una apagada voz dijo:

—Ha tirado algo fuera. ¡Búscalo!

—Yo lo encontraré, jefe —contestó una segunda voz.

Oyéronse unos ruidos metálicos en la puerta de hierro. Alguien intentaba abrirla. Mirando a su alrededor rápidamente, los muchachos vieron unos espesos matorrales junto a la pared. Escondieron sus bicicletas en ellos y se agazaparon a su vez.

La maciza puerta giró sobre sus enmohecidos goznes. Después, por entre los árboles que había al borde del camino se deslizó una sombra. Los dos amigos contuvieron la respiración, asomando

tímidamente sus cabezas por entre unos tallos. La sombra pasó cerca de ellos, alejándose por la carretera.

—¿Has podido ver quién era? —susurró Bob.

—Está esto demasiado oscuro.

—Quizá debiéramos entregarle la estatuilla. Todo parece indicar que es un objeto valioso.

—A mí me parece que nosotros… ¡Mira!

Una oscura sombra se plantó a menos de tres metros de distancia del punto en que se habían escondido. Los chicos se quedaron como paralizados, no atreviéndose a hacer el menor ruido. La sombra se destacaba sobre ellos en la noche… Era alta, retorcida, cargada de espaldas, hallándose en posesión de una larga y ganchuda nariz, en una menuda cabeza que giraba hacia un lado y otro, incesantemente.

De pronto, una risa salvaje tremoló en la oscuridad. Era proferida por la alta sombra que tan cerca se encontraba del escondite de los dos amigos. Cuando éstos pugnaban por sobreponerse al pánico que comenzaba a dominarles, queriendo evitar a toda costa un frenético impulso de echar a correr, la sombra habló. Y su voz era la de un hombre normal.

—No importa. La oscuridad aquí es demasiado grande para ponerse a buscar ahora.

—Conforme, jefe —respondió, el otro hombre, desde el extremo opuesto del camino—. Veré si se puede encontrar eso mañana.

La alta sombra cargada de espaldas y estrambótica cabeza esperó un momento, para que el otro hombre se le uniera. Luego, echaron a andar. Oyóse un crujido continuo de hojas y tallos resecos y la puerta de hierro se cerró con el mismo estrépito con que se había abierto. Bob y Pete continuaron ocultos hasta el instante en que percibieron el ruido de la llave girar en la cerradura y los pasos de los desconocidos se perdieron a lo lejos, por el lado opuesto de la pared.

—¿Viste bien a ese hombre? —inquirió Peté, en un susurro—. Me refiero al de la cabeza tan chocante. Y esa risa… ¿Qué clase de risa es ésa?

—Lo ignoro —respondió Pete. Añadiendo, con firmeza—: Y me parece que no tengo mucho interés en saberlo.

—Sigamos nuestro camino. Pondremos a Jupe al corriente de lo

que acabamos de presenciar.

—He ahí una idea que me agrada —convino Pete.

Montados de nuevo en sus bicicletas, los dos chicos recorrieron el resto del camino en silencio. Cuando bajaban en dirección a Las Casitas Pass, la risa salvaje de minutos antes tornó a resonar a sus espaldas.

Comenzaron a pedalear furiosamente. Y el ritmo de su marcha disminuyó, fue a menos, tan sólo cuando aquel paso quedó atrás y pudieron ver las luces familiares de Rocky Beach, que parecían acogerlos con amistosos guiños.

Capítulo 2

Un mensaje misterioso

—¡Esto parece de oro macizo! —exclamó Júpiter Jones.

El primer investigador del trío, de recio cuerpo, con sus desorbitados ojos, parecía un solemne búho mientras examinaba con toda atención la estatuilla.

—¿Es un objeto de valor, Jupe? —inquirió Bob.

—Supongo que de mucho valor —declaró Júpiter—, y no precisamente porque sea de oro.

—¡Cáspita, Jupe! ¿Es que existe algo que tenga más valor que el oro? —preguntó Pete.

En la mano de Júpiter, la estatuilla brillaba.

—Fijaos bien, amigos… Fijaos en que está cuidadosamente labrada. Tiene que haber sido hecha por un hábil artesano… Mirad estos ojos oblicuos, la emplumada cabeza. Yo creo que la estatua es obra de algún indio americano y que cuenta muchos años. Yo he visto cosas semejantes a ésta en los museos.

Los chicos se hallaban reunidos en el viejo remolque que les servía de cuartel general. Por haber salido malparado en un accidente, el tío de Júpiter, el tío Titus, no había podido venderlo. Habíaselo regalado a los tres amigos para que tuvieran donde reunirse. Los chicos, posteriormente, habían ido apilando chatarras por los contornos, y encima, hasta que nadie supo, excepto ellos, a dónde había ido a parar realmente el viejo remolque.

Tenía éste varias entradas, todas ellas secretas. En su interior, los chicos habían montado un pequeño despacho, con su mesa, teléfono, magnetófono y otros elementos útiles para sus tareas de investigadores. Anexo al despacho había un pequeño laboratorio y

un cuarto oscuro. En el Patio Salvaje todo entraba como chatarra. Lo que hacían los tres amigos era reconstruir las cosas que iban a parar a sus manos, para sacar el máximo partido de ellas.

Bob y Pete terminaron de referir a Júpiter su aventura en las montañas, en tanto que éste seguía estudiando la intrigante estatuilla. Al final de su relato, Júpiter frunció el ceño, vacilante, caviloso.

—Entonces, vosotros pensáis que la persona que pidió socorro fue la que arrojó este objeto por encima del muro —manifestó Júpiter—. Luego, los dos hombres a quienes oísteis hablar cogieron a aquélla, saliendo en busca de la estatuilla.

—Eso fue lo que pasó, Jupe —dijo Bob.

—Sin embargo, no hay por qué relacionar necesariamente la llamada de socorro y la estatua —puntualizó Júpiter—. Vosotros habéis formulado una suposición, pero sin basaros en pruebas reales.

Pete protestó.

—¡Cáspita, Júpiter! Estamos de acuerdo en que en las investigaciones hay que proceder con todo cuidado, pero ¿qué más quieres? Oímos el grito, la estatuilla fue arrojada por encima de la pared, dos hombres aparecieron, buscándola, y uno de ellos llamó al otro «jefe»… A mí me parece que anda por medio alguna pandilla de delincuentes.

—Quizá, Pete… Ahora bien, vosotros no visteis ni oísteis nada que realmente relacionara la estatuilla con el grito pidiendo socorro —insistió Júpiter.

—¿Qué me dices acerca de la extraña sombra? —inquirió Bob, rápidamente—. Nunca vi ningún hombre que tuviese el aspecto de aquella sombra, ni que riese de la misma forma.

—¿Podríais describirme esa risa?

—Era aguda, como la de un chiquillo —manifestó Pete.

—No. Era como la de una mujer —corrigió Bob.

—¡Ni hablar! Parecía haber salido de la garganta de un loco.

—Era una risa histérica, causada por el miedo. Era áspera, desagradable.

—Llena de tristeza, diría yo. La risa de un viejo, quizá.

Júpiter miró a sus amigos muy confuso.

—¿Estáis seguros de haber oído los dos la misma risa?

—Naturalmente que estamos seguros —respondió Pete, como ofendido—. Bueno, a lo mejor no fue así…

—El caso es que oísteis la risa, de cerca, además —El Primer Investigador suspiró—. Creo que habrá que hacer lo posible para que yo la oiga. Así sabré a qué atenerme. ¿Estáis seguros al menos de que oísteis a alguien pidiendo socorro?

—¡Y tan seguros! —dijeron Bob y Pete, a coro.

Júpiter guardó silencio, reflexionando.

—Guiándome por lo que me habéis contado y teniendo en cuenta la descripción del muro y la puerta, yo diría que os encontrabais en Sandow Estate.

Bob hizo chasquear los dedos.

—¡Naturalmente! Se trata de la antigua concesión española. ¡Es una extensión de tierra de más de dos mil hectáreas!

—El terreno es montañoso, principalmente. Hace mucho tiempo, el padre de la señorita Sandow criaba mucho ganado por allí —declaró Júpiter.

—¿Ya no tiene ganado esa gente? —preguntó Pete.

Bob movió la cabeza, denegando.

—No, Pete. Buscando ciertos datos en la biblioteca, recuerdo que leí algo sobre los Sandow. El padre de la señorita Sandow fue realmente la última persona que explotó la concesión. Al morir el hombre se quedó sola la señorita Sandow, quien se convirtió entonces en una especie de ermitaña. Mi padre afirma que tenía muchas tierras, pero ningún dinero. Ella vive allí, con una doncella y un jardinero, que atiende a sus quehaceres durante el día. No se deja ver.

En la agrupación de los Tres Investigadores Bob era el miembro encargado de los archivos y registros. Cuando trabajaba sobre algo, sus datos eran precisos, exactos. Júpiter se puso ahora muy serio.

—Eso significa, amigos, que lo que vosotros visteis y oísteis esta noche es muy raro. ¿Qué hacían esos individuos en Sandow Estate? ¿De dónde salió la estatuilla?

—Tal vez fueran miembros de una pandilla que pretendía robar a la señorita Sandow —aventuró Pete.

—¡Pero si esa mujer no tiene dinero que guardar! —objetó Bob.

—Es posible que la finca no guarde la menor relación con lo que oísteis vosotros. Puede ser que los hombres se hallaran allí por pura

casualidad —sugirió Júpiter—. Una pequeña estatua como ésta no puede ser motivo de la actividad de toda una pandilla de forajidos.

El Primer Investigador daba vueltas y más vueltas entre sus manos a la estatuilla, mirándola como si el hombrecillo que representaba hubiera podido decirle lo que los muchachos deseaban saber. De repente, se inclinó sobre el objeto. Los ojos le brillaban de pura excitación.

—¿Qué pasa? —inquirió Bob.

La atención de Júpiter se había concentrado exclusivamente en la miniatura. Sus dedos se movían, la apretaban, la soltaban. Por fin, al oprimirla una vez más, al tiempo que la movía hacia un lado, la parte inferior de la figura se abrió. Júpiter lanzó un grito de triunfo. Algo cayó al suelo.

—¡Un compartimiento secreto! —exclamó Pete.

Júpiter se agachó para coger el trozo de papel que había salido de dentro de la estatuilla. Colocó el mismo sobre la mesa y Bob y Pete se inclinaron para examinarlo. Después de mirar el papel atentamente por espacio de unos segundos, Júpiter lanzó un gemido.

—¿Es un mensaje, Jupe? —le preguntó Bob.

El Primer Investigador se mordió los labios, desilusionado.

—No lo sé. Se trata de un escrito, desde luego, pero no entiendo lo que dice. ¡Esto se halla redactado en un idioma extranjero!

Pete y Bob redoblaron su atención.

—Creo que es la primera vez que veo estos caracteres —añadió Júpiter, sombríamente.

Los chicos guardaron silencio. Bob y Pete estaban al tanto de los grandes conocimientos lingüísticos de su compañero, quien hablaba tres idiomas. Si él no reconocía aquellos caracteres, ¿quién podría identificarlos? Finalmente, Bob inclinó más la cabeza todavía sobre el papel objeto de sus comentarios.

—¡Un momento, un momento! —exclamó—. Este texto no ha sido escrito con tinta. ¡Esto es sangre!

Júpiter procedió a reconocer de nuevo el texto, mientras Pete se pasaba incesantemente una mano por los cabellos.

—Bob está en lo cierto —declaró Júpiter por fin—. Esto ha sido escrito con sangre. Lo cual significa que el autor del texto tuvo que operar con el mayor secreto, no pudiendo valerse de pluma ni lápiz.

—Se tratará de algún prisionero —propuso Bob.

—O quizá sea alguien que quiere huir de esa pesadilla —agregó Pete.

—Pueden ser muchas cosas —convino Júpiter—. Y esto es lo que me hace pensar que nos encontramos ante un caso adecuado para los Tres Investigadores. Lo primero que hemos de hacer es dar con alguien que pueda leernos el texto.

—¿Quién va a ser?

—Bueno, nosotros conocemos a un hombre versado en muchas lenguas extrañas y que se halla relacionado con personas sumamente raras —decidió Júpiter.

—¡Alfred Hitchcock! —exclamó Pete.

—Exactamente —declaró Júpiter—. Esta noche ya es muy tarde para hacer nada, pero mañana visitaremos al señor Hitchcock y le enseñaremos este mensaje.

Capítulo 3

¡Atacados!

A la mañana siguiente, nada más hubieron acabado de desayunarse, Pete y Bob se fueron corriendo al Patio Salvaje. Júpiter les aguardaba allí ya, en compañía de Worthington y el dorado «Rolls Royce» que utilizaban por aquellos días. El usufructo temporal del automóvil era un premio que habían ganado en un concurso, gracias a la aportación de Júpiter.

—Antes de nada vamos a ir al estudio del señor Hitchcock, Worthington —dijo Júpiter al conductor, en cuanto él y sus dos amigos se hubieron instalado en sus asientos.

—Perfectamente, *master*[1] Jones —respondió el aludido.

A pesar de la firme amistad que les unía ya, el elegante chófer insistía en producirse siempre dentro de los límites más correctos.

Los chicos sabían que no era nunca fácil entrar en un estudio para ver a un director de películas famoso. En tales ocasiones, se valían para sus desplazamientos del «Rolls Royce».

El coche, ahora, estaba a su disposición permanentemente, merced a la ayuda financiera de un cliente agradecido, que había estado expuesto a perder su herencia, cosa que evitaron los trabajos de los Tres Investigadores. El impresionante automóvil les abrió rápidamente las puertas de los World Studios.

—Y bien, mis jóvenes amigos, ¿qué extraños acontecimientos os traen esta vez a mi despacho? —les preguntó el famoso director, desde detrás de su gigantesca mesa de trabajo.

Atropelladamente, los chicos le explicaron los sucesos de la noche anterior, confiándole el descubrimiento del mensaje contenido por la estatuilla. El señor Hitchcock escuchó sus palabras

impasible, hasta que Júpiter se refirió a la figura de oro y la depositó sobre la mesa del director.

Los ojos del señor Hitchcock centellearon al estudiar aquel objeto, la estatuilla del menudo y sonriente hombre.

—Creo que esto es muy antiguo, en efecto, como ha supuesto Júpiter —declaró—. Indudablemente, nos hallamos ante un amuleto elaborado por los indios americanos. Resulta que recientemente mientras filmábamos una de nuestras películas de intriga para la televisión, tuve que documentarme sobre el tema de las habilidades artesanas de los antiguos pobladores de estas tierras. Yo diría que este amuleto ha salido de las manos de alguno de nuestros indios «chumas». Dispusimos de un objeto semejante a éste para desarrollar nuestro argumento.

—Concretamente, ¿qué es un amuleto, señor? —preguntó Pete.

—Es un objeto al que se le atribuyen virtudes mágicas, amiguito. Lo corriente es que su poseedor lo lleve encima, colgado del cuello, para que le libre de los malos espíritus o para que le proporcione fortuna —explicó el señor Hitchcock—. Eso justifica el diminuto anillo metálico de la cabeza, en la figura. Los «chumas» utilizaban muy distintos tipos de amuletos.

—Ya —replicó Pete, caviloso—. No sabía que en otros tiempos hubo indios por Rocky Beach.

—Naturalmente que los hubo, Pete —medió Bob—. He leído muchas cosas acerca de los «chumas». Componían una tribu reducida y pacífica. Vivían por las proximidades de la costa y luego trabajaron para los colonizadores españoles.

—Tu información es correcta —manifestó el señor Hitchcock—. De momento, sin embargo, siento más interés por vuestra sombra riente. Me habéis dicho que era alta, cargada de espaldas, que tenía una cabeza rara y pequeña y que al andar lo hacía dando saltos muy raros, riendo estrambóticamente.

—Sí, señor —corroboró Bob.

—Estuvisteis cerca de la sombra… No obstante, vuestras descripciones no coinciden. ¿Qué deduces de eso, joven Jones?

—No sé… —admitió Júpiter, perplejo.

—Tampoco yo me atrevo a aventurar nada, de momento —respondió el señor Hitchcock—. Bueno, ¿qué hay de ese mensaje que alegáis haber sacado de dentro de la estatuilla?

Júpiter entregó el papel al famoso director. El señor Hitchcock procedió a estudiarlo detenidamente.

—Ha sido escrito con sangre, en efecto. ¡Cielos! Recientemente, además, según se deduce del papel. Dicho en otras palabras: no ha permanecido éste mucho tiempo dentro del amuleto.

—¿Ha identificado usted el idioma empleado, señor? —le preguntó Bob.

—Por desgracia, no. Desde luego, no me he encontrado jamás delante de unos caracteres parecidos a éstos. Esto no se parece a nada…

—¡Demonios! —exclamó Pete—. Júpiter dio por seguro que usted se hallaría familiarizado con ellos.

—En definitiva, ¿qué sabemos? —inquirió Bob, muy abatido.

—Bueno, yo desconozco este lenguaje, pero creo que os voy a ser útil —declaró el señor Hitchcock, sonriente—. Vais a ir a ver de mi parte a un buen amigo. Es profesor en la Universidad del Sur de California, y es experto en lenguajes de indios americanos. Nosotros lo utilizamos como asesor en nuestra película. Vive en Rocky Beach. Mi secretaria os dará sus señas. Supongo que me tendréis al corriente de los progresos que hagáis en este asunto.

Los tres muchachos agradecieron al director de cine sus atenciones y luego, antes de salir de allí, fueron en busca de la secretaria del señor Hitchcock, quien les facilitó las señas del profesor. Era éste Wilton J. Meeker y vivía a unas cuantas manzanas de distancia del Patio Salvaje de los Jones.

* * *

Júpiter dio instrucciones a Worthington para que los condujera a la casa del profesor y después regresara con el «Rolls Royce» a la agencia. Ellos harían el camino de vuelta andando.

La pequeña y blanca vivienda del profesor Meeker tenía un jardín que la separaba de la calle. Una valla circundaba la vegetación tropical, muy espesa, de aquél. Los muchachos abrieron la puerta también blanca del jardín y echaron a andar por el amplio sendero interior de la finca, empedrado, en dirección a la puerta principal del edificio. Les faltaba poco para llegar a ésta cuando emergió inesperadamente de entre unos matorrales un hombre,

enfrente de ellos.

—¡Cuidado! —gritó Bob, avisando a sus camaradas.

El hombre era de corta talla y muy ancho de hombros. Tenía la piel muy morena, del color del cuero. Sus fuertes y blancos dientes brillaban; en los ojos había una mirada sombría, salvaje. Vestía de blanco. Llevaba una especie de blusa holgada, sujeta a la cintura, unos pantalones estrechos y cortos del mismo tejido que la otra prenda y se tocaba con un sombrero de ala ancha. Sus desnudas y morenas pantorrillas se veían muy musculadas.

¡Empuñaba un largo puñal de forma curva!



Los chicos se quedaron paralizados, viendo cómo el hombre avanzaba sobre ellos, corriendo. Repararon en sus fieros ojos. Había levantado la mano con que sujetaba su puñal, con un gesto amenazador, y les habló en un lenguaje que desconocían, de bruscos sonidos. Antes de que fueran capaces de reaccionar se había precipitado sobre los tres.

Adelantando una oscura y ancha mano, arrebató a Júpiter el amuleto de oro. Luego, dio la vuelta, perdiéndose seguidamente entre la vegetación.

Profundamente sorprendidos, los chicos fueron incapaces de articular un grito, de moverse. Permanecieron así durante varios segundos. Pete fue el primero en recobrarse del susto.

—¡Se ha llevado el amuleto!

Despreciando todo peligro, Pete se lanzó por entre los arbustos, en persecución del desconocido. Bob y Júpiter le siguieron de cerca. Llegaron al extremo opuesto del jardín a tiempo de ver cómo el hombre moreno saltaba a un viejo automóvil. Dentro del vehículo había otro desconocido. El motor rugió en cuanto el fugitivo entró en el automóvil, con su amuleto. El auto, inmediatamente, salió disparado.

—¡Se nos ha escapado! —exclamó Pete.

—¡Con nuestra estatuilla! —gimió Bob.

Los chicos se miraron mutuamente. ¡Habían perdido el amuleto! Luego, sonó una agria voz a sus espaldas.

Capítulo 4

Los Diablos de los Despeñaderos

—¿Qué ocurre aquí?

Un hombre delgado y encorvado, de grisáceos cabellos, se encontraba en el jardín, detrás de los tres amigos. Los miraba irritado, desde el otro lado de los gruesos cristales de sus gafas, de voluminosa montura.

—¡Nos han robado nuestro amuleto! —se lamentó de buenas a primeras Pete.

—Fue un hombre que empuñaba un largo puñal —aclaró Bob.

—¿Vuestro amuleto? —El hombre parecía hallarse completamente desconcertado—. ¡Ah! Vosotros debéis de ser los chicos de que me ha hablado Alfred Hitchcock: los Tres Investigadores.

—En efecto, profesor —confirmó Júpiter, muy orgulloso.

—Así que vosotros queréis confiarme un problema… Se trata de un lenguaje misterioso, que no habéis podido identificar, ¿eh? —añadió el profesor Meeker.

—Teníamos que confiarle un problema, sí —corroboró Bob, muy triste—. Lo malo es que ese hombre moreno nos robó la estatuilla. Nos hemos quedado sin ella.

—Un momento —meditó Júpiter—. Seguimos teniendo algo que exponer al profesor Meeker. El amuleto ha desaparecido, pero no el mensaje. Yo tomé una precaución lógica: llevar encima de mí las dos cosas separadamente.

Con aire triunfante, Júpiter entregó la tira de papel al profesor.

—¡Sorprendente! —exclamó el profesor, a quien le brillaron los ojos a causa de la excitación, detrás de los gruesos cristales de sus

lentes—. Entrad, muchachos… Quiero estudiar esto detenidamente.

Enfrascado en sus pensamientos, el profesor Meeker echó a andar a buen paso hacia la casa. Tan absorto estaba ante el extraño mensaje que le faltó poco para que tropezara con uno de los árboles del jardín. Una vez dentro de la pequeña vivienda, el profesor indicó a los muchachos unas sillas para que tomara asiento. Hallábanse en su estudio, cuyas paredes quedaban ocultas por las estanterías, repletas de libros. Seguidamente, se acomodó ante su mesa de trabajo, fijando la mirada en el mensaje.

—Sí, sí… No hay duda. Esto es desconcertante.

El profesor parecía estar reflexionando en voz alta. Daba la impresión de haberse olvidado de los tres chicos.

—Y esto es sangre… Sangre fresca, muy reciente. ¡Resulta fantástico!

Júpiter se aclaró la garganta.

—¡Ejem! Y usted, profesor Meeker, ¿sabe de qué lenguaje se trata?

—¿Qué? —El profesor levantó la vista—. ¡Oh, sí, sí! Esto es yaquali. No hay duda. Ésta es la lengua yaquali. Un pueblo fabuloso, el yaquali. Habéis de saber que fueron pocas las tribus indias que conocieron la escritura. En su mayoría, no sabían nada de alfabeto, ni de vocabularios. Ahora bien, los yaquali aprendieron el alfabeto español y los misioneros españoles compusieron un diccionario para ellos, de suerte que supieron leer y escribir su propio idioma.

—¿Fueron los yaquali una tribu local, como los chumas? —inquirió Pete.

—¿Una tribu local? ¿Cómo los chumas? —les preguntó a su vez el profesor Meeker, casi gritando, mirando a Pete como si el segundo investigador estuviese loco—. ¡Cielos! No. Los chumas eran una tribu salvaje. Jamás supieron escribir su lenguaje. El yaquali es completamente diferente del chumas… Tan diferentes como el inglés del chino. Los yaquali no eran una tribu de la localidad…

—Pero todos eran indios americanos, ¿no? —preguntó Bob.

—Desde luego, aunque no de Estados Unidos —declaró el profesor, contemplando de nuevo con un gesto de satisfacción el papel—. Simplemente: es casi increíble esto de ver un mensaje escrito en yaquali aquí, en Rocky Beach. El pueblo yaquali raras

veces deja sus montañas. Odia la civilización.

—¿A qué montañas se refiere usted, señor? —quiso saber Júpiter—. ¿Dónde viven los yaquali?

—¿Que dónde viven?… Pues en México, desde luego —declaró el profesor Meeker, como si le sorprendiera que existiese alguien que no estuviese enterado de aquel detalle. A continuación sonrió—. ¡Oh! Tenéis que perdonarme, muchachos. Naturalmente, no sabéis nada acerca de los yaquali. Estos hombres constituyen un grupo humano muy oscuro, principalmente por el hecho de no mantener contactos con el mundo blanco y el mundo moderno.

—Bueno, señor —observó Júpiter—. México no se encuentra a tanta distancia de aquí. No sé por qué ha de sorprender que uno de esos hombres pudiera llegar hasta estas tierras…

—En primer lugar he de decirte, joven, que a los yaquali les disgusta abandonar sus viviendas, como ya indiqué antes. En segundo término señalaré que habitan en la zona más remota y áspera de Sierra Madre, en México. Se trata de un sector aislado, terriblemente reseco, denominado el Jardín del Diablo. Hace mucho tiempo que rompieron con nuestra civilización. Y los yaquali son tan difíciles de localizar, mostrándose tan hábiles en el arte de la escalada, pues trepan hasta donde otros hombres no conseguirían llegar, que han sido denominados «Los Diablos de los Despeñaderos».

—¿Se les ha calificado de «diablos»? —preguntó Pete, estremeciéndose—. ¿Tan peligrosos son, señor?

—Son muy peligrosos cuando se ven atacados. Pero en circunstancias normales constituyen un pueblo magnífico, cuya única aspiración es que los dejen tranquilos. Por esta razón han aprendido a trepar tan bien por las rocas. Tal habilidad les permite vivir en sus inaccesibles montañas.

—Entonces, ¿cómo habrá podido llegar un mensaje suyo hasta aquí? —preguntó Bob, dudoso.

El profesor Meeker se pasó una mano por su delgada mandíbula.

—Bueno, yo creo que eso no es tan raro como parece a primera vista. Pese a su afán de aislamiento, el gobierno mejicano ha estado trabajando con ellos a lo largo de los últimos años. Las necesidades del mundo moderno han afectado a los yaquali. Éstos son gente inteligente, de la que ha habido mucha demanda a causa de sus

facultades naturales como escaladores.

—¿Cree usted en la posibilidad de que algunos hayan venido a trabajar a estas tierras? —inquirió Júpiter.

—Sí, aunque he de aclarar que no he sabido de ningún yaquali dentro de Estados Unidos. Tampoco me imagino qué podría hacer uno de ellos en Rocky Beach. Vosotros dijisteis que habíais encontrado el mensaje aquí, en Rocky Beach, ¿no?

—Sí, señor. El mensaje estaba en un compartimiento secreto de la figurilla.

—¡Ah, claro! Los yaquali son muy aficionados a los amuletos.

—Sin embargo, el señor Hitchcock pensó que el amuleto era obra de los chumas locales —explicó Bob—. Dijo que era como uno que ustedes utilizaron para la película rodada con destino a la televisión.

—Chumas, ¿eh? Bien. Eso me parece muy raro. No acierto a apreciar qué relación puede existir entre los extinguidos chumas y los yaquali. Es improbable que los yaquali de México hayan tenido noticia de las obras realizadas por los chumas. ¿Y es ése el amuleto que el hombre moreno os robó, me habéis dicho?

—Sí, señor —contestó Pete.

—Era de oro macizo —añadió Bob.

La mirada del profesor Meeker se posó sucesivamente en los rostros de los muchachos.

—¿De oro macizo? ¿Un amuleto chuma? Eso es algo completamente imposible, chicos.

—¡Oh, no, señor! —declaró Júpiter con firmeza—. Yo examiné la estatuilla muy detenidamente. Estoy seguro de que era de oro.

—Debes de estar equivocado, amiguito.

Júpiter movió la cabeza, denegando enérgicamente.

—Sé distinguir perfectamente el oro de los otros metales…

—El señor Hitchcock dijo también que la figurilla era de oro macizo, profesor Meeker —manifestó Bob.

El profesor daba muestras de un gran desconcierto. Se quedó con la boca abierta… Después, la cerró de pronto. Frotóse la mandíbula y miró con fijeza a los chicos. Sus párpados se quedaron entreabiertos, Por último, lentamente, se inclinó un poco.

—Si la figurilla era verdaderamente de oro macizo, mis jóvenes amigos, es posible que hayáis dado con algo de la máxima

importancia —dijo el profesor, pausadamente, haciendo una inflexión en su voz para dar mayor énfasis a sus palabras—. Es posible, sí, que hayáis encontrado la pista para la solución de un misterio que data de hace doscientos años.

Júpiter abrió mucho los ojos.

—¿Un misterio de hace doscientos años?

—Sí, hijo mío: ¡el misterio del Tesoro de los Chumas!

Capítulo 5

El Tesoro de los Chumas

—Habéis de tener en cuenta, muchachos —prosiguió diciendo el profesor Meeker—, que los chumas no utilizaron nunca el oro en sus obras. No existía el oro en esta región del Estado. Si ese amuleto era de oro, debía proceder del Tesoro de los Chumas.

—¿Qué es, señor, el Tesoro de los Chumas? —inquirió Bob.

—Veréis… Entre los años 1790 y 1820 —explicó el profesor—, hubo una banda de renegados chumas extraordinariamente peligroso. Se movían por las montañas. No eran muchos, pero resultaban temibles a la hora de defenderse. Nadie podía ganarles en pericia a la hora de esconderse tampoco. Los españoles se mostraban impotentes, no podían controlarlos. Entonces, procuraron comprarlos con oro, para lograr que dejasen a los colonizadores en paz. Los miembros de la banda se enteraron en seguida de que el oro tenía un gran valor. Y cuando los españoles se negaban a darles todo lo que exigían, dedicábanse a robarlo, dondequiera que lo hubiese.

»Por la época en que se vieron finalmente batidos, cuando su último líder, Magnus Verde, fue mortalmente herido y capturado, habían logrado reunir, según se afirmó, un gran tesoro, formado por artículos de oro, joyas y monedas. Magnus Verde se negó a revelar el sitio en que habían sido enterradas sus riquezas. Todo lo que dijo fue que nadie daría nunca con el tesoro. El resto de los renegados se dispersaron y ya no volvieron a ser vistos. Desde entonces, han sido muchos, muchísimos, los hombres que se entregaron a la tarea de buscar el tesoro. Sin el menos éxito. Yo he pensado que debió ser arrojado a algún lugar impenetrable (quizá fuese tirado al océano),

para evitar que los hombres blancos lo hallaran.

La mirada de Júpiter se había perdido en el aire… Por unos momentos, había estado a mucha distancia de allí, en alas de su imaginación.

—Me figuro que sería muy duro para aquellos hombres desprenderse de las piezas de oro que con tantos trabajos y riesgos habían logrado reunir…

—Quizá estés en lo cierto —manifestó el profesor—. Y si vosotros habéis visto realmente un amuleto chuma hecho de oro, hay buenas razones para pensar que el Tesoro de los Chumas existe todavía, encontrándose en una parte u otra. ¡Qué descubrimiento tan interesante!

—Tal vez el mensaje diga algo que tenga relación con el tesoro famoso —aventuró Júpiter con alguna ansiedad.

—¿El mensaje? —El profesor Meeker parpadeó. Finalmente, contempló el pequeño papel que habían puesto en sus manos los chicos—. ¡Dios mío! ¡Me había olvidado de esto! ¡Desde luego que podría revelarnos algo sobre el particular!

El profesor frunció el ceño mientras estudiaba el papel.

—Los lenguajes primitivos, a menudo, son muy difíciles de traducir con exactitud, a causa de que las mentes de sus autores funcionaban también de un modo primitivo. Su significado aproximado es: «Palabras son humo. Cantan canción muerte. Ayuda hermanos».

—Pero es una petición de socorro, ¿no? —preguntó Júpiter.

—Yo diría que sí —convino el profesor, que seguía escudriñado el texto del papel, con aire confuso—. Lo que no entiendo es esto: ¿qué puede hacer un mensaje yaquali en un amuleto chuma? La verdad es que constituye un auténtico misterio…

—Un misterio que nosotros esperamos resolver, señor —declaró Júpiter, un tanto pomposamente.

—Desde luego, amigo mío —el profesor sonrió—. Y cuando hayáis conseguido vuestro propósito os agradecería mucho que me dejaseis examinar el Tesoro de los Chumas.

El profesor Meeker insistió en acompañar a los chicos hasta la puerta del jardín. Miraron ellos en todas direcciones, para asegurarse de que el hombre moreno que les asaltara no había vuelto por allí.

Tan pronto se encontraron los tres amigos solos, Bob y Pete se enfrentaron con Júpiter.

—¡Cáspita, Jupe! —exclamó Bob—. ¿Tú crees que anda por ahí alguien que dio con el Tesoro de los Chumas?

—¿Y que ese alguien intenta robarlo? —dijo Pete.

—Pudiera ser que el amuleto fuese una pista que condujese al tesoro. Alguien ha querido robarlo con objeto de localizar el mismo.

—¿No pudiera ser una pandilla de indios que se han propuesto robar a la señorita Sandow?

La imaginación de Pete comenzaba a llevar a su dueño por retorcidos vericuetos.

—El hombre moreno tenía los rasgos y el porte de un indio.

—¿Y si la sombra riente era un salvaje indio?

La redonda y engañosamente inocente faz de Júpiter denotaba una gran concentración mientras sus camaradas charlaban. De repente cortó la conversación.

—Las suposiciones no van a llevarnos a ningún lado —declaró el primer investigador, firme—. Debiéramos trasladarnos a la finca de los Sandow, para ver qué se puede averiguar allí.

—¿A escondidas, Jupe? —quiso saber Pete—. ¿Dando disimuladamente una vuelta por los alrededores?

—No. Debiéramos entrar en la casa y hablar con la señorita Sandow. Puede que sepa algo de vital importancia o que haya visto cualquier cosa significativa. Nuestro problema es: ¿cómo vamos a entrar en la casa?

Cuando se acercaban al Patio Salvaje decidieron que lo mejor era que el padre de Bob llamara por teléfono a la señorita Sandow, preguntándole si permitiría a su hijo y a un par de amigos visitar la finca. Aduciría que tenía entre manos una especie de investigación sobre las concesiones de tierras hechas por los españoles, con destino a la clase de historia de California. Hans o Konrad, los ayudantes bávaros de Titus Jones, podrían llevarlos hasta allí.

—Casi todos los adultos se muestran bien dispuestos a la hora de ayudar a los chicos en cualquier tarea escolar —observó sagazmente Júpiter.

Bob asintió. Pete, de pronto, se había quedado parado, mirando hacia la entrada del Patio Salvaje.

—Fijaos —siseó—. ¡Está ahí Skinny Norris!

Su antiguo enemigo, un muchacho flaco y alto, de larga nariz, se encontraba apoyado en la entrada, dándoles la espalda en aquellos instantes. Aquél era E. Skinner Norris. Skinny para ellos. Odiaba a los Tres Investigadores y se pasaba los días intentando demostrar que era más inteligente que Júpiter. Siempre fracasaba en este empeño, pero como disponía de dinero y podía conducir un coche, debido a que su padre residía en otro estado legalmente desde hacía mucho tiempo, donde muchachos como Skinny estaban autorizados para obtener el carnet de chófer, se encontraba en excelentes condiciones para incomodar a los tres amigos cada vez que se lo proponía.

—¿Qué estará haciendo aquí? —quiso saber Bob.

—No creo que haya venido a echarnos una mano —señaló Júpiter, irritado—. Adelante, muchachos. Entraremos por la Puerta Roja.

Dieron la vuelta, encaminándose rápidamente a la parte posterior del Patio Salvaje. Fuera ya de la vista de Skinny, cruzaron la valla trasera, pintada con una dramática escena del incendio de San Francisco en 1906. A quince metros de la esquina figuraba un pequeño perro sentado en las inmediaciones de una llamarada. Habían bautizado al can con el nombre de Rover y uno de sus ojos era un nudo de la madera. Cuidadosamente, extrajeron el menudo taco y alcanzaron el cerrojo. Tres tablas de la valla se abatieron y los chicos se deslizaron en el interior del recinto.

Ya no podían ser vistos por nadie allí. Arrastrándose por debajo de montones de chatarras y por escondidos pasillos, hasta que por último se situaron frente a un panel, que se abrió, permitiéndoles entrar en su remolque, su cuartel general. En el despacho se pusieron a discutir lo que iban a decirle al padre de Bob. Luego, éste cogió el teléfono.

—¡Júpiter Jones! —llamó una poderosa voz femenina desde el exterior.

—¡Uf! —Gruñó Pete—. Ésa es tu tía Mathilda, Jupe. Quisiera Dios que no se empeñe en tenerte trabajando toda la tarde.

Antes de que el primer investigador pudiese formular ningún comentario, la voz tronó de nuevo:

—¡Júpiter! ¡Demonios! ¿Dónde se mete este muchacho? ¡Aquí hay una persona que desea verte, bribón! Se trata del señor

Sandow… ¡Júpiter!

Los chicos se miraron entre sí, abriendo la boca, asombrados. ¡Un tal señor Sandow habíase presentado allí, en busca de ellos! Precisamente cuando intentaban forjar un plan que les permitiera entrar en la finca de los Sandow. Bueno, ¿y quién podía ser aquel señor Sandow?

—La señorita Sandow vive sola —recordó Bob.

—Vámonos, chicos —dijo Júpiter, dirigiéndose al túnel dos, para pasar a su taller y luego al Patio Salvaje.

Capítulo 6

Júpiter sufre una decepción

—¡Hombre! ¡Por fin aparecéis!

Tía Mathilda inspeccionó a los tres muchachos detenidamente, adoptando una severa expresión.

—Muchas veces pienso que este Patio Salvaje fue montado para que vosotros tres tuvieseis donde esconderos.

Un joven alto y de buena planta, unos años mayor que ellos, se encontraba junto a tía Mathilda. Sus cabellos, morenos, eran más bien largos; su traje gris revelaba un corte elegante, pero extraño en Rocky Beach. El joven saludó a los chicos, sonriendo, tendiéndoles seguidamente la mano.

—¿Qué tal, muchachos? Soy Ted Sandow.

Nada más curioso que aquella coincidencia de hallarse Ted Sandow en el Patio Salvaje cuando los tres amigos estaban pensando en la famosa finca y sus habitantes. Sin embargo, los Tres Investigadores supieron disimular su extrañeza. Estrecharon sucesivamente la mano que les ofreció el visitante y Júpiter puso una cara de circunstancias, dibujándose en ella un gesto revelador de la más completa inocencia.

—Me llamo Júpiter Jones —dijo el primer investigador, presentándose a sí mismo—. He aquí a Bob Andrews y Pete Crenshaw…

—Me complace mucho conoceros, amigos —repuso Ted, siempre sonriente—. Varios amigos vuestros me dijeron que erais unos muchachos interesantes. Entre ellos, un chico llamado Skinner Norris.

—¿Fue Skinny Norris quien te envió aquí? —preguntó Pete,

desconcertado.

—Me dijo que os hallaría poco corrientes, para hablar con exactitud. ¿Lo sois, en realidad? Tengo verdaderos deseos de conocer a unos cuantos jóvenes americanos de ese tipo. No hay muchas oportunidades de lograr tal cosa ahí, en la finca, ¿comprendéis?

—Tú no eres americano, Ted, ¿verdad? —inquirió ahora Bob.

—Yo soy inglés… De Cambridge, exactamente. He querido hacer una visita a mi tía-abuela Sarah, de Sandow Estate. Lo cierto es que me enteré de su existencia hace unos meses tan sólo, cuando falleció mi padre. Mi abuelo, hermano de tía Sarah, murió en Francia, antes de que mi padre naciera. Al parecer, mi padre se puso en contacto con tía Sarah al comprender que le quedaba poco tiempo de vida. Ella envió una nota y aquí la tenéis.

Durante todo este discurso, el joven no cesó de sonreír un momento. Ted, evidentemente, era un muchacho que hablaba por los codos. Lo hacía muy rápidamente, igual que muchos ingleses, y su acento no resultaba muy fácil de identificar.

Antes de que sus oyentes tuviesen tiempo de decir nada, prosiguió diciendo:

—Bueno… tía Sarah tiene su granero lleno de viejos cachivaches, que datan de Dios sabe cuándo. Ha decidido llevar a cabo una limpieza general en la finca y desea desprenderse de ellos. Yo le sugerí la idea de que vendiera sus cosas a un chatarrero. A ella le agradó mi proposición y me encargó de la localización de uno, para entrar en tratos. Yo conocía el nombre de vuestro Patio Salvaje, pero no me pasaba lo mismo con la ciudad, por lo que me puse en relación con el abogado de tía Sarah. Él vive en Los Ángeles, así que me indicó que estableciera contacto con el hijo de un amigo suyo, Skinner Norris. Es lo que hice, y Norris me trajo aquí. Sin embargo, se negó a entrar en este lugar. Se me antojó ésta una conducta extraña.

Tía Mathilda habló antes de que los chicos tuvieran ocasión de decir a Ted que no tenía nada de raro que Skinny no quisiese entrar en el Patio Salvaje. Sus vivaces ojos se habían animado todavía más a la sola mención del granero de los Sandow lleno de viejos chismes.

—Muy bien, Ted. Tendremos mucho gusto en echar un vistazo a

lo que albergue ese granero. ¿Cuándo quieres que vayamos por allí?

—Ahora mismo sería lo ideal —repuso Ted.

—Mi esposo, Titus, se encuentra ausente de aquí en estos momentos. A mí me es imposible dejar esto desatendido. Desde luego, Júpiter está tan al tanto de lo que solemos comprar como yo. Podría acercarse por allí después de comer.

—¿Por qué no venís todos, muchachos? —propuso Ted rápidamente.

—Konrad podría llevarnos en la furgoneta —sugirió Júpiter.

—Eso sería estupendo —declaró Ted—. Así los chicos y yo tendríamos ocasión de charlar. Es que acerca de América sé muy pocas cosas…

Tía Mathilda, que siempre andaba muy despierta, cuando se trataba de hacer nuevas adquisiciones para el Patio Salvaje, fue fácil de persuadir. Los tres amigos comieron en un periquete, yendo luego en busca de Konrad. Unos minutos después se encontraban todos en la furgoneta, avanzando detrás del pequeño coche deportivo de Ted. Éste había estado intentando localizar a Skinny Norris para darle las gracias, pero el muchacho se había esfumado. No hubo manera de dar con él. Esto fue una sorpresa para el joven inglés. No se extrañaron en cambio los investigadores ante aquel hecho.

—¿Qué es lo que habrá planeado Skinny en esta ocasión? —preguntó Pete.

—Presumo que se trata de uno de sus habituales intentos para desorientarnos —contestó Júpiter—. A mí Skinny me tiene sin cuidado. Me sorprenden en cambio que la aparición de Ted en el Patio Salvaje se haya producido al día siguiente de llegar a nuestro poder el amuleto famoso.

—¿Crees tú que él sabe que nosotros lo encontramos, desconociendo, sin embargo, que nos robaron el objeto? —preguntó Bob.

—¡Demonios! —exclamó Pete—. Eso significaría que en este asunto anda mezclado más de un grupo de personas.

—Pudiera ser que él supiese que del amuleto fue retirado el mensaje, deseando apoderarse del mismo —apuntó Júpiter.

—Bueno, bueno —protestó Bob—. Parece un muchacho demasiado agradable y simpático para que abrigue tan misteriosas

intenciones.

—Quizá se trate de una coincidencia, tan sólo —concedió Júpiter—. Pero yo os sugiero que os mantengáis en todo instante bien alerta, que os lo penséis antes de hablar y que tengáis los ojos bien abiertos.

Bob y Pete asintieron. Estaban de acuerdo. La furgoneta continuaba avanzando tras el coche deportivo de Ted Sandow. Habían salido ya de Rocky Beach, para adentrarse luego en las montañas. Siguieron los vehículos por una serpenteante carretera, hasta lo alto de un paso, y después describieron una curva cerrada para detenerse frente a las puertas de hierro de Sandow Estate, donde Bob y Pete la noche anterior habían oído los extraños sonidos proferidos por la sombra riente.

Al otro lado de las puertas y del muro, bastante alto, se deslizaron por un camino asfaltado de medio kilómetro, aproximadamente. Finalmente, divisaron la vivienda de los Sandow. Era una mansión de grandes dimensiones y estilo español, de blancas paredes, contando con una cubierta de rojas y brillantes tejas. Muchas de sus ventanas tenían rejas. Veíanse balcones en la planta superior. Por todas partes se veían allí piezas de hierro forjado. Ahora bien, muchas de ellas estaban descuidadas de pintura, las blancas paredes se hallaban agrietadas y sucias en algunos sitios. Todo en la vivienda revelaba que ésta no se encontraba bien atendida.

Ted los condujo directamente a una pequeña construcción de adobes situada detrás de la casa. Dentro, los muchachos vieron una gran cantidad de muebles, objetos muy diversos, artículos domésticos del pasado y otras cosas cuyos nombres desconocían. Una espesa capa de polvo lo cubría todo, revelando que aquello no había sido tocado en un período de cincuenta años, como mínimo.

—Tía Sarah ha estado viviendo durante mucho tiempo como una ermitaña, chicos —señaló Ted—. Estoy seguro de que no tiene ni la más liviana idea de lo que hay aquí.

Júpiter, a quien las cosas viejas le agradaban tanto como a su tío Titus, se quedó con la boca abierta al contemplar los montones de olvidadas reliquias.

—¡Esto es una mina! —exclamó—. ¡Pero si hay hasta una rueca! ¿Y qué me decís de esa tablilla de escribir para uso de los viajeros?

Por espacio de una hora, muy felices, los chicos estudiaron aquellos polvorientos montones de objetos, olvidándose por completo de su figurilla, del Tesoro de los Chumas y de la sombra riente. Finalmente, Júpiter pareció volver en sí, dando unos pasos atrás para tener una visión de conjunto de aquello.

—A tío Titus va a interesarle casi todo lo que hay aquí y nosotros no hemos concretado nada todavía.

—¿Por qué no subimos a la casa, por ahora? —sugirió Ted—. Nos servirán algún refresco y galletas y vosotros podréis hablar con tía Sarah.

Bob y Pete se acordaron del principal motivo de su estancia allí, en Sandow Estate, asintiendo rápidamente al tiempo que miraban a Júpiter. Aquello era precisamente lo que estaban deseando. Pero nadie habría podido adivinarlo al ver el rostro de Júpiter, de impenetrable expresión.

—Me parece muy bien, Ted —convino el primer investigador—. Entretanto, Konrad podría empezar a redactar una lista parcial de lo que hay aquí.

—Haremos que le sirvan una cerveza —dijo Ted.

—¡Hombre! Eso de la cerveza está bien —replicó con una sonrisa y un gesto afirmativo el rubio bávaro del gran corpachón.

Dentro ya de la casa, los chicos fueron conducidos a una fría habitación llena de muebles oscuros, de estilo antiguo español. Ted fue a indicar a la servidora que les llevase unas limonadas. Al volver, lo hizo en compañía de una mujer que parecía un pájaro, cuyas manos buscaban constantemente sus limpios y blancos cabellos. Sus claros ojos se iluminaron agradablemente.

—Soy Sarah Sandow. Me alegro de que Theodore se haya hecho aquí de algunos buenos amigos. Me ha dicho que sois del Patio Salvaje. Quiero deshacerme de muchos objetos. He estado dejando que las cosas se me fueran acumulando durante demasiado tiempo.

—Sí, señora —respondió Júpiter.

Bob y Pete bajaron la cabeza, expresivamente.

—Con la venia de Theodore he empezado a sentirme atraída de nuevo por las cosas del mundo. La finca se halla en un estado de abandono lamentable.

La servidora les llevó una bandeja con los vasos de limonada y las galletas. La señorita Sandow se ocupó de la distribución. Daba la

impresión de estar muy contenta por el hecho de tener como invitados suyos a aquellos muchachos.

Mientras éstos saboreaban sus refrescos, la señorita Sandow les explicó:

—Después de lo de anoche, Ted me convenció… Me hizo ver que no podía sentirme segura aquí, teniendo todas las cosas que hay en ese granero.

Los chicos se irguieron y Júpiter inquirió:

—¿«Lo de anoche», señorita Sandow?

—Me robaron una estatuilla de oro. Nos la quitaron ante nuestras narices —dijo la señorita Sandow, indignada—. Era una de las dos dejadas por mi pobre hermano Mark cuando se vio obligado a huir. Era todo lo que me quedaba de los efectos personales de Mark.

—La culpa de todo lo sucedido es mía —declaró Ted—. Veréis… Mi padre había contado que mi abuelo habló de la existencia de dos estatuillas de oro. Las encontré olvidadas en el fondo de un cajón y estuve examinándolas en la biblioteca. Salí de la habitación y cuando regresé me encontré con que una de ellas había desaparecido.

—¿No sabes tú quién pudo llevársela? —preguntó Júpiter.

—Sabemos que fue un chico. El señor Harris lo vio.

—Es verdad, jóvenes —declaró una voz grave desde la puerta.

Los muchachos volvieron la cabeza, descubriendo allí a un hombre de saludable aspecto, vestido con pantalones cortos y una chaqueta de corte deportivo. Los pantalones dejaban ver sus largas y bien musculadas piernas. En sus grisáceos ojos se distinguía un curioso brillo. Tenía los cabellos rojizos. Una pequeña cicatriz en su rosado rostro imprimía a sus labios una perpetua sonrisa.

Ted procedió a efectuar las presentaciones de rigor, explicando que el señor Harris era un buen amigo de la señorita Sandow.

—Os sentís interesados por el robo, ¿eh? —inquirió el señor Harris.

Hablaba con un acento inglés que resultaba diferente del de Ted. A Júpiter le pareció ligeramente «cockney».

—Vi a un chico que salía corriendo de la casa, dirigiéndose a la puerta. Cuando llegué allí ya le había perdido de vista. Debieron de auxiliarle algunos amigos. Supongo que ya no veremos más la

dichosa estatuilla.

—Tal vez nosotros podamos serles de utilidad, señor —dijo Júpiter serenamente—. Hemos conocido algunos éxitos recuperando objetos perdidos y robados.

—Y aclarado algunos misterios también —añadió Pete.

El señor Harris se echó a reír.

—Vosotros os las dais de detectives, ¿verdad?

—Sí, señor —replicó Júpiter—. Lo somos, en pequeña escala. He aquí nuestra tarjeta.

Júpiter hizo entrega al señor Harris de una de sus tarjetas comerciales, de gran tamaño, en la cual se leía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

El señor Harris se echó a reír.

—Bien. Quizá seáis capaces de recuperar la estatuilla de la que es propietaria la señorita Sandow. Sois detectives, ¡diablos! ¿Y dices que habéis resuelto algunos misterios?

—¡Naturalmente que lo somos! —replicó Pete—. Reynolds, uno de los jefes de la policía, en Rocky Beach, nos nombró colaboradores suyos, incluso ayudantes…

—¿De veras? —insistió el señor Harris, releyendo la tarjeta que había puesto en sus manos Júpiter.

Desde su silla, en el lado opuesto de la habitación, Ted preguntó:

—¿Qué significan los signos de interrogación, amigos? Supongo que vosotros mismos no vais a poner en duda vuestras habilidades…

—Los signos de interrogación son un símbolo de nuestras actividades —subrayó Júpiter, mirando a Ted con el ceño fruncido —. Aluden a los misterios que nosotros intentamos resolver. Es una

especie de marca de fábrica.

—¡Estupendo! —exclamó Ted, entusiasmado—. Tía Sarah, permite a estos muchachos que prueben suerte en este asunto y yo trabajaré con ellos.

—Pero… —objetó la señorita Sandow—. Pudiera ser que anduviese por en medio una pandilla de ladrones profesionales. Los chicos correrían algunos peligros, quizá.

—La señorita Sandow tiene razón —dijo el señor Harris—. Cosas como la presente no son para muchachos, no deben serlo, vamos.

—Nosotros somos siempre precavidos, señorita Sandow —explicó Júpiter—. Y cuando nos enfrentamos con algo verdaderamente grave, amenazador, recurrimos a Reynolds, el jefe de la policía. De ser un chico quien robó la estatuilla, nosotros nos hallamos en unas condiciones magníficas para poder colaborar. Todo lo que tendríamos que hacer es intentar localizar la miniatura.

Ted insistió:

—Vamos, tía Sarah… Ya lo veo: estos amigos tienen conciencia de su responsabilidad y hasta Reynolds confía en ellos.

La señorita Sandow vacilaba.

—Bueno… Se me antoja que lo que ha pasado aquí es una minucia, que no vale la pena confiar el hecho a la policía.

El señor Harris se puso serio.

—La policía tiene muchos quehaceres entre manos para ocuparse de una minucia cuyo paradero se ignora, acerca de la cual no se le pueden facilitar indicios. Probablemente, estos chicos podrían intentar descubrir qué fue de la figura para, posteriormente, informar a la policía. Siempre y cuando prometan que serán formales, que no incurrirán en imprudencias.

—¡Naturalmente que lo prometen! —exclamó Ted—. Oye, tía Sarah: ¿y por qué no ofrecer una recompensa? Estos muchachos se la tendrán más que bien merecida si encuentran la estatuilla.



La señorita Sandow sonrió, mirando a Ted.

—Está bien. Pero habéis de prometer todos que no os meteréis en nada que pueda entrañar peligro. Si dais con la figurilla, desde luego, tendré una gran satisfacción en concederos una recompensa adecuada. Cincuenta dólares, por ejemplo… ¿Qué os parece?

—De acuerdo, tía Sarah —respondió Ted—. ¡Magnífico! ¿Podéis venir vosotros a comer mañana aquí, para que empecemos a planear nuestras gestiones?

—No estoy yo muy segura de que a tus amigos les guste la comida que nosotros hacemos aquí —se apresuró a decir el señor Harris—. La señorita Sandow y yo somos vegetarianos, chicos. Sólo comemos verduras. Os diré que soy presidente de la Liga de Vegetarianos, a propósito de eso. La señorita Sandow me ha sido de gran utilidad en nuestros primeros pasos para dejar establecida la Liga en Rocky Beach. Debierais asistir a alguna conferencia… Mirad, esta tarde precisamente doy una.

—Nos gustaría hacerlo, señor —respondió Júpiter—, pero ahora sería mejor que nos reuniésemos con Konrad, para ayudarle en su tarea. Mi tío querrá saber con detalle qué es lo que la señorita Sandow desea vender. No estaremos en condiciones de ponernos a buscar la estatuilla hasta más tarde.

—Yo os ayudaré —manifestó Ted—. Y no os olvidéis de la recompensa ofrecida. Tía Sarah no llegará a preguntaros siquiera dónde encontrasteis la figurita.

—Nada de preguntas, ¿estamos, muchachos? —advirtió el señor Harris, riendo.

Los chicos se excusaron, saliendo de la estancia para ir en busca de Konrad.

Una vez en el interior del granero, Júpiter miró a su alrededor para comprobar si estaban solos. Seguidamente, se fueron Bob y Pete a un rincón en sombras.

—¿Os disteis cuenta? —inquirió Júpiter, muy serio.

—Que si nos dimos cuenta… ¿de qué, Jupe? —preguntó a su vez Pete.

—Ted se interesó por los signos de interrogación de nuestra tarjeta comercial…

—Siempre que enseñamos la tarjeta pasa lo mismo, Jupe —declaró Bob.

—¡Pero es que Ted no había visto la tarjeta cuando hizo su pregunta!

Bob parpadeó.

—¡Tienes razón! ¡Era Harris quien tenía la tarjeta!

—¿Quieres decir que él ya sabía a qué atenerse con respecto a nosotros, desde el primer momento? —inquirió Pete. Júpiter asintió.

—Conocía nuestra tarjeta, lo cual significa que estuvo mintiendo. No es que quisiera hablar con nosotros para vendernos sus cosas. De haberse presentado en el Patio Salvaje con ese fin exclusivamente, podía haberse dirigido a tía Mathilda. Amigos: la venta de los objetos fue una excusa para ponerse en relación con nosotros.

Capítulo 7

Una persecución en regla

—Pero ¿cómo llegó a conocer nuestra tarjeta? —preguntó ahora Pete.

—Skinny le pondría al corriente —aseguró Bob.

—No —dijo Júpiter, tajante—. Él sabía de nosotros antes de recurrir a Skinny. Estoy convencido de ello. Skinny no le habría hablado nunca de la tarjeta. Nos envidia demasiado para eso. De todos modos, si se hubiera enterado de la existencia de los Tres Investigadores por Skinny lo habría dicho.

—Cosa que no hizo —Bob empezaba a comprender—. Fingió que no nos conocía como investigadores antes de que nosotros le dijéramos lo que había…

—¿Quieres decir que él averiguó quiénes éramos, pero que no quiso que nosotros estuviésemos informados de que él lo sabía?

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntó Bob—. ¿Qué razones le indujeron a no querer que nosotros supiéramos que había visto nuestra tarjeta? Fue en busca nuestra…

Júpiter consideró detenidamente la cuestión.

—Sólo puede existir una razón. Hay que pensar en que la forma en que él se informó revela algo que no desea que llegue a conocimiento nuestro —de pronto, el primer investigador frunció el ceño—. Un momento… ¿Lleváis encima vuestras tarjetas?

Bob y Pete se registraron los bolsillos, en los que llevaban siempre unas cuantas tarjetas. El segundo exclamó:

—¡A mí me falta una! ¡Estoy seguro de que tenía cinco!

—Apostaría cualquier cosa a que se te cayó cerca de aquella puerta anoche —contestó Bob—. Eso te pasó, probablemente,

cuando sacaste tu pañuelo para envolver el amuleto.

—¡Y ésa fue la tarjeta que se encontró Ted! —Remató Júpiter—. Tal hecho significa que él estuvo por allí. ¡Y no quiere que nosotros lo sepamos!

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. ¿Estás pensando que fue él quien robó el amuleto?

—Es posible, Pete —repuso Júpiter, torciendo el gesto.

—Pero, Jupe… —objetó Bob—. ¿Por qué había de andar empeñado en contratar nuestros servicios si fue él quien robó la figurilla? Ted fue quien convenció a la señorita Sandow para que recurriera a nuestros servicios. Se mostró insistente, incluso.

—Yo diría que insistió demasiado —observó Júpiter—. Casi obligó a su tía a contratarnos. Mirad, amigos… ese debe haber sospechado que el amuleto se encuentra en poder nuestro. Quiere que sea devuelto. Lo de la recompensa fue idea suya. Y luego subrayó que si nosotros devolvíamos a su legítima dueña la estatuilla nadie haría preguntas, nadie querría saber dónde la hallamos… En realidad, nos ha invitado a devolverla a cambio de la recompensa.

—¿Y qué puede ganar él con eso? —quiso saber Bob—. Nosotros la habríamos puesto en manos de la señorita Sandow. ¿Y por qué no nos abordó reservadamente? Pudo haberlo hecho fácilmente.

Júpiter parecía sentirse enojado.

—Admito que me encuentro un tanto desconcertado al pensar en esos puntos. Pero hay dos cosas que hemos de dar por seguras ahora. Primera: Ted quiere el amuleto; segunda: su devolución es un detalle de la máxima importancia, independientemente del valor del objeto.

Pete gimió:

—Y a todo esto, lo hemos perdido. Y no hay forma humana de recuperarlo.

—Bueno, quizá no sea ése un problema tan difícil como tú crees —afirmó Júpiter—. He estado pensando en ello desde el mismo instante en que aquel hombre nos robó la figurilla. Debido a su aspecto, nada corriente, a sus ropas, las pasará moradas para esconderse en Rocky Beach. Ha de ser fácil de localizar, en fin de cuentas. Montaremos una vez más una de nuestras persecuciones en regla.

—¡Eso es! —exclamó Pete, entusiasmado.

—A los chicos les será fácil dar con él —aseguró Bob.

—Ahora vamos a echar una mano a Konrad, para regresar a casa cuanto antes —sugirió Júpiter.

Una hora más tarde habían relacionado todos los objetos que a juicio de ellos podían interesar a tío Titus, emprendiendo seguidamente el camino de regreso. Dieron cuenta a tía Mathilda de sus gestiones. Tan contenta se puso la mujer al leer la lista de cosas pertenecientes a la señorita Sandow, en trance de venta, que ni siquiera advirtió la desaparición inmediata de los chicos. Éstos se dirigieron a su cuartel general. Una vez dentro del escondido remolque, se pusieron a organizar su «persecución en regla».

Tal denominación servía entre ellos para designar un procedimiento ideado por Júpiter cuando trataba de localizar a alguien. Utilizaba en su desarrollo a todos los chicos de Rocky Beach y algunas veces se salía de los límites habituales. Cuando era necesario, naturalmente. El plan era muy brillante a causa de su sencillez. Simplemente: los tres amigos se ponían en relación con todos sus conocidos, solicitando de ellos la información que precisaban. Cuando aquéllos no eran capaces de dar una contestación, se dirigían a su vez a sus amigos, a quienes no conocían los investigadores. De esta forma podían ponerse en contacto con todos los muchachos de la zona, en muy poco tiempo, además.

Los Tres Investigadores prepararon su descripción del hombre vestido de blanco y el coche viejo que utilizara, aludiendo al otro individuo que le acompañaba. Finalmente, llamaron a sus amigos. Dieron su número de teléfono en el cuartel general y pidieron a sus colaboradores que telefonearan nada más localizar el coche descrito o a los individuos en cuestión.

Una hora después, todos los muchachos y muchachas de Rocky Beach se habrían lanzado en busca del hombre de la piel morena.

—Y ahora —dijo Júpiter sonriendo—, a esperar.

Pero dieron las seis y nadie había hablado una palabra… Los chicos, sorprendidos, se miraron entre sí, sorprendidos.

Al parecer, no había en Rocky Beach un solo muchacho que hubiese visto a los desconocidos.

—Esa gente debe de haberse escondido —opinó Bob.

—Si es que se encuentra todavía en Rocky Beach —señaló Pete.

—Estoy seguro de que andan por aquí —insistió Júpiter—. Se necesita siempre tiempo para desarrollar una de nuestras persecuciones en regla. Nosotros acabaremos sabiendo de esos hombres, no os preocupéis. Entretanto…

—Entretanto —medió Pete, consultando el reloj—, será mejor que nos vayamos a casa, a cenar.

Júpiter suspiró, molesto. Algunas veces se rebelaba contra las lógicas limitaciones que imponía la edad. Pero, naturalmente, él tenía también que hacer acto de presencia entre los suyos para cenar. Igual que sus amigos.

—De acuerdo —convino el primer investigador—. Ahora bien, después de la cena, tú, Bob, te acercarás por la biblioteca, con objeto de averiguar cuanto puedas sobre el Tesoro de los Chumas. En la biblioteca sé que hay una colección de libros que recogen todas las historias que han circulado por la localidad. Necesitamos conocer la mayor cantidad de datos posibles sobre ese tesoro. También haremos investigaciones relativas al hermano de la señorita Sandow.

—¿Vas a decirme lo que he de hacer yo? —preguntó Pete.

—Tú —respondió Júpiter, decidido—, vas a volver a Sandow Estate conmigo. Algo está en marcha allí y yo deseo saber qué es.

—Pero, bueno, Jupe, ¿qué es lo que podemos descubrir en aquel lugar? —quiso saber Pete.

El primer investigador respondió:

—Para empezar, pudiéramos intentar la localización de la sombra riente de nuevo.

Pete lanzó un gemido.

—¿Es imprescindible que hagamos eso?

—Quiero que estés de vuelta en cuento puedas —dijo Júpiter con firmeza, ignorando la lamentación de Pete—. Habrás de venir vestido con ropas oscuras.

* * *

El sol se hundía detrás de las altas montañas, hacia el oeste, cuando Pete y Júpiter llegaban a las puertas de hierro de la finca. Escondieron sus bicicletas bajo unos árboles y Júpiter quitó de su

portaequipajes un pequeño saco que había atado a él.

—Este muro es demasiado alto para que intentemos escalarlo por las buenas —susurró Júpiter—. Corre alrededor de toda la finca por la parte del camino. Vine preparado, por tanto.

Se inclinó para abrir su saco. De éste extrajo dos emisores-receptores portátiles, que él construyera para su utilización por el trío. Seguidamente, sacó una cuerda larga que llevaba atado a uno de sus extremos un hierro con cuatro ganchos.

—Los emisores-receptores servirán para mantenernos en comunicación si nos separamos —explicó Júpiter a su camarada—. Estos ganchos se agarran a cualquier parte. Descubrí unos cuantos en un montón de chatarra que adquirió tío Titus recientemente.

Júpiter arrojó el hierro por encima de la pared. Los ganchos se quedaron aferrados inmediatamente a las piedras. Los dos chicos dieron unos tirones a la cuerda para probar su fortaleza. Pete trepó por ella. Ya en lo alto del muro, se asomó al otro lado. Hizo luego una seña a Júpiter para que subiera. A continuación, invirtieron la colocación de los ganchos y la cuerda, deslizándose por la parte opuesta de la cerca. Júpiter guardó aquellos elementos en el saco, que procedió a esconder.

—Subiremos a la casa —susurró el primer investigador en la oscuridad—. Ten los ojos y los oídos bien abiertos, Pete.

Deslizáronse por entre los árboles y las malezas hasta una pequeña elevación desde la cual podían ver la casa y el granero. Con los últimos rayos del sol, la finca se había poblado de sombras y no se oía un solo ruido. Dentro de la vivienda había luz y se divisaban algunas sombras. Pero no llegó a salir nadie del edificio. La quietud era absoluta. A alguna distancia, percibieron el rumor de los vehículos que corrían por la carretera más próxima al lugar.

Por estar mucho tiempo en la misma posición, los chicos se sintieron entumecidos. Notaban que sus extremidades estaban rígidas. A Pete se le durmió una pierna, que empezó a mover, para activar en ella la circulación sanguínea. Júpiter, en cambio, siguió quieto, como una estatua. Se apagaron las luces en la planta baja de la casa. La noche, sin luna, pareció tornarse todavía más oscura.

De repente, Júpiter tocó el brazo de Pete.

—¿Qué pasa? —inquirió Pete, en un susurro.

—¡Mira allí!

Una sombra alta y vaga se movió en las inmediaciones de la casa. La sombra se detuvo un momento, como si vacilara o estuviese escuchando. Permaneció en la misma posición unos segundos. Luego, se desplazó, rebasando el granero para encaminarse hacia la arboleda del este.

—Cuando llegue a los árboles, nosotros… —comenzó a decir Júpiter.

El primer investigador no terminó su frase. En aquel preciso momento resonó en la oscura noche una salvaje y aguda risa…

Capítulo 8

Unas formas en la noche

La risa pareció prolongarse, extenderse por todo el ámbito de la oscura noche. Era muy aguda y estremecedora, como la de una hiena.

—¡Es ella! —siseó Pete—. ¡Es la sombra riente! Pero ahora ofrece un aspecto distinto.

—¿Qué quieres decir?

—La figura no es tan cargada de espaldas —explicó Pete—. Sin embargo, esa risa es la suya, la de la sombra.

—¡Será mejor que nos apresuremos! —advirtió Júpiter—. Podríamos perderla de vista.

Rápidamente, los dos chicos abandonaron la pequeña elevación, encaminándose a la zona de los bosques. La extraña figura seguía un camino que serpenteaba por entre los árboles. Pete y Júpiter se lanzaron tras ella. El temor les impedía reducir la distancia. Por fortuna, el hombre no hizo ningún alto, ni volvió la cabeza. Siguió andando con paso firme. La salvaje risa había dejado de oírse ya.

Pete calculó que caminaron en aquel plan unos dos kilómetros, adentrándose más y más en el bosque. La figura, luego, dejó el primer camino para continuar avanzando por un sendero, el cual conducía a un pequeño valle, con el fondo redondo, como el de una taza. El valle estaba cruzado por una tosca carretera. Había en él una choza en mal estado, construida con troncos de leños. La casucha en cuestión contaba con un porche y una chimenea de piedra. Sus ventanas estaban dotadas de postigos.

—Un refugio para cazadores —aventuró Júpiter en voz muy baja.

—¡Fíjate, fíjate! —siseó Pete.

Una forma oscura y cuadrada se desplazaba por la carretera, en dirección a la choza. Cuando aquélla se acercó más, los chicos vieron que se trataba de un camión que circulaba con las luces apagadas. El vehículo se detuvo enfrente del hombre que ellos habían estado siguiendo. De aquél saltó un individuo de corta estatura, pesado. Hubo una breve conversación en susurros delante de la casucha. A continuación, el sujeto de escasa talla se fue a la parte posterior del camión y abatió la portezuela de acceso.

Descendieron del vehículo cuatro figuras más. El hombre bajo obligó a los recién llegados a ponerte en fila, orientándolos hacia la choza. El individuo más alto encendió una luz que había en el porche. Los cuatro desconocidos pasaron al interior.



—¡Cáspita! —susurró Pete.

Brevemente, al deslizarse bajo la luz, las cuatro figuras se habían destacado claramente… ¡Carecían de cabeza!

—No… no… sé. A mí se me han antojado unos enanos decapitados.

En las sombras de la noche, los dos investigadores se contemplaron mutuamente.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó Pete.

—No tengo ni idea —contestó Júpiter, visiblemente impresionado por la visión de las cuatro formas sin cabezas—. Si nos acercáramos a la choza tal vez tuviésemos ocasión de asomarnos por una de sus ventanas al interior.

Los chicos se quedaron mirando fijamente la casucha, iluminada ahora por dentro. Planeaban cómo podrían aproximarse a ella sin ser descubiertos.

De súbito, una fantasmal, una salvaje risa estalló en la noche, casi a su lado. Sin detenerse a pensar lo que hacían, los dos amigos echaron a correr, con la mayor velocidad que les permitían sus piernas por el sendero.

* * *

Mientras Pete y Júpiter corrían alocadamente por entre los árboles y matorrales de Sandow Estate, Bob abandonaba la biblioteca profundamente agitado por los resultados de su búsqueda.

Apresuróse a trasladarse al cuartel general de los Tres Investigadores. Sus compañeros no se encontraban allí, por lo cual dejó una nota escrita para que lo llamasen a su llegada.

Al entrar en su casa, el padre de Bob estaba escuchando el boletín de noticias de la localidad, que daba la radio. Como el señor Andrews trabajaba para un periódico de Los Ángeles, nunca se perdía los diarios hablados. Bob entró en la cocina, donde su madre le sirvió un vaso de leche y algunos dulces.

—¿Encontraste en la biblioteca lo que buscabas? —le preguntó ella.

—Sí, mamá. Ahora, Pete y Jupe están todavía por ahí.

Luego, penetró el padre en la cocina, dando muestras de una

profunda irritación.

—Yo no sé a dónde vamos a ir a parar —dijo—. Acabo de enterarme por la radio de que un hombre fue atacado en Rocky Beach esta tarde en una reunión pública…

—¿En Rocky Beach? —inquirió la señora Andrews—. ¡Oh, es terrible!

—Se tratará de algunos fanáticos, intolerantes. El hombre a quien atacaron es presidente de una liga de vegetarianos. Estaba pronunciando su conferencia cuando dos individuos vestidos de blanco, con prendas muy raras, subieron a la plataforma en que se encontraba… Eran dos sujetos de piel morena —señaló la radio.

Bob estuvo a punto de ahogarse con la leche.

—¿De piel morena, papá?

—Eso oí.

—¿Resultó herido? —preguntó la señora Andrews.

—Al parecer, no… Pero los dos desconocidos salieron huyendo.

—¿Cómo se llamaba ese hombre, papá? —inquirió Bob, rápidamente.

—No sé si me acordaré… Veamos… —El señor Andrews se rascó la cabeza—. Harris, me parece que era el apellido. Albert Harris, sí. Lo presentaron como jefe de la Liga de Vegetarianos.

Bob se dijo inmediatamente lo que era fácil ver allí: el señor Harris había sido atacado por los mismos hombres que arrebataran a Júpiter el amuleto.

Mientras su padre cambiaba impresiones sobre el ultrajante ataque, Bob apuró su vaso de leche, deslizándose a continuación fuera de la cocina, con la mayor discreción posible. Fue hacia el sitio en que estaba el teléfono. Una cosa era cierta: fueran quienes fueran aquellos individuos y quisieran lo que quisieran, el amuleto no constituía la única respuesta en aquel asunto.

Dejó sonar una y otra vez el timbre del teléfono en el cuartel general del Patio Salvaje. Pete y Júpiter no habían regresado todavía.

* * *

Pete y Júpiter se agazaparon por entre unos árboles, lejos de los alrededores de la choza, por donde la escalofriante risa habíales

sacado de sus casillas. La carrera les había cansado. Se habían hecho algunos arañazos con las ramas de los árboles. Se habían caído también varias veces, al tropezar con raíces a flor de tierra. Respiraban agitadamente, recobrándose poco a poco del susto experimentado.

Pete miró a su alrededor.

—¿Ves tú algo, Jupe?

—No. Yo creo que estamos ya a salvo.

—No soy del mismo parecer. ¿Qué eran esos monstruos? ¿Enanos sin cabeza? —musitó Pete.

—Tiene que existir alguna explicación muy simple, quizá —opinó Júpiter, nervioso—. La verdad es que no hemos llegado a verlo todo bien. Tal vez, si volviéramos y miráramos por una de las ventanas…

—¡Oh, no! ¡Ni hablar de eso! —exclamó Pete—. Mientras ande por ahí la sombra riente…

Júpiter suspiró.

—Tienes razón. Sin embargo, yo no la vi por las proximidades del sitio en que estábamos cuando oímos sus últimas risotadas.

—¿Para qué quieres más? —inquirió Pete—. Voto por que salgamos de aquí lo antes posible.

Júpiter guardó silencio unos instantes. Estaba reflexionando. Pete esperó a que tomara una decisión. Aguardó, ansioso, una respuesta.

—No sé por qué, creo que los hombres morenos y la sombra riente forman parte del mismo misterio, Pete.

—Seguro. No obstante, ¿cómo explicar…?

—Es lo que tendremos que poner en claro —le atajó Júpiter—. De momento, estoy de acuerdo contigo en que lo mejor que podemos hacer es volvernos a nuestras casas.

—¡Así quiero oírte hablar!

Echaron a andar por los accidentados terrenos de la finca, rumbo a la distante carretera. Esta vez evitaron cuidadosamente algunos obstáculos. Sin embargo, en la oscuridad, sus progresos fueron lentos. Finalmente, llegaron al muro y se deslizaron a lo largo del mismo, hasta que se detuvieron en el sitio en que Júpiter escondiera su saco.

Júpiter procedió a arrojar el hierro con los ganchos por encima

de la cerca. En esta ocasión llevó a cabo dos intentos infructuosos, pues aquéllos resbalaron sobre las piedras. Pete realizó la tercera prueba. Ahora salió la cosa bien, pero en el preciso instante en que Pete probaba a ver si la cuerda se había afirmado bien los dos oyeron en la oscuridad un sonido metálico. Alguien acababa de amartillar un rifle…

—¡Eh, vosotros! ¡Quietos los dos!

Una figura se plato en la carretera. Era una alta sombra que les apuntaba con un arma de fuego.

Ya no podían hacer nada. Los dos chicos abandonaron el refugio de los árboles y matorrales, avanzando por el camino particular, Júpiter, de repente, sonrió.

—¡Ted! ¡Soy Júpiter Jones! ¡Me acompaña Pete Crenshaw!

Ted Sandow no sonrió. Tampoco sirvieron aquellas palabras para que abatiera su rifle. El joven inglés se limitó a contemplar a los dos muchachos con un gesto de recelo.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó Ted, fríamente.

Pete contestó, en tono de protesta:

—¡Ted! ¡Somos nosotros! ¡Estamos trabajando para tu tía!

—¿A esta hora? —saltó Ted, muy seco—. ¿En la oscuridad, merodeando por estos parajes? Vosotros no hablasteis de que ibais a venir a la finca sin que nadie lo supiese. ¿Qué habéis estado haciendo por aquí?

—Hemos echado un vistazo por los alrededores. Pensamos que el amuleto podía estar por las proximidades de la puerta, perdido. Creímos posible que el ladrón regresase, aprovechando la oscuridad —explicó Júpiter, un tanto amoscado—. Hemos sido autorizados por tu tía para que nos dediquemos a la búsqueda de la estatuilla.

Ted vaciló.

—No sé si debo creeros o no…

—¿Qué es eso de que no sabes si debes creernos o no? —dijo Pete, muy brusco—. Tú sabías desde el primer momento que nosotros éramos investigadores. ¡Tú encontraste nuestra tarjeta!

Júpiter intentó obligar a Pete a guardar silencio mediante una oportuna patada en la espinilla. Pero procedió con demasiado retraso. Ted Sandow miró a Pete.

—¿Cómo te has enterado de eso?

Pete hizo ver al joven inglés su desliz al aludir a los signos de

interrogación de la tarjeta antes de verla. Ted se quedó como apesadumbrado. Al mismo tiempo, denotó con su gesto que admiraba a los chicos, por sus buenas dotes de observadores.

—Desde luego. Hay que reconocer que sois inteligentes. En sus labios apareció una sonrisa y entonces abatió el rifle.

—Pues sí… Yo encontré vuestra tarjeta cerca de la puerta. Comuniqué mi descubrimiento al señor Harris, quien juzgó que debía de haberse producido una coincidencia, que mi obligación era proceder con el mayor tacto, ya que podía estar equivocado en mis apreciaciones. Pregunté entonces al abogado de tía Sarah si conocía en Rocky Beach a algunos chicos que se denominaran a sí mismos los Tres Investigadores. Él me envió a Skinner Norris, ya os lo conté. Así fue cómo me enteré de vuestra existencia y de la del Patio Salvaje. Posteriormente, se me ocurrió la idea de abordaros con motivo del ofrecimiento de las cosas antiguas de mi tía. Todo esto es lo que ha pasado…

Pete lo comprendió todo de repente.

—¡Tú nos tomaste por los ladrones del amuleto!

—En efecto —admitió Ted—. Es lo que comuniqué al señor Harris. Pero, naturalmente, no tenía ninguna seguridad… Él sugirió que vosotros podíais haber encontrado la estatuilla, perdida por el ladrón. En consecuencia, decidimos traeros aquí, hablar de una recompensa… Cabía la posibilidad de que os decidierais a devolverla alegando que os la habíais encontrado por casualidad.

Júpiter pareció considerar detenidamente las palabras del muchacho inglés.

—Si llegaste a pensar que la habíamos robado, ¿por qué no nos acusaste sin más rodeos?

—Ya te he dicho lo que opinó sobre el caso el señor Harris. Éste pensó que muy bien podíais haberos encontrado el amuleto. Añadió que las acusaciones que carecen de sólidos fundamentos son muy peligrosas.

—Si pensaste en que podíamos haber encontrado la figura por casualidad, ¿por qué no exigiste su devolución?

—También se habló de eso. Pero el señor Harris opinó entonces que también era posible que no quisierais admitir el hallazgo. Dijo que quizá os diera miedo pronunciaros en ese sentido…

—En consecuencia, decidiste entrar en relación directa con

nosotros —concluyó Júpiter—, para ofrecernos una recompensa, dándonos la impresión de que ignorabas que el amuleto estuviese en nuestro poder. Quisiste facilitarnos una salida y, además, un buen incentivo.

Ted asintió.

—Siento lo sucedido, muchachos. La verdad es que entonces yo no sabía cómo erais en realidad. Ahora que os conozco, sé que no tendréis inconveniente en proceder a la devolución de la figurilla. Porque os la encontrasteis, ¿no?

—Bob y Pete se la encontraron, efectivamente —reconoció Júpiter—. Pero ya no nos es posible devolverla… Ya no la tenemos.

Júpiter procedió a explicar a Ted cómo el hombre de la piel morena le había robado el amuleto.

—Así pues, se ha perdido definitivamente —manifestó el joven, desconsolado.

Júpiter movió la cabeza lentamente.

—Definitivamente, no. Todavía hay una posibilidad de que lo recobremos. Siempre y cuando demos con el hombre…

Ted sonrió.

—¿Se trata de algún plan secreto? ¿Podría yo ayudaros? La verdad es que estoy deseando trabajar con vosotros, muchachos.

—Es posible que tú nos seas de utilidad, Ted —convino Júpiter —. Tú abre bien los ojos aquí y cuando localicemos a ese tipo nos pondremos en comunicación contigo.

—¡Estupendo! —exclamó Ted, radiante.

—Ahora hemos de regresar a nuestras casas —anunció Júpiter —. Es tarde ya.

Ted los acompañó hasta la puerta. Fueron pedaleando en la oscuridad, poco a poco. A Pete le duraba todavía el asombro.

—Jupe —preguntó a su amigo—: ¿por qué no hablaste de lo que Bob y yo vimos anoche? ¿Por qué no aludiste a la voz pidiendo socorro y a la sombra riente?

—Porque no estaba seguro de que Ted dijera la verdad —explicó Júpiter, sombrío—. Si él realmente pensó que nosotros habíamos robado el amuleto, Pete, creo que nos habría denunciado inmediatamente… A menos que, por una razón u otra, no quisiera que otras personas se enteraran de cómo había llegado a nuestro poder el amuleto. ¡Creo que nos está ocultando algo, Pete!

Pete parecía muy preocupado al iniciar el largo descenso que había de llevarles desde el paso de las afueras hasta Rocky Beach.

Capítulo 9

Donde ningún hombre puede encontrarlo

A la mañana siguiente, bien temprano, Bob saltó del lecho, vistiéndose rápidamente. Cuando se disponía a bajar las escaleras, para trasladarse a la planta baja, llamó a la puerta de la habitación de sus padres.

—¡Yo me haré el desayuno, mamá!

Su madre, medio dormida todavía, le contestó:

—Está bien, Bob. Limpia después tú mismo lo que utilices. ¿Dónde vas a estar hoy?

—¡En el Patio Salvaje, mamá!

Ya en la soleada cocina, dio buena cuenta rápidamente de un tazón de cereales, bebiéndose luego un vaso de jugo de naranja. Seguidamente, llamó a Pete. La madre de éste le notificó que se había ido ya al Patio Salvaje. Bob lavó en el fregadero el tazón y el vaso que había empleado, saliendo en busca de su bicicleta.

Al llegar al Patio Salvaje tropezó de buenas a primeras con tía Mathilda.

—¡Hombre! ¡Por fin consigo ver a uno del trío! Cuando veas a los otros, Bob, comunícale a Júpiter que vamos a necesitarle. Habrá de acompañarnos a Sandow State esta mañana.

—Sí, señora.

Bob echó a andar con toda naturalidad hacia la parte posterior del Patio Salvaje y cuando ya no podía verle tía Mathilda apretó el paso hacia la entrada principal del escondido remolque, arrastrándose hasta el interior del cuartel general. Al cruzar la

puerta-trampa vio a Júpiter y Pete que contemplaban con sombría expresión el silencioso teléfono.

—¡No ha habido una sola llamada! —anunció Pete, abatido—. El aparato magnetofónico registrador de Jupe no ha recogido ningún mensaje.

Pete acababa de referirse al mecanismo ideado por Júpiter, el cual funcionaba en combinación con el teléfono, registrando los mensajes transmitidos cuando los Tres Investigadores se hallaban ausentes.

—Mucho me temo que esta vez no haya dado resultado nuestra «persecución en regla» —admitió Júpiter.

—Puede que sea demasiado pronto, Jupe, para que tengamos noticias —repuso Bob, optimista—. Escucha… Presta atención a lo que conseguí averiguar anoche.

—Pon atención tú a lo que voy a decirte, que no es, ni más ni menos, que lo que nosotros vimos anoche —contraatacó Pete.

Éste refirió a Bob su aventura en la finca de los Sandow. Los ojos de Bob se dilataron al saber lo de Ted, lo de las extrañas formas y la sombra riente.

—Naturalmente —declaró Júpiter—, no se trataba de enanos decapitados, pero en cambio tenían la apariencia de tales. Yo esperaba que, como resultado de nuestra persecución en regla, recibiríamos algún mensaje esta mañana. Opino que los hombres morenos son la clave de todo el misterio, no sé por qué… Si conociéramos su identidad y sus propósitos estaríamos pronto al cabo de la calle. Bueno, Bob, ¿qué es lo que averiguaste en relación con el Tesoro de los Chumas?

—De acuerdo con lo que dicen los libros que se ocupan de la historia de nuestra localidad, algo hay de cierto en ello —informó Bob—. En cuanto la banda de renegados desapareció, todo el mundo se puso a buscar el tesoro. La gente anduvo tras él durante mucho tiempo, pero nadie logró localizarlo. Uno de los inconvenientes principales se derivaba del hecho de que los chumas tenían escondites en todas las montañas. Sandow Estate fue uno de los sitios en que ellos se ocultaron. Nadie consiguió dar con una pista que condujese al tesoro, en definitiva.

—¿Tampoco fueron encontrados los dos amuletos que poseía el hermano de la señorita Sandow? —inquirió Pete—. ¿Son

mencionados en los libros que consultaste?

Bob respondió:

—En los relatos que yo he leído se habla de él… El hombre respondía al nombre de Mark. Mató un hombre y tuvo que huir. La víctima se hallaba envuelta en cierto misterio… Se trataba de un cazador que vivía en las elevaciones de la finca. No se supo por qué Mark Sandow le dio muerte. Los libros que he consultado no mencionan para nada los dos amuletos chuma.

—El profesor Meeker dijo que él no había oído hablar de amuletos —murmuró Júpiter, frunciendo el ceño—. ¿Leíste en alguna parte algún relato en el que quedaran recogidas las últimas palabras pronunciadas por Magnus Verde antes de morir?

—En cuantos libros diferentes hallé otras tantas versiones de ellas —informó Bob, poniéndose delante su libreta de notas—. Según una de esas obras, Magnus Verde, al parecer, dijo: «¿Qué hombre puede encontrar el ojo del firmamento?». Otro escritor lo cita diciendo: «El ojo del firmamento no podrá ser encontrado por ningún hombre». Otros dos autores manifiestan que sus palabras fueron. «Está en el ojo del firmamento, donde ningún hombre puede encontrarlo». Supongo que los traductores del lenguaje chumas se enfrentarían con algunas dificultades.

—El profesor Meeker dio sus explicaciones sobre eso —le recordó Júpiter—. Aparte de que las frases que acabas de detallar son muy similares. Todas se refieren al «ojo del firmamento», que el profesor no mencionó. Todas revelan, además, la seguridad que Magnus Verde tenía acerca de la imposibilidad de que el tesoro fuese hallado por los hombres.

—Pero, Jupe… ¿Y qué significado tiene la frase «ojo del firmamento»?

Júpiter se quedó caviloso.

—Vamos a ver… ¿Qué es lo que hay en el firmamento que se asemeje a un ojo?

—Algunas nubes, a veces —apuntó Pete.

—Yo lo sé —afirmó Bob—: el sol.

Júpiter asintió.

—O la luna. Se la representa como un rostro.

—¿Y qué podían esconder los chumas en cualquiera de los dos astros? —objetó Pete.

—Nada, desde luego, Pete —confirmó Júpiter—. Pero es posible que exista un sitio en que el sol o la luna brille siempre en el mismo lugar. De la misma forma que el sol brillaba en ciertos templos de la antigüedad.

—Es verdad —dijo Bob—. La gente levantaba templos en cuya cubierta practicaba un orificio, para que los rayos del sol iluminaran siempre el mismo punto del altar.

—Sólo en este caso habría por en medio un sitio muy especial que contaba a hora determinada —manifestó el primer investigador, inquieto.

Pete se hizo cargo en seguida de la causa de sus preocupaciones.

—Tú quieres decir que tendremos que descubrir el punto exacto en el cual el sol o la luna producían un determinado efecto…

—Precisamente, Pete —Júpiter daba muestras de un gran abatimiento. Luego, de pronto, su rostro se iluminó—. Puede ser también que Magnus Verde no aludiera a una cosa de tanta complicación. Por ejemplo: pudo haber querido dar a entender que el sol o la luna se parecían a un ojo vistos desde cualquier paso montañoso o valle. ¿Tenemos nosotros idea de algún lugar que se halle en estas condiciones por las inmediaciones de Rocky Beach?

—¡Caramba, Júpiter! Nunca he oído hablar de ninguno semejante —declaró Pete—. Bueno, de todas maneras, ¿qué más da? Bob dijo que los chumas tenían escondites en todas partes.

—Y Magnus Verde recalcó que ningún hombre sería capaz de encontrar aquel en que pensaba —añadió Bob.

—Estoy convencido de que Magnus Verde quiso desorientar a sus capturadores con un acertijo de un tipo u otro —insistió Júpiter —. ¡Si al menos supiéramos por qué razón el hombre de la piel oscura tenía tanto interés en hacerse con la estatuilla!

—¡Dios mío! ¡Se me había olvidado! —exclamó Bob—. Tenía algo más que deciros. Ese hombre y su amigo atacaron al señor Harris.

Bob procedió a repetir la noticia que su padre había escuchado por la radio la noche anterior.

Júpiter dio un salto en su asiento.

—Debiéramos ir a ver al señor Harris. Hay que hablar con él —dijo el primer investigador—. Es posible que sepa algo de gran interés. Ahora bien, uno debe quedarse junto al teléfono. La cinta

magnetofónica no puede formular preguntas.

—Le toca a Pete —anunció Bob.

—Así es, me parece —corroboró Pete.

—Nos llevaremos los emisores-receptores, para que Pete pueda ponerse en comunicación con nosotros si se entera de algo en relación con nuestra persecución en regla —indicó Júpiter.

Después de haberse hecho con las señas de la Liga de Vegetarianos, Bob y Júpiter cogieron sus bicicletas. Tardaron diez minutos tan sólo para llegar a la casa de estilo gótico que en la calle de Las Palmas servía a los miembros de la Liga de Vegetarianos de centro de reunión. Era la última vivienda del bloque, hallándose situada en las afueras de la ciudad, casi. Las oscuras montañas iban a morir al borde de la carretera por el otro lado. Detrás de las viviendas de la calle de Las Palmas había una vía en la que los residentes de la zona tenían sus garajes.

Los dos chicos dejaron sus bicicletas en la puerta, subieron hasta la puerta principal y llamaron al timbre. Un hombre pesado y de corta talla les abrió aquélla. Preguntaron por el señor Harris.

—¿Qué hay, muchachos? —inquirió el propio Harris, a espaldas del otro hombre—. Está bien, Sanders… Conozco a los chicos. Entrad. Es un placer para mí veros. No esperaba volver a veros tan pronto. ¿Habéis venido para incorporaros a nuestra Liga?

El hombre bajito, Sanders, que trabajaba, evidentemente, a las órdenes del señor Harris, retrocedió, concentrando su atención en un montón de cajas que se encontraban en el vestíbulo. Apresuradamente, Júpiter informó a su interlocutor que no lo visitaban para hacerse socios de la entidad.

—¡Ejem! Pues, no, no, señor… Es que deseábamos hablar con usted.

—¿Queríais hablar conmigo? De acuerdo. Pasemos entonces a mi despacho. La verdad es que todavía no hemos acabado de instalarnos en esta casa. Habría dado cualquier cosa por que os decidierais a ser de los nuestros. Necesitamos que nos ayuden. Todo ha de ser hecho por mí, sin otra colaboración que la de un par de ayudantes que no regatean esfuerzo alguno a la hora de trabajar.

Los chicos avanzaron por entre un auténtico laberinto de cajas, libros, armarios archivadores y montones de folletos. El señor Harris abrió ante ellos una maciza puerta de roble y entraron en un

despacho grande y soleado. Sentóse luego detrás de su mesa de trabajo y señaló a los chicos unas sillas.

—Bueno, ¿qué es lo que tenéis que decirme?

Júpiter se explicó:

—Nos hemos enterado del ataque de que fue usted objeto, señor Harris.

—¡Oh, sí! Un loco, que se lanzó sobre mí… Bueno, en realidad, no iba solo. Pero la verdad es que sólo uno de los dos individuos me atacó. Yo me encontraba en lo alto de la tarima, pronunciando un breve discurso. Me defendí, como es natural… El auditorio comenzó a dar voces llamando a la policía. Seguidamente, la pareja se esfumó.

—¿Por qué fue usted atacado, señor?

—No lo sé, no tengo la menor idea.

—¿Dijeron algo aquellos dos tipos? —preguntó Júpiter.

—En inglés, por lo menos, no. Aquel bribón dio unas cuantas voces, pero sus palabras fueron para mí un galimatías. Intenté darle alcance, pero se me escapó. Los dos individuos se escaparon antes de que la policía llegara. Supongo que formaban una pareja de fanáticos, de los que odian a los vegetarianos. A veces tenemos que enfrentarnos con gente saturada de ignorantes prejuicios. Hay hombres que odian con toda su alma a quienes no piensan como ellos. Esto, sencillamente, es lamentable.

—Lo sé, señor —declaró Júpiter—. Sin embargo, no creo que esos hombres fuesen contra usted por el hecho de que sea vegetariano.

El señor Harris se mostró ahora sobresaltado.

—¿No? Entonces, ¿por qué me atacaron? ¿Quieres decir que has formulado alguna teoría para explicar el incidente?

—Desde luego —replicó Bob, con firmeza—. Nosotros sabemos…

Bob guardó silencio de pronto. Había percibido un débil y repetido sonido dentro del despacho. Al señor Harris le ocurrió lo mismo y empezó a mirar a su alrededor, arrugando el entrecejo. Aquel bip-bip-bip se oía muy débilmente. Bob no tardó en comprender de qué se trataba. Pete debía de estar intentando ponerse en comunicación con ellos mediante su emisor-receptor.

A Júpiter, por supuesto, no se le había escapado aquello. Púsose

en pie de súbito.

—Lo siento, señor Harris, pero tenemos que irnos. Regresaremos tan pronto nos sea posible.

—¡No faltaba más, Júpiter! Todavía estaré aquí un buen rato. Luego, me trasladaré a casa de la señorita Sandow. Visito a mi querida amiga a diario. En fin de cuentas, sin su colaboración no habría podido poner en marcha nunca nuestra Liga aquí, en Rocky Beach.

Júpiter asintió cortésmente. Después, dio la vuelta, apresurándose a salir del despacho.

Los chicos sabían perfectamente que Pete no podría ponerse en comunicación con ellos mientras se mantuvieran dentro de un edificio… La distancia a cubrir era demasiado grande. Avanzaron rápidamente por entre los obstáculos existentes en el vestíbulo de acceso. Finalmente, salieron al aire libre, al patio delantero de la vivienda. Júpiter vio unos espesos matorrales que quedaban entre la puerta del edificio y la de la cerca. Los dos amigos se ocultaron allí.

Júpiter oprimió uno de los botones de su aparato.

—Aquí, el primer investigador. Adelante, segundo. Adelante, segundo. Estamos a la escucha. Cambio.

La voz de Pete sonó débilmente. Jupe y Bob pegaron sus oídos al aparato.

—Aquí, el segundo investigador. ¿Me escucháis? ¡Adelante, primero! ¿Me escuchas? Cambio.

—Estamos recibiendo tu comunicación, segundo. Adelante. Cambio.

—¿Jupe? —La débil voz de Pete delataba su agitación—. Acaba de llegar un informe como resultado de la persecución en regla. Uno de nuestros amigos ha visto a los hombres de piel oscura. Se encuentran en su coche, estacionado en las inmediaciones de la calle de Las Palmas…

Bob gritó:

—¡Jupe! ¡Son ellos! ¡Andan por ahí!

Júpiter dio un salto. Sus dedos oprimieron el botón de recepción, cortando la voz de Pete. Pero ni Bob ni Júpiter pensaban ya en Pete. Uno de los hombres de piel morena, vestido con sus extrañas ropas blancas, se hallaba junto a sus bicicletas, en la puerta de la cerca.

Los dos individuos se movieron con aire amenazador hacia ellos, empuñando unos cuchillos curvos, amedrentadores. A los chicos les resultaba imposible llegar hasta donde habían dejado las bicicletas. Tampoco era accesible para ellos la casa desde aquel punto.

—¡Rápido! —chilló Júpiter—. ¡Corramos hacia la montaña, Bob!



Capítulo 10

Persecución en la montaña

Los muchachos, corriendo, doblaron la esquina de la casa. Los dos hombres se quedaron inmóviles por un momento, vacilando. Al final del patio, muy cerca de las estribaciones de la elevación vecina, la cerca era muy baja. Los chicos continuaron avanzando, sin volver la cabeza ni una sola vez.

—¡Arriba! —jadeó Júpiter.

Deslizándose a lo largo de la carretera, alcanzaron la primera de las empinadas pendientes que rodeaban a Rocky Beach. Bob llevaba un poco de delantera a su camarada, quien le seguía resoplando. Unos segundos más tarde se internaban en el reseco chaparral. Sus prendas se enganchaban de los grisáceos y fuertes tallos de las matas, desgarrándose. A sus espaldas, oyeron los pasos de los dos sujetos morenos, lanzados ya francamente en su persecución.

—¿Qué es lo que gritan esos? —preguntó Bob, a quien le faltaba aire.

—No lo sé —contestó Júpiter—. ¡No entiendo una palabra! Tú limítate a correr.

—¿Seremos capaces de conservar la distancia que nos separa de ellos?

—Es… pero… que… sí.

En la cumbre de la primera pendiente, llegaron a una vieja carretera, llena de baches, cubierta de polvo. Habían aumentado la ventaja que llevaban a sus perseguidores. Habiéndolos perdido de vista por unos momentos, avanzaron por aquel camino. Se estaban alejando de Rocky Beach, de la casa de la Liga de Vegetarianos y de sus bicicletas. Pero no tenían más remedio que proceder de aquel

modo. Continuaron, pues, corriendo por la carretera, procurando dar con algún medio de burlar definitivamente a sus perseguidores.

—¡Oh, no! —exclamó Bob, de repente.

La carretera terminaba en un precipicio. Había habido allí en otro tiempo un puente, pero éste había desaparecido. No podía pensarse siquiera en aventurarse por las paredes del despeñadero: resultaba muy peligroso. Los chicos se detuvieron, profundamente desalentados.

—Este puente debió ser arrasado por el agua, en el transcurso de una inundación —consideró Bob.

—¡Continuaremos subiendo! —chilló Júpiter.

Desviándose, empezaron a trepar por una de las otras pendientes de la montaña que se cernía sobre Rocky Beach. Oyeron unos gritos a sus espaldas. Los dos hombres los habían descubierto, extendiendo los brazos en dirección a ellos. Sin concederse un minuto de respiro, ambos sujetos comenzaron su ascensión rápidamente, desplegando una destreza y una rapidez asombrosas.

—¡Nos van ganando terreno, Jupe! —advirtió Bob.

—¡Sigue corriendo! ¡No te pares!

Sobre la reseca ladera, el sol era agobiante. Los dos tenían las manos llenas de pequeñas heridas. Por fin, lograron llegar a uno de los sobresalientes peñascos de la montaña. Júpiter se dejó caer, jadeando, sobre el polvo. Bob volvió la vista.

—¡Continúan subiendo! Júpiter gimió:

—Me da igual. Yo no puedo más.

Bob se llevó la mano derecha a la frente, a manera de visera.

—Nosotros corremos más que ellos, pero como escaladores ellos nos superan. Trepan por las rocas como si fuesen cabras. Oye, ¿serán dos miembros del pueblo yaquali? ¿Serán dos de los llamados «Diablos de los Despeñaderos»?

Júpiter pareció animarse ante la perspectiva de ver a dos yaquali.

—Quizá hayan estado hablando en yaquali. No es de extrañar que no hayamos entendido una sola palabra de cuanto hablaban.

—Si se expresasen en esquimal me daría lo mismo —declaró Bob —. ¿Cómo vamos a salir ahora de apuros? Supongo que el señor Harris los vería cuando se lanzaron en persecución nuestra.

—Lo dudo —manifestó Júpiter, mirando a lo lejos—. Reina una

gran quietud alrededor de la casa.

—¡Si al menos pudiéramos volver para coger nuestras bicicletas!

—No hay ni que pensar en eso. Esa gente nos ha cortado la retirada. No tendremos más remedio que continuar huyendo de los dos tipos.

—¿Y a dónde nos encaminaremos? —inquirió Bob, desesperado, paseando la mirada por los alrededores. Luego, sus ojos se iluminaron—. ¡Adelante, Jupe! Ya me he orientado, ya sé dónde estamos. Me parece que se nos ofrece una salida.

Bob echó a correr por el saliente que abrazaba la parte alta de la montaña. Júpiter resoplaba a su espalda. Una vez más, perdieron de vista a sus perseguidores. A unos cincuenta metros de distancia, por el lado opuesto, Bob se metió sin pensárselo en una zona cubierta por una densa vegetación, de la que sobresalían unos retorcidos robles. El chaparral era casi impenetrable.

—¿A dónde vamos, Bob? —preguntó Júpiter, resoplando fatigosamente.

—Ahí…

Júpiter miró a un lado y a otro.

—¿A dónde? No comprendo…

Bob se desvaneció entre la vegetación antes de que Júpiter pudiese terminar de formular su pregunta. El primer investigador, no obstante, siguió sus pasos… Y, de repente, se vio corriendo por un espacio completamente despejado.

Inesperadamente, sus pies dejaron de estar en contacto con el suelo y Júpiter fue a aterrizar sobre el fondo de un angosto pasillo, al que servían de protección los árboles de los contornos y los matorrales. Respirando sofocadamente, sintiéndose magullado, Júpiter se incorporó, quedándose sentado. Después, en un gesto instintivo, contempló sus ropas, sucias de polvo, que procedió a sacudirse.

A continuación, fijó la mirada, muy serio, en su amigo.

—Podías habérmelo advertido —dijo.

—No había tiempo. Una vez me caí a esta zanja, mientras intentaba dar caza a una serpiente. Esa gente no logrará localizarnos ya.

—Es posible —replicó Júpiter, nada convencido.

—Sssss…

Los dos chicos se pegaron a una de las paredes de la zanja, asomándose cuidadosamente. Una abertura casual entre los matorrales les permitía ver sin ser vistos. ¡Sus perseguidores se encontraban a menos de quince metros de distancia! Hablaban… Daban vueltas y más vueltas, estudiando el terreno. Discutían. Júpiter se agazapó en el fondo de la zanja.

—Esos saben perfectamente que no podemos andar muy lejos de aquí.

—¿Qué crees tú que debemos hacer ahora?

—Hemos de procurar no hacer el menor ruido.

Los dos chicos guardaron silencio. Estaban pendientes de lo que pasaba a no mucha distancia de allí. Sus perseguidores se mostraban activos, hablaban entre sí al otro lado de la espesa masa de vegetación. Los chicos oían sus voces, pero no entendían una sola de sus palabras. Notaban en ellas, eso sí, un tono áspero de amenaza.

Los dos amigos no podían hacer otra cosa que esperar. Las voces se acercaban… Oían el rumor característico de los movimientos de sus perseguidores, apartando tallos, pisando resecas plantas.

Júpiter susurró:

—Creo que es cosa de minutos… Terminarán por localizarnos. Están convencidos de que no hemos podido ir muy lejos.

—Esta hondonada queda muy bien escondida. Es posible que no lleguen a verla.

—También pudiera ser que cayesen aquí accidentalmente. ¿No podríamos salir de aquí sin ser vistos?

Bob reflexionó un momento.

—Hay a nuestra izquierda una depresión en forma de pasillo que conduce a la carretera que pasa por las inmediaciones del sitio en que está emplazado el edificio de la Liga de Vegetarianos. Lo malo es que hemos de cruzar una zona de unos quince metros que se halla completamente despejada de obstáculos.

—¿Quince metros de zona despejada? —Júpiter arrugó el ceño caviloso—. Lo que se impone entonces es llevar a cabo una maniobra de diversión. Hay que hacer algo para apartar la atención de esos individuos del sector más peligroso. Lo ideal sería poder meterlos aquí mientras nosotros nos deslizamos por la depresión de que acabas de hablar.

—Si fuésemos ventrílocuos —apuntó Bob—, podríamos lograr que nuestras voces resonaran en este sitio después de habernos apartado de él. Y mientras esa gente anduviera ocupada buscándonos por aquí correríamos por la depresión.

—¡Has tenido una buena idea, Bob! —exclamó Júpiter, excitado ahora, al parecer.

—¿Tú crees? Ninguno de los dos somos ventrílocuos. Ninguno de los dos somos capaces de hacer resonar nuestras voces donde se nos antoje.

—¡Naturalmente que somos capaces! La electrónica acude en nuestra ayuda —Júpiter cogió su emisor-receptor—. Vamos a dejar este aparato aquí, puesto a todo volumen, con el botón correspondiente a la recepción oprimido. Seguidamente, nos aproximaremos al punto de esta zanja más cercano a la depresión de que me has hablado…

—¡Y después hablaremos para que nos oigan y crean que continuamos en este lugar!

—Exactamente —corroboró Júpiter—. Nos oirán, indudablemente, bajando al punto por nosotros, momentos que aprovecharemos nosotros para poner los pies en polvorosa por el sitio indicado.

Rápidamente, Júpiter colocó su emisor-receptor detrás de un matorral, en el fondo de la zanja, poniendo una piedra encima del botón de recepción. Después cogió el aparato de Bob y los dos chicos empezaron a deslizarse silenciosamente a lo largo de la hondonada. A los pocos instantes, Bob anunció con un movimiento de cabeza y una expresiva mirada que habían llegado al lugar crítico.

—¿Ves ese gran árbol, al final de la zona despejada? —susurró Bob—. Ahí está la depresión de que te he hablado.

—Muy bien. Empecemos la sesión —contestó Júpiter. Agachóse todo lo que pudo, pronunciando unas palabras junto al emisor-receptor—. ¡Bob! ¡Ya los oigo acercarse!

Bob habló ahora:

—¡No nos encontrarán aquí! ¡Estamos a salvo!

Júpiter, atento, percibió, alejada, la voz de Bob, débil pero clara, resonando en la zanja en que habían estado escondidos. Siguió hablando junto al aparato mientras Bob asomábase por entre las

zarzas y hierbajos, para ver qué era lo que ocurría a no mucha distancia de ellos.

—¡Lo han oído todo! —susurró Bob—. ¡Ya avanzan hacia allí!

—¡Ahora es el momento, Bob! —siseó Júpiter. Los dos amigos salieron de un salto de la zanja, echando a correr hacia el gran árbol. Al llegar a éste, volvieron la cabeza. Los dos hombres morenos se habían perdido de vista. Bob y Júpiter se precipitaron atropelladamente dentro de la depresión, deslizándose por el fondo en dirección a la carretera, que quedaba todavía algo apartada.

Respiraban aguadamente cuando salieron a la calle que estaba situada a media manzana del edificio de la Liga de Vegetarianos. Los dos individuos, sus perseguidores, parecían haberse perdido definitivamente de vista.

—Será mejor que comuniquemos al señor Harris que esos tipos andan de vuelta —opinó Júpiter.

Doblaron una esquina, echando a correr hacia la puerta principal. Júpiter oprimió el botón del timbre. Esperaron pacientemente… Pero nadie atendió su llamada. Bob llamó con los nudillos a continuación. Dentro de la casa no se oía el menor ruido. Manipularon en el tirador. Pero la puerta había sido cerrada con llave. Entretanto, Júpiter se asomó por la ventana que había junto a aquélla…

—Seguramente se ha trasladado a la finca de los Sandow —aventuró Bob.

—Eso debe de ser… —convino Júpiter—. Vale más que salgamos de aquí cuanto antes… ¡A toda prisa!

Ya no cruzaron una sola palabra más. Corrieron en busca de sus bicicletas y se alejaron de allí pedaleando furiosamente. Se mantuvieron al mismo ritmo hasta su llegada al Patio Salvaje.

Capítulo 11

Júpiter tiene una sospecha

Tía Mathilda estuvo observando a Bob y a Júpiter a partir del instante en que entraron montando sus bicicletas en el Patio Salvaje.

—¡Vaya! ¡Por fin llegáis! ¿Estás listo para trasladarte a Sandow Estate, Júpiter Jones?

—Sí, tía Mathilda —repuso Júpiter—. Ahora bien, queremos coger antes unas cosas de mi taller.

—Procura no entretenerte. Dentro de dos minutos, tu tío y Konrad se encontrarán listos para ponerse en camino.

Los dos chicos se deslizaron por el Túnel Dos, rumbo al escondido remolque. Pete seguía en su puesto, junto al teléfono. Les habló nada más verlos.

—¿Por qué interrumpisteis la comunicación? He estado intentando deciros algo de importancia. Llamaron dos de nuestros amigos y colaboradores. Habían localizado el coche de los hombres de piel oscura en la calle de Las Palmas. Más tarde, volvieron a llamar para decirme que se habían lanzado en persecución de dos chicos.

—Lo sabemos —murmuró Bob, quejoso.

—Los perseguidos éramos nosotros —agregó Júpiter.

Éste procedió a explicar cómo los dos sujetos habían aparecido en el preciso instante en que Pete deseaba pasarles la información. Seguidamente, describió la persecución de que habían sido objeto en las elevaciones más próximas a la ciudad.

—Habéis tenido suerte —comentó Pete.

—Jupe fue más listo que ellos —aclaró Bob.

Pero Júpiter no estaba para cumplidos. Andaba demasiado ocupado reflexionando.

—Si esos hombres rondan todavía el edificio de la Liga de Vegetarianos, es que buscan algo. Yo creo que son capaces de atacar de nuevo al señor Harris. Si está en casa de la señorita Sandow, le veré cuando me traslade allí con tío Titus. Entonces le pondré en antecedentes de lo que nos ocurrió a Bob y a mí. Pudiera suceder, sin embargo, que regresase a la casa de la Liga de Vegetarianos antes de que yo hablase con él, en vista de lo cual estimo lo más conveniente que vayáis allí, esperándolo por las inmediaciones.

—Oye, primero, yo tengo que irme a comer a casa —dijo Pete.

—Yo también —declaró Bob.

—Está bien. El caso es que vayáis allí lo antes posible. Es posible que veáis a esos individuos y entonces podréis vigilarlos.

—Pero, bueno, Jupe, ¡si acabamos de huir de ellos tú y yo! —protestó Bob.

Júpiter permaneció inconmovible.

—Estoy convencido de que esa pareja se ha lanzado detrás de algo de suma importancia. Yo creo que ellos pueden llevarnos hasta el Tesoro de los Chumas. Vosotros sed prudentes… Procurad que no os vean.

—Bueno, eso no tienes ni que decírnoslo —indicó Pete.

—¿Te figuras que son yaquali esos individuos? —preguntó Bob a Júpiter.

Éste asintió.

—Deben de serlo, Pete. De una manera u otra, tienen que haberse enterado de todo lo concerniente al Tesoro de los Chumas. Les habrán servido para eso algunos viejos escritos indios, alguna leyenda. Cabe la posibilidad de que entendieran el mensaje de Magnus Verde.

—¡Lo que daría yo porque nos halláramos en esa situación! —suspiró Pete.

—Y yo —admitió Júpiter—. Tiene que tratarse de la pista que conduce al lugar en que se encuentra escondido el tesoro: «en el ojo del firmamento, donde ningún hombre puede encontrarlo». Éste es un rompecabezas que hay que solucionar.

—Bueno, Jupe, y si esa gente ha logrado averiguar lo que quiso decir Magnus Verde, ¿qué andan buscando por estos parajes?

—No lo sé —respondió sencillamente Júpiter, mordiéndose el labio inferior.

En aquel momento, los tres oyeron la voz de tía Mathilda, a cierta distancia…

—¡Júpiter Jones! ¿Pero dónde te has metido?

—No os olvidéis de lo que he dicho: id en busca del señor Harris y procurad localizar a nuestros perseguidores. Pero que no os vean ellos… —Júpiter repitió sus instrucciones—. Y concentrad vuestra atención siempre que podáis en el mensaje de Magnus Verde, para ver si damos con su significado real.

Bob y Pete asintieron y Júpiter se apresuró a abandonar el cuartel general de los Tres Investigadores. En el Patio Salvaje, el muchacho se encontró con que Konrad y su tío Titus se habían acomodado ya en la furgoneta. Tía Mathilda acomodaba en el vehículo una cesta con comida. El chico saltó a la furgoneta y tío Titus indicó a Konrad que ya podía arrancar. El tío de Júpiter, un hombrecillo de enormes bigotes, era un chatarrero fuera de lo corriente. Compraba habitualmente todo lo que le interesaba, guiándose por su gusto y pensando muy en segundo lugar en la posibilidad de venderlo y hacer negocio.

Unos minutos más tarde, el vehículo salía de Rocky Beach, avanzando por la empinada y serpenteante carretera que lo llevaría al conocido paso. Llegaron a la parte alta de éste y se acercaron a las puertas de hierro de Sandow Estate. Estaban abiertas. Konrad cruzó la entrada rápidamente, deteniéndose delante del granero.

Tío Titus saltó del vehículo con tanta ansiedad como Júpiter. Siempre le sucedía lo mismo cuando se disponía a realizar la compra de algo para su Patio Salvaje. Al encaminarse a la puerta del granero, la señorita Sandow salía del edificio principal.

—Usted debe de ser Titus Jones —dijo la dama de cara de pájaro—. Mucho gusto en conocerle. Espero que vea ahí dentro muchas cosas que sean de interés para usted. Han venido acumulándose desde hace muchos años.

—Estoy seguro de que no quedaré defraudado, señorita —respondió tío Titus con una cortés reverencia al tiempo que se acariciaba gallardamente su bigote—. ¿Está usted decidida a deshacerse de sus efectos?

—¡Oh, sí, claro! Creo que conviene despejar la casa de cuando

en cuando. Quiero librarme de estorbos. Tras la llegada de mi sobrino Theodore a la finca parece ser que ésta me inspira más interés. Deseo poner de nuevo un poco de orden en ella.

—Entonces, con su permiso, señorita Sandow, entraré ahí para seleccionar lo que quiero comprarle —anunció tío Titus.

La señorita Sandow asintió, sonriente, entrando en el granero en compañía de tío Titus y de Konrad. Júpiter se hizo el remolón, hasta que por fin vio que se perdían en el interior de la construcción. Luego, avanzó hacia la casa, en busca del señor Harris. Ted apareció a sus espaldas:

—¿Estás investigando algo, Júpiter? —inquirió el joven inglés, intrigado.

—En cierto modo, sí —admitió el muchacho—. Pretendía hablar con el señor Harris.

—Se encuentra en la biblioteca.

Júpiter siguió a Ted dentro de la casa. Hallaron al señor Harris, efectivamente, en la biblioteca, leyendo el periódico de Rocky Beach. Nada más ver a Júpiter, el señor Harris se puso en pie de un salto, saliéndole al encuentro.

—Ted me ha hablado de su encuentro con vosotros anoche —declaró Harris inmediatamente—. Tengo que disculparme por el papel que he representado en nuestra pequeña comedia y por haber pensado en la posibilidad de que vosotros fueseis los ladrones. Por haber sospechado que tendríais la estatuilla, nos figuramos que sería una astucia excelente la del ofrecimiento de la recompensa para conseguir la devolución.

—Me hago cargo, señor —respondió Júpiter, muy sereno.

—Bien. Explícame ahora con toda exactitud lo que ha pasado con la figurilla.

Júpiter dio cuenta al señor Harris de la voz pidiendo socorro que Bob y Pete oyeran al otro lado del muro y de cómo había sido arrojado el amuleto por encima del mismo. El señor Harris escuchó con toda atención su relato, frunciendo el ceño de cuando en cuando. Al llegar Júpiter a la parte referente a la sombra riente. Ted inquirió:

—¿Una sombra que reía alocadamente? Es raro… Yo creo que anoche mismo oí yo también una risa muy peculiar.

—¿Estás seguro de todo lo que has dicho, Júpiter? —inquirió el

señor Harris—. Podría tratarse de un efecto del viento… Podría ser fruto de la imaginación de tus camaradas…

—Nada de eso. Dentro de esa finca, señor, hay una sombre que ríe… No sé dónde es, pero existe —insistió el primer investigador con firmeza—. La sombra retiene a unas personas prisioneras.

—¿De veras, Júpiter? —preguntó Ted—. Has hablado de prisioneros…

—Pero ¿por qué, Júpiter? —preguntó el señor Harris—. ¿A qué viene toda esta historia?

—Se trata del Tesoro de los Chumas, estoy convencido —dijo el chico.

—¿El… qué? —preguntó ahora el señor Harris, más extrañado que nunca.

—He hablado de un fabuloso tesoro —dijo Júpiter.

Entonces procedió a explicar a sus interlocutores todo lo que habían averiguado acerca del Tesoro de los Chumas. El señor Harris y Ted le escucharon con la boca abierta. Cuando el chico hubo terminado su relato, el señor Harris se echó a reír.

—Me cuesta trabajo dar crédito a esa leyenda, con palabras de moribundo y todo… —manifestó—. Daría por buena, en cambio, la existencia de una pandilla sin escrúpulos, cuyos miembros hubiesen tomado todo eso al pie de la letra. De ello se derivaría algo peligroso. No sé, no sé… Me gusta muy poco que unos muchachos como vosotros andéis mezclados en un misterio de este calibre.

—¿Quieres repetir lo que el viejo indio dijo, Júpiter? —solicitó Ted.

—Vino a decir el indio que el tesoro se encontraba «en el ojos del firmamento, donde ningún hombre puede encontrarlo».

—¡Demonios! ¿Y qué puede significar eso? —preguntó Ted—. ¿Y qué tiene que ver todo eso con la estatuilla de mi tía Sarah? ¿Por qué dijiste que aquí están siendo retenidos algunos prisioneros…?

Antes de que Júpiter tuviese tiempo de responder, oyeron la voz de la señorita Sandow, que llamaba desde fuera.

—¡Theodore! Te necesito un momento a mi lado, sobrino. ¿Dónde estás?

Ted se apresuró a salir de la casa para complacer a su tía. Tan pronto como se hubo marchado, Júpiter dijo atropelladamente al señor Harris:

—Señor Harris: yo sé que la sombra es real porque la he oído reír… Y sé que hay prisioneros dentro de la finca porque dentro del amuleto descubrimos un mensaje…

—¿Un mensaje? ¿Dentro de la estatuilla?

El señor Harris parecía sentirse ahora muy interesado por las palabras del chico.

—Una llamada de socorro —aclaró Júpiter.

—¿Pusisteis el hecho en conocimiento de la policía?

—No, señor Harris. ¿Qué podíamos notificar a la policía, concretamente?

—Ya —el señor Harris pareció considerar con atención el problema—. ¿Cuándo visteis la sombra riente?

—Anoche, poco antes de que nos encontráramos a Ted.

Júpiter procedió a explicar al señor Harris lo que él y Pete vieran en la choza de leños.

—Creo que aquellas cuatro formas eran prisioneros que llevaban sacos sobre sus cabezas. Por eso nos dieron la impresión de que carecían de ellas…

—¿Qué? —inquirió Harris—. ¿Cuatro prisioneros en nuestra choza? Retenidos por la sombra riente… Sorprendente. ¿Cómo pueden suceder tales cosas delante de las mismas narices de la señorita Sandow?

—¿Qué sabe usted en realidad de Ted Sandow? —preguntó Júpiter, de pronto.

—¿De Ted? —El señor Harris abrió mucho los ojos, parpadeando—. ¿Crees tú que Ted anda complicado en este asunto? ¡Diablos! He de averiguar todo lo que hay en el fondo de este asunto, sí. Andando, Júpiter. Vamos a echar un vistazo a la choza de los leños.

El señor Harris avanzó hacia la mesa de la habitación, abriendo uno de sus cajones. Al dar la vuelta, empuñaba una pistola.

Capítulo 12

… Ponte en contacto con la Policía

En el gesto del señor Harris, mientras empuñaba la pistola, se advertía una sombría expresión. Júpiter y él se deslizaron silenciosamente por el camino que conducía a la choza. La rojiza faz del vegetariano estaba muy seria. Entre las sombras de los árboles se movía con decisión.

—¿Y crees tú que los hombres de piel oscura que te atacaron, quedándose con la estatuilla, fueron los mismos que atentaron contra mí? —preguntó el señor Harris, mientras caminaban.

—Es lo más seguro, señor Harris.

—Si eso es cierto, será también quienes retienen a esos prisioneros aquí. Tendremos que acercarnos a la choza adoptando las mayores precauciones posibles.

—Probablemente, se habrán ido ya, señor, especialmente si la sombra nos vio a mí y a Bob anoche.

—Tenemos que comprobar tal extremo, todavía. Si esa gente es tan osada como para tener prisioneros dentro de la finca, cabe la posibilidad de que no se asuste fácilmente al descubrir a dos chicos. Lo que no entiendo es qué diablos llevan entre manos…

—Tampoco entiendo yo eso —admitió Júpiter, desazonado—. Quizá los prisioneros conozcan el paradero del tesoro… Puede ser que los hombres de la piel oscura y la sombra riente intenten averiguar el sitio exacto en que fue escondido…

—Pudiera ser, Júpiter. Sí. Quizá hayas dado en el clavo. ¿Y si sorprendiéramos a esos rufianes con las manos en la masa?

Se esforzaban por hacer el menor ruido posible en las sombras del bosquecillo. Poco después fueron a parar al valle de fondo en

forma de tazón. El vehículo ya no se encontraba delante de la casucha. La construcción perdía misterio bajo los rayos brillantes del mediodía.

El señor Harris hizo una seña a Júpiter para que se agachara y guardase total silencio. Seguidamente, empezó a avanzar por la pendiente, deslizándose de árbol en árbol. Júpiter repasó la choza atentamente. No había allí el menor indicio de movimiento. Los postigos de las ventanas se hallaban abiertos. Lo mismo que la puerta.

Nada más ver ésta, Júpiter se dijo que en su interior no tenía que haber nadie.

El señor Harris se esforzaba por eliminar riesgos… Proseguía avanzando por entre los árboles… De esta manera llegó al claro, en el fondo del valle. Aquí se detuvo un momento, inspeccionando la rudimentaria construcción. La inacción había suscitado cierto nerviosismo en Júpiter. A continuación, el señor Harris abandonó corriendo los últimos árboles, dirigiéndose hacia una de las esquinas del refugio. Seguía empuñando la pistola. Júpiter vio cómo se asomaba por una de las ventanas.

El señor Harris se apartó de la ventana, volviéndose hacia la puerta, que alcanzó inmediatamente. Entró luego en la construcción. A los oídos de Júpiter llegaron algunos ruidos… Después, el señor Harris apareció en la puerta de nuevo, haciéndole una seña. Júpiter descendió, reuniéndose con el vegetariano ante la choza.

—Aquí no hay nadie, muchacho. Lo he registrado todo. Nada… Ahora bien, esa gente estuvo aquí. Fíjate.

El señor Harris le enseñó unos pantalones blancos hechos de un tejido elaborado a mano, exactamente iguales que los usados por los dos individuos de piel morena.

—Yo diría que este paño es indio. Todo parece indicar que nuestros hombres estuvieron aquí. Lo mismo que el vehículo a que aludiste. Hay manchas de aceite en el camino. Un poco resecas, sin embargo. Yo aseguraría que aquél estuvo aquí durante algún tiempo.

—¿Hay algo que revele su punto de destino, señor Harris? —preguntó Júpiter.

—No he podido encontrar nada. Echemos otro vistazo, por si

acaso. Es posible que tú seas capaz de descubrir algo.

Entraron en la choza. Júpiter inspeccionó aquel curioso escenario. Evidentemente, los hombres que viera la noche anterior había abandonado el refugio precipitadamente. Sobre las mesas había algunas botellas vacías. En los platos que se veían en ellas, los desperdicios se habían secado o endurecido. Júpiter no logró hallar nada que le sugiriera alguna idea sobre el rumbo seguido por los desconocidos.

—Nada, ni la menor pista sobre su paradero —dijo, por fin—. Pero tengo la seguridad de que se encuentran en algún sitio de la finca.

El señor Harris movió la cabeza, dubitativo.

—Se trata de una finca muy grande, Júpiter, en su mayor parte montañosa, por añadidura. Esos bribones se han esfumado. Probablemente, al ser localizados por ti echaste a perder sus planes, decidiendo huir entonces.

—No lo creo, señor —insistió Júpiter—. Sigo pensando que intentan dar con algo. Se lanzaron en persecución de Bob y de mí nada más abandonar nosotros su despacho.

—¿Que os persiguieron? ¿Desde mi casa? —El señor Harris miró a Júpiter atónito—. ¿Y qué podían querer ellos de vosotros?

—De nosotros, nada, señor Harris. ¡Era de usted de quien deseaban algo! —manifestó Júpiter.

—¿De mí? ¿Qué diablos podían querer de mí?

—Tiene que ser algo, señor Harris… Después de robarnos a nosotros el amuleto le atacaron, ¿no?, mientras pronunciaba su conferencia. Luego, cuando nosotros abandonamos su despacho hoy se lanzaron en persecución nuestra. Pensarían, seguramente, que usted nos había entregado alguna cosa…

—Bien, yo… ¡Diablos! —exclamó el señor Harris—. ¡La otra estatuilla! Me la llevé al despacho para ponerla a salvo la misma noche en que la otra fue robada. Solicité de la señorita Sandow insistentemente que me la confiara. Me había olvidado por completo de ella. Esa gente desea entrar en posesión de los dos amuletos.

Júpiter asintió ansiosamente.

—Probablemente, necesitan los dos para averiguar el paradero del tesoro.

—Sí, es lo más seguro —convino el señor Harris—. Lo que no acierto a comprender es cómo supieron esos hombres que yo guardaba el segundo amuleto en mi despacho.

—Es posible que le vieran llevárselo.

—Imposible. Lo había guardado en una caja. Y la caja me la guardé en un bolsillo. Dentro de mi despacho no pudieron espiarme.

—Quizá se lo dijera uno de sus ayudantes… —aventuró Júpiter.

—No. Se trata de unos viejos amigos y de fieles miembros de nuestra Liga. No sabían una palabra acerca del amuleto, por añadidura.

Júpiter se mordió el labio inferior, indicio de que estaba reflexionando.

—Bueno, señor Harris… La señorita Sandow sí que sabía que la figurilla se encontraba en su poder. Ya tenemos una persona…

—No puedo creer que la señorita Sandow se haya puesto de acuerdo con los ladrones. De haberse sentido interesada por averiguar el paradero del tesoro habría utilizado sus amuletos. Sarah y Ted son los únicos…

Júpiter le interrumpió.

—¿Ted, ha dicho usted?… ¿Se hallaba informado Ted?

El señor Harris se quedó con la boca abierta, que después fue cerrando poco a poco.

—Esto podría ser muy grave, Júpiter. ¡Pobre señorita Sandow! Si Ted anduviese complicado en algún plan perverso sufriría un rudo golpe…

—Se encontraba en la puerta a raíz del hallazgo del amuleto por Bob y Pete —puntualizó Júpiter—. Y anoche andaba por entre las sombras… ¿Usted lo conoce bien, señor Harris? ¿Hasta qué punto conoce usted a Ted?

—No lo conozco muy bien, en realidad. Trabamos relación en Inglaterra, poco antes de venir él aquí. Yo me dirigía a Los Ángeles. Al notificarme que su tía era vegetariana decidí visitar esta población para verla y solicitar su ayuda —el señor Harris hizo una pausa. Parecía estar muy irritado—. Será mejor que hablemos con el joven Ted… ¡Inmediatamente!

Júpiter tuvo que correr casi para mantenerse al paso con el señor Harris, al salir apresuradamente de la choza con el propósito

de regresar cuanto antes a la casa. Tío Titus y Konrad estaban cargando todavía la furgoneta. En el momento en que el señor Harris penetraba en la vivienda para ir en busca de Ted, tío Titus vio a Júpiter.

—¡Hombre! ¡Por fin das señales de vida! ¿Vas a ayudarnos o no, bribón? —rugió el tío Titus.

Muy a disgusto, Júpiter echó una mano a Konrad, que estaba subiendo un viejo baúl al vehículo. No hacía más que volver la cabeza hacia la entrada de la casa. Los minutos pasaban muy lentamente y a Júpiter le consumía la impaciencia. Finalmente, divisó de nuevo al señor Harris.

—Ted ha salido. Creo que será mejor que regrese a mi despacho.

—Si Ted se ha trasladado allí, lo sabremos —contestó Júpiter con una sonrisa—. Bob y Pete se hallan en estos momentos apostados por las inmediaciones, vigilando el lugar.

El señor Harris se quedó paralizado.

—¿Cómo?

—Los envíe allí para que estuviesen al tanto de los movimientos de los hombres de piel oscura —explicó Júpiter.

—¡Júpiter! —exclamó el señor Harris, empalideciendo—. El segundo amuleto se encuentra todavía allí, en mi caja de caudales. Si esos chicos incurren al momento en cualquier tontería o error pudieran correr un peligro cierto. Voy a trasladarme allí. Tu tío ha terminado su trabajo aquí, casi. Tan pronto lleguéis a Rocky Beach ponte en contacto con la policía.

Después de dar a Júpiter aquellas instrucciones, el señor Harris echó a correr, en busca de su coche. Unos segundos más tarde cruzaba la entrada de la finca y se perdía en la carretera a toda velocidad.

Capítulo 13

¡Capturados!

Después de comer, Bob y Pete se vieron de nuevo en el Patio Salvaje. Echaron un vistazo al dispositivo registrador de conferencias telefónicas. Pero no había sido recibido ningún mensaje, según comprobaron.

Inmediatamente, se pusieron en marcha, encaminándose a la residencia de la Liga de Vegetarianos.

Aproximáronse a la misma cautelosamente, pero no observaron el menor síntoma de actividad en la gran vivienda, de estilo gótico. El coche del señor Harris no se hallaba enfrente de la puerta principal, ni en la vía posterior. Aquélla estaba cerrada.

—Debe de haber ido a la finca —decidió Pete.

—Pues entonces, Jupe tendrá ocasión de hablar con él —contestó Bob—. Nosotros tendremos que quedarnos aquí. Es posible que esos hombres vuelvan por este paraje…

Al otro lado de la calle en que se encontraba el domicilio social de la Liga de Vegetarianos había dos casas separadas por una estrecha calzada. Bob y Pete se situaron por allí, junto a sus bicicletas, esperando a ver qué ocurría. Las laderas en que los hombres de piel morena se habían lanzado en persecución de Bob y Júpiter se adivinaban muy cálidas bajo el deslumbrante sol. Pasaron unos minutos. Luego, un buitre sobrevoló las alturas de una de las elevaciones. Pete concentró su atención en el negro pajarraco.

—Espero que esa repugnante ave no se haya fijado en nosotros —dijo.

—Dentro de la Naturaleza, los buitres desempeñan un papel importante —protestó Bob—. Ellos mantienen limpia la campiña.

Son tan inofensivos como necesarios.

—Yo no los necesito para nada —objetó Pete—. No me agrada nada pensar en lo que ése alberga en su «mente», guiada tan sólo por un apetito desaforado.

Por espacio de una hora, ni un solo coche se deslizó por la calle, ardiente a causa del sol. Pete comenzó a dar muestras de impaciencia. Después, se puso a jugar con las piedras de la calzada. Al cabo de un rato, estiró las piernas, que se le habían quedado como dormidas, por haber permanecido demasiado tiempo en la misma posición. Seguidamente, gimió:

—Esto que hacemos es lo que menos me agrada del papel de investigador… Sí, no me gusta esperar, ni vigilar.

—Jupe dice que se trata precisamente de lo más importante —declaró Bob—. Los investigadores de verdad, a veces, se pasan semanas y semanas inspeccionando el mismo lugar.

—Eso no está hecho para mí, gracias —repuso Pete, gimiendo de nuevo, impaciente—. ¿Por qué cree Jupe que los hombres de la piel oscura han de volver forzosamente por aquí?

—A mí me parece que Jupe se figura que desean algo que se encuentra en poder del señor Harris: otra pista conducente al tesoro.

—Bueno, pues podían haberse dejado ver ya.

Pete paseó la mirada por la calle, con avivado interés.

—¿Te has convencido ya de que es muy importante vigilar, estar al acecho de algo?

De repente, desde el otro lado de la cálida y soleada calle, llegó a sus oídos un apagado grito:

—¡Socorro! ¡Ayudadme! ¿No hay nadie por ahí?

La voz no sonó con mucha fuerza, pero las palabras resultaron muy claras.

—¡Socorro!

Pete susurró:

—Eso es en la casa de la Liga de Vegetarianos. Hacia la parte posterior del edificio.

—Es posible que hayan encerrado ahí dentro al señor Harris —aventuró Bob—. ¿Y si los ladrones le atacaron de nuevo?

Los chicos vacilaron. Si los hombres de la piel oscura andaban por los alrededores, podían meterse en un lío al dejarse ver.

Ahora bien, en el caso de que realmente el señor Harris hubiese sido encerrado en una habitación, su obligación era prestarle auxilio.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Pete.

—Supongo que lo mejor es que echemos un vistazo por ahí, pero adoptando todo género de precauciones, Pete. Si vemos a esos hombres, lo más prudente será poner los pies en polvorosa.

Cruzaron la desierta calle lentamente, mirando a todas partes. Como sabían que la puerta principal de la casa estaba cerrada, dieron la vuelta al edificio, probando a forzar la trasera.

—Está abierta —anunció en voz muy baja Pete, nada más poner las manos sobre el tirador.

Abrió la puerta y pasaron a un vestíbulo en sombra. Después, llegaron al sitio en que en otro tiempo estuviera la cocina de la antigua vivienda. No había nadie en ella. Accionaron una puerta oscilante y penetraron en el «hall» delantero, todavía lleno de cajas y objetos diversos. Aquí se quedaron inmóviles, escuchando…

—No oigo nada —susurró Bob.

—Sin embargo, la voz pidiendo socorro salió de por aquí —insistió Pete—. Veamos si en el despacho…

Abrieron la puerta de éste también, poco a poco, pero en la estancia reinaba el silencio y se hallaba vacía. Bob señaló un armario. Los dos chicos se aproximaron caminando de puntillas hasta él. No percibieron el menor sonido. Nerviosamente, Bob abrió la puerta del mueble mientras Pete se colocaba a un lado, armado con un grande y pesado pisapapeles que había cogido de encima de la mesa de trabajo del señor Harris. El armario estaba vacío.

—Esas voces han tenido que salir de alguna parte —afirmó Pete.

—Puede ser que la persona de que se trate se haya desmayado, al faltarle aire ahí dentro —consideró Bob—. O en otro sitio…

—¡Es posible! —convino Pete—. Tendremos que llevar a cabo un registro en regla.

Rápidamente, inspeccionaron todas las habitaciones de la planta baja. No habiendo encontrado nada, pasaron a la otra planta. Se pasearon por una gran sala de reuniones, obtenida de la unión de tres estancias. En determinado punto de la sala, en un extremo, había una tarima. Evidentemente, allí era donde había sido atacado el señor Harris, en el transcurso de su conferencia.

—¡Socorro! ¡Os he oído! ¡Socorro!

La voz llegaba de lo alto…

Bob exclamó.

—¡Debe de ser en el otro piso!

—¡Subamos! —gritó Pete, echando a correr ya hacia las escaleras.

En el otro piso se veía menos todavía. Las ventanas se hallaban cerradas. Un montón de tablones depositados en el suelo estaban cubiertos por una espesa capa de polvo. Todas las puertas se veían desde el largo corredor en que se hallaban los muchachos estaban abiertas. Bob y Pete se quedaron quietos, escuchando con atención.

De repente, en el extremo más alejado del corredor se produjo un frenético golpeteo. Pete cogió una gruesa tablilla que vio en el suelo. Los dos amigos echaron a andar. La habitación que había al final del pasillo se encontraba completamente vacía. Otra vez se detuvieron, expectantes… Esperaban oír más voces, algún ruido… A continuación, Bob observó la puerta, al fondo de la estancia.

—¡Ahí, Pete!

Pete asintió y los dos chicos se acercaron a la cerrada puerta. Bob manipuló en el tirador, mientras Pete empuñaba, amenazador, su tablilla.

—Está cerrada con llave —declaró Bob—. ¿Y si la echáramos abajo?

A sus espaldas, la puerta que daba al corredor se cerró con gran estrépito. Bob y Pete giraron en redondo, con los ojos desorbitados, sacudidos por un terrible sobresalto. Pete levantó un poco más su tablilla, listo para repeler cualquier ataque. Pero allí no había nadie. Sólo la cerrada puerta.

—¡Pete! —chilló Bob.

Una llave giró en la cerradura… Al otro lado de la puerta oyeron una risa que les resultaba familiar.

—¡Los que os dais de listos cometéis errores también! —exclamó el que reía.

¡Aquella era la voz de Skinny Norris!

Bob y Pete se abalanzaron hacia la puerta. Pero no tenían nada que hacer allí… Pete accionó el tirador, furioso, pero no logró nada positivo.

—¡Skinny Norris! ¡Tienes que dejarnos salir de aquí! —bramó

furioso Bob.

—Si no lo haces —le amenazó Pete—, te arreglaremos bien el cuerpo en cuanto te veamos…

—Va a ser difícil que me veáis —contestó Skinny desde el otro lado de la puerta, burlón—. Os voy a dejar ahí dentro, a ver si llegáis a coceros. Esto os servirá de lección, mocosos. Lo único que siento es que no os esté haciendo compañía el gordo de Jones. ¡Lo que daría yo por verlo forcejeando para recuperar su preciosa libertad!

—Seguro que no hablarías de esa manera si Júpiter se encontrase aquí —dijo Bob, enfadado.

—¡Cállate de una vez, Bob Andrews! —chilló Skinny.

Al envidioso de Skinny le dolía mucho que alguien sugiriera que él no estaba en ningún aspecto a la altura de Júpiter.

—Habéis dado un mal paso, amigos. ¿Lo sabéis? —inquirió.

—El que va a dar un mal paso, de los serios, vas a ser tú —repuso Pete—. ¿Qué es lo que te propones?

—¿Que qué me propongo? —La voz de Skinny era ahora más burlona que antes—. He salido en defensa de una propiedad privada, algo sagrado, hombres. Pasaba yo por esta calle cuando de pronto oí unos ruidos sospechosos… Decidí entrar. ¿Y qué es lo que vi? Pues nada menos que dos asaltadores de moradas ajenas, a quienes cogí «in fraganti».

—¡Te has vuelto loco, Skinny! ¡Nadie dará crédito a tus palabras!

—¿Qué no? La puerta principal estaba cerrada y nadie se acercó a ella. ¿Por qué dar la vuelta al edificio y entrar por la posterior? —Skinny tornó a echarse a reír—. He estado vigilando la chatarrería que es propiedad del tío del gordo, vuestro compañero, desde el momento en que Ted Sandow preguntó por vosotros. Yo sabía que acabaría sorprendiéndoos en algo feo.

Bob gruñó:

—Skinny: el señor Harris sabe que estamos aquí. Trabajamos para la señorita Sandow.

—No querréis engañarme —dijo Skinny desde el pasillo—. Ted Sandow me explicó que andaba detrás de una estatuilla de valor. Puedo añadir que sus pensamientos eran que vosotros tres la habíais robado.

—Nada de eso —replicó Pete—. Las cosas cambiaron en cuanto hablamos con Ted. Es uno de los que han contribuido a que nos encarguemos de este asunto. ¿Por qué no cesas ya de dártelas de más listo que Júpiter?

—¡Es que soy más listo que ese gordo fantoche! Bueno, a sudar lo vuestro, lo que os ha tocado en suerte… Ya que el gordo Jones es tan inteligente, que os saque de ahí. Yo me marcho. ¡Adiós! ¡Hasta más ver, mis despejados amigos!

Bob dirigió una mirada de desesperación a Pete. Pegó un oído a la puerta. En efecto, Skinny se alejaba de allí, escaleras abajo. Al cabo de unos momentos oyeron el ruido de la puerta de la calle, cerrándose de golpe.

Bob y Pete intercambiaron una mirada más al apartarse el primero de la puerta. Su situación, desde luego, era un poco apurada.

—Las ventanas tienen rejas de gruesos barrotes —manifestó Pete —. Esa otra puerta se halla cerrada con llave…

—Nos encontramos en una casa ya vieja —apuntó Bob—. ¿En qué condiciones estarán realmente las paredes, los suelos? Tal vez demos con algo que se encuentre en pésimas condiciones… Quizá descubriéramos una tabla suelta o algo por el estilo…

Pete no se mostraba nada optimista. No obstante, inspeccionó el suelo mientras Bob dedicaba su atención a las paredes. Desgraciadamente, allí no parecía haber ningún punto vulnerable.

—Estas paredes son tan sólidas como si fuesen de roca —declaró Bob, con expresión sombría.

—Quizá no tarden en aparecer por aquí Júpiter y el señor Harris —sugirió Pete.

—Nuestras bicicletas siguen en esa calle. Jupe no dejará de verlas.

—Claro —convino Pete—. Entonces sabrá que estamos aquí dentro, en un sitio u otro del edificio.

Los chicos se miraron sonrientes. Pero sus sonrisas no eran muy animosas. Intentaban convencerse mutuamente, sin más explicaciones, de que Júpiter acudiría en su ayuda más o menos tarde.

Bob apuntó, sin mucha convicción:

—Nada tendría de extraño que el señor Harris volviese…

—También pudiera ser que su ausencia se prolongase. ¿Quién puede saberlo? Tal vez no regrese hasta mañana.

—Tiene que haber algún medio de salir de aquí —insistió Bob.

Pasearon la vista a su alrededor, sin muchas esperanzas realmente de descubrir algo que les ayudase a salir de apuros. Habían dado un mal paso y lo sabían. El estúpido de Skinny Norris les había hecho caer en una trampa.

—¡Bob! —exclamó Pete, de pronto, con la vista fija más allá de su camarada—. ¡La puerta! Se abre hacia dentro. Las bisagras quedan por esta parte.

—Podríamos desmontarla, ¿no?

—Eso es. Será un trabajo relativamente fácil. Ya hemos dado con un fallo de Skinny.

—Lo malo es que no disponemos de herramientas —objetó Bob.

—¡Oh, sí! Tenemos precisamente lo que necesitamos —manifestó Pete.

Éste sacó de uno de sus bolsillos su cuchillo de explorador, dotado de muchas y fuertes hojas, aplicándose inmediatamente al trabajo. Las bisagras se hallaban cubiertas por una capa de reseca pintura, estando muy agarrados los pernos. La frente de Pete se cubrió de gotas de sudor mientras intentaba desprender el primero de aquéllos.

Bob observaba sus manejos ansiosamente, a su lado, queriendo ayudarle de alguna manera…



Finalmente, el último perno cayó en la palma de la mano de Pete. Bob sujetó la puerta luego por la bisagra superior y Pete hizo lo mismo con la otra. Contaron hasta tres y dieron un fuerte tirón. La puerta osciló hacia dentro, librándose de la cerradura. Por último, cayó al suelo con gran estrépito.

Rápidamente, se deslizaron juntos hacia el pasillo, dirigiéndose hacia las escaleras. Inesperadamente, oyeron unos pesados pasos…

Alguien subía por allí en aquellos momentos…

Capítulo 14

Júpiter tiene una corazonada

Dentro de Sandow Estate, Júpiter había estado trabajando febrilmente en el traslado de las cosas guardadas en el granero de la finca, que fueron colocadas en la furgoneta. El primer investigador se sentía alarmado ante la preocupación suscitada por Bob y Pete en el señor Harris. Pese a que le constaba que sus amigos sabían cuidar de sí mismos, el señor Harris podía estar en lo cierto: existía la posibilidad de que sus amigos se hallasen en peligro. Júpiter ardía en deseos de ponerse en relación inmediatamente con Reynolds, el jefe de policía.

Cargado ya el vehículo, Júpiter trepó a la parte delantera, mordiéndose el labio, impaciente, al ver que la señorita Sandow salía de la casa para hablar con el tío Titus.

—Señor Jones —dijo la dama de la cara de pájaro—: no acierto a imaginarme qué puede usted hacer con todas esas antiguallas mías.

—No se preocupe usted, señorita Sandow —respondió tío Titus, con gesto galante, retorciéndose las puntas de su enorme bigote—. Acabaré vendiéndolas y obteniendo por ellas muy buenos beneficios. Para ello, sin embargo, es necesario que usted me ponga buenos precios.

—¡Válgame Dios! ¡Lo que daría por que Ted estuviese aquí! No tengo la menor idea acerca de precios. Sabiendo que sus chicos han sido tan del agrado de Theodore, sin embargo, yo creo que debiera regalarle esos objetos. Especialmente, en el caso de que lleguen a dar con mi estatuilla…

—¿Su estatuilla? —Tío Titus hizo un gesto de sorpresa y Júpiter

contuvo el aliento. Aquél no se sentía muy complacido con sus actividades de investigadores. Pero ahora el hombre estaba demasiado contento con sus últimas adquisiciones para mostrarse disgustado. Asintió—: Bien. Al parecer, los chicos no carecen de condiciones para esos menesteres. Perfectamente. Hablemos de lo que le debo, señorita Sandow.

Júpiter se puso muy nervioso en aquellos instantes, a causa de su impaciencia, pero al final su tío Titus dejó aquel asunto arreglado. La furgoneta se puso en marcha, saliendo de la finca para dirigirse a Rocky Beach. Konrad conducía el vehículo con su habitual prudencia, pero no tardaron mucho tiempo en llegar al Patio Salvaje, Júpiter saltó al suelo, encaminándose a toda prisa al oculto remolque. Tía Mathilda y tío Titus estaban demasiado concentrados en la contemplación de los objetos recién adquiridos para que advirtiesen su rápida desaparición.

Pasó al cuartel general de los Tres Investigadores deslizándose por el túnel principal, emergiendo por la puerta-trampa del piso. No se encontraban allí Bob ni Pete. Rápidamente, el primer investigador puso en marcha el dispositivo de recepción de mensajes telefónicos. La cinta magnetofónica no había registrado ninguno. Preocupado ahora, recordando las instrucciones del señor Harris, Júpiter volvió sobre sus pasos, saliendo del Patio Salvaje por la puerta roja.

Recorrió a buen paso la distancia que separaba aquél de la jefatura de policía de Rocky Beach. Una vez aquí, preguntó por el señor Reynolds. Él y sus camaradas eran bien conocidos por los representantes de la ley en la población. A los pocos minutos se hallaba sentado frente a la mesa de trabajo del propio Reynolds.

—Bueno, ayudante, ¿en qué puedo servirte? —inquirió el señor Reynolds, sonriente.

Júpiter y sus amigos se habían ganado el título honorífico de «ayudantes» del jefe de la policía local por su brillante actuación en un caso anterior.

—Nos encontramos trabajando actualmente en un caso, señor —informó Júpiter—, y creo que ha llegado el momento de recurrir a usted.

—Muy bien. Supongo que me pondrás al corriente de todo.

—¡Ya no hay tiempo! El señor Harris…

—Calma, Júpiter —respondió Reynolds—. Vamos a comenzar por el principio. Los informes tienen que ser dados así siempre.

—De acuerdo, señor —reconoció Júpiter, a disgusto.

El chico reveló al jefe de policía la existencia del amuleto, hablándole también de la sombra riente que Bob y Pete vieran la primera noche. Hizo un informe rápido, con objeto de terminar su relato cuanto antes.

—¿Qué? —inquirió Reynolds—. ¿Una sombra riente? Bueno, ¿tú no crees en la posibilidad de que Bob y Pete se hayan dejado llevar de sus calenturientas imaginaciones?

—No, señor —replicó, tajante, Júpiter—. Anoche mismo yo personalmente oí a la sombra y era algo realmente fantasmal. Era una figura alta, pero no la juzgué jorobada, cargada de espaldas. Pete y Bob estuvieron más cerca de ella, desde luego, y dijeron que tenía una cabeza pequeña y una nariz ganchuda que apuntaba a todas partes, a su alrededor. Mientras Pete y yo la estábamos observando apareció un vehículo en el que viajaban cuatro enanos sin cabeza…

Reynolds tosió.

—¿Unos enanos sin cabeza?

—Bueno, señor… Quiero decir que eso era lo que parecían… Pero yo me inclino a pensar que aquellas figuras llevaban unos sacos sobre sus cabezas… Eran prisioneros, a quienes habían metido en aquella choza… con sus cabezas embutidas en los sacos no podrían ver nada…

—Y tú crees que pudo haber sido uno de aquellos «enanos» el ser que pidió socorro, arrojando el amuleto por encima del muro…

—Así es, señor —respondió Júpiter—. Seguramente, uno de los prisioneros robó el amuleto, ocultando su mensaje dentro del mismo. Poco antes de ser cogido de nuevo, lo arrojó por encima del muro, con la esperanza de que alguien lo encontrara.

—La posibilidad de ser auxiliado por ese sistema era muy remota, Júpiter. Tratábase de un pequeño hueco en una figurilla…

—Estoy seguro de que quien procedió así se hallaba al borde de la desesperación, señor Reynolds. Probablemente, esperaba que hubiese algún amigo por las inmediaciones. No fue así, y el amuleto fue a parar a nuestras manos. Luego, los dos individuos desconocidos, los de la piel oscura, nos atacaron para recuperar la

figurilla. Procedieron así pensando en ella exclusivamente, tal vez. Dudo de que tuvieran conocimiento de la existencia del mensaje.

—Has hablado de unos individuos de piel oscura… —consideró Reynolds, algo irritado—. ¿Qué clase de individuos?

—Lo siento, señor… Tenía usted razón, al principio. Las cosas tienen que ser referidas por su orden. No me acordé de hablarle de esos sujetos.

El primer investigador habló al policía de los dos sujetos morenos que habían seguido a los chicos y atacado al señor Harris.

—¡Ah, vamos! —Reynolds pareció sentirse ahora aliviado—. Bueno, ahora resulta más fácil la cosa… Creo más en ellos que en las sombras rientes y los enanos sin cabeza. Tengo que comunicarte que andamos detrás de esos tipos desde el ataque que perpetraron contra el señor Harris. De acuerdo, Júpiter… Pongámonos en marcha. Vamos a ver al señor Harris en seguida.

Reynolds llamó a dos de sus hombres y en compañía de Júpiter se encaminaron al coche del jefe. Trasladáronse inmediatamente a la residencia de la Liga de Vegetarianos. Nada más enfilar la desierta calle, en las afueras de la ciudad, Júpiter descubrió el automóvil del señor Harris estacionado delante del edificio.

—Debe de encontrarse aquí —señaló el muchacho—. Ése es su coche.

El señor Harris abrió la puerta de la casa antes de que ellos tuvieran tiempo de llamar. Mirando a Júpiter, inquirió con cierta ansiedad:

—¿Dónde están Bob y Pete? Había esperado encontrarlos aquí.

—No sé dónde paran —replicó Júpiter—. Yo también me imaginé que estarían en la casa. ¿Ha visto usted a Ted en alguna parte?

—No. Creí ver su coche por las inmediaciones del Patio Salvaje… Pero Ted se alejó de mí… Si es que se trataba de él. Luego, me vine en seguida para acá…

Por primera vez, el señor Harris fijó su mirada, curioso, en Reynolds.

—¡Oh! —Júpiter se acordó de repente de que tenía que ser un muchacho correcto—. Le presentó al señor Reynolds, el jefe de policía, señor Harris. El señor Reynolds quiere ayudarnos, como en otras ocasiones.

—Ha sido usted muy amable al venir aquí, señor Reynolds —dijo el señor Harris, con su habitual viveza—. En esta casa nos enfrentamos con algunos problemas ahora. Cuando esos intrusos interrumpieron nuestra pacífica reunión, creí que se trataba de un ataque perpetrado por fanáticos, enemigos de nuestra Liga. Nuestros adversarios llegan a tan absurdos extremos, ¿sabe usted? Ahora bien, guiándome por lo que Júpiter me ha referido, empiezo a pensar que detrás de este asunto puede haber algo mucho más serio.

—¿Está usted aludiendo a lo de la sombra riente y los prisioneros sin cabeza? —inquirió Reynolds.

—Bueno, es posible que los chicos anden un tanto impresionados en lo referente a tales cuestiones. Los tres albergan impresiones distintas en lo tocante a la cuestión de la sombra riente… Pero todo parece indicar que existe un complot en marcha que afecta a las estatuillas de la señorita Sandow.

Reynolds se quedó caviloso.

—La historia del Tesoro de los Chumas constituye una leyenda local. Puede ser que exista tal tesoro. Y por lo que he oído decir, hay gente a la que no importaría correr determinados riesgos con tal de conseguirlo.

—Yo también soy de la misma opinión —contestó el señor Harris—. Pero, en fin, ahora no pensaba yo en el Tesoro de los Chumas. Me preocupan Bob y Pete… De acuerdo con las manifestaciones de Júpiter, debieran encontrarse aquí.

—Será mejor que echemos un vistazo por la casa —propuso Reynolds—, por si los chicos llegaron al edificio antes que usted.

El señor Harris y Júpiter inspeccionaron la primera planta. Reynolds y sus hombres se ocuparon de las otras. Reuniéronse todos de nuevo enfrente del despacho del señor Harris. Nadie había hallado el menor rastro de Bob y Pete… Júpiter se sentía alarmado.

—¡Tienen que estar en algún sitio! —exclamó.

El señor Harris frunció el ceño.

—¿No crees que pudieron ver a los dos hombres de piel oscura, siguiéndolos después?

—Nada más natural en esos chicos —manifestó Reynolds.

—Nos lo habrían hecho saber de alguna manera —dijo Júpiter.

—Es posible que esa haya sido su intención, retrasándose

involuntariamente —señaló el señor Harris.

—Es verdad —declaró Reynolds—. Puede que no se les haya presentado una oportunidad favorable para proceder en ese sentido. Claro que no me tranquiliza nada la idea de que los muchachos se hayan lanzado en seguimiento de los dos individuos.

Júpiter, pese a todas sus vacilaciones, tuvo que admitir que si Bob y Pete habían localizado a los dos hombres lo más seguro era que decidiesen seguirlos, con objeto de averiguar dónde se encendían normalmente.

Tal era el proceder que habría adoptado él mismo en su lugar.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es dedicarnos a buscar a los chicos —decidió Reynolds.

—¡Sobre la marcha! —convino el señor Harris—. Pero yo quisiera, señor Reynolds, que usted se hiciese cargo del segundo amuleto, guardándolo en su despacho. No quiero que siga aquí.

Entraron todos en el despacho del señor Harris. El presidente de la Liga de Vegetarianos abrió su caja de caudales, sacando de la misma una cajita. Luego, depositó ésta encima de su mesa de trabajo, en la que se veían los restos de una simple y apresurada comida…

—Disculpen ustedes esto… Estuve tomando aquí un tentempié —el señor Harris arrojó los residuos señalados a su cesto de papeles, procediendo a abrir la cajita—. Bueno, aquí tenemos lo que parece constituir el motivo de tanto alboroto.

Todos contemplaron con curiosidad la figurilla del hombre dorado, de rostro sonriente, la segunda de su tipo. Reynolds la estudió minuciosamente, moviendo la cabeza, dubitativo. No sabía qué importancia real podía tener. Seguidamente, se la pasó a Júpiter. El primer investigador abrió el compartimiento secreto, pero éste no contenía nada.

—En este amuleto no hay ningún mensaje, señor —dijo.

—Pues entonces, esos rufianes lo que buscan es la estatuilla y nada más —comentó el señor Harris—. Me sentiré más tranquilo poniéndola en manos de la policía. Al menos, ya nadie podrá sustraerla y nosotros podremos concentrar nuestra atención en la tarea de localizar a esos sujetos, para averiguar qué es lo que llevan entre manos.

—Es posible que Bob y Pete estén en condiciones de decirnos

donde podemos dar con ellos —aventuró Reynolds—. Pero, claro está, primero habremos de localizar a nuestros muchachos… En marcha, Júpiter. Cuanto antes iniciemos nuestras gestiones en tal sentido, mejor.

—Llámenme en el instante en que se hagan de alguna información y díganme qué es lo que puedo hacer yo para colaborar —dijo el señor Harris—. Mañana pienso dirigir a Ted Sandow algunas preguntas —la voz de Harris sonaba severa—. Supongo que estará en disposición de facilitarme unas explicaciones.

En la calle de nuevo, Reynolds y sus hombres se encaminaron al coche en que llegaran allí. Júpiter caminaba lentamente. Sus vivaces ojos inspeccionaron la soleada vía. De pronto, el primer investigador señaló la estrecha calzada existente entre dos viejas casas, por el lado opuesto…

—¡Jefe! ¡Acabo de descubrir algo! ¡Hay unas huellas de neumáticos allí!

Júpiter cruzó la calle corriendo. Reynolds se reunió con él en la angosta calzada.

—¡Estuvieron aquí, jefe! Sé que uno de los neumáticos de la bicicleta de Bob tiene un parche… Mis amigos debieron de apostarse en este lugar para vigilar la casa. Fíjese en eso también…

En el punto en que Pete había estado agachado, esperando, se veía un montoncito de piedras que formaban, aproximadamente, un cono.

—Pete tiene la costumbre de apilar las piedrecillas que quedan a su alcance de esa manera —aclaró Júpiter—. Procede así mecánicamente.

—Luego verían a alguien, siguiéndole… Sus bicicletas no andan por aquí.

Júpiter echó un vistazo a su alrededor.

—No sé… De haber procedido así, habrían dejado alguna señal. Nosotros siempre llevamos encima algún trozo de tiza de color, con el fin de facilitar nuestra localización, si es preciso.

—Probablemente, no dispusieron de tiempo para tomar tal precaución. Transmitiremos instrucciones a todos los puestos policíacos. Considero que no debemos todavía poner el hecho en conocimiento de sus padres. Los alarmaríamos inútilmente, quizá.

—Conforme, señor. A lo mejor se encuentran de vuelta ya al

Patio Salvaje ahora.

—Espero que sea así —dijo Reynolds—. Estoy seguro de que no tardaremos en saber de esos dos misteriosos individuos. Sin embargo, quisiera poseer más datos sobre esa extraña sombra riente…

—La sombra es alta, señor. Ése es un dato cierto. Y en cambio, los dos hombres son de corta estatura. Ted Sandow también es alto…

—Pero, bueno, vosotros conocéis perfectamente la voz de Ted Sandow, ¿no? ¿No lo habríais identificado en seguida, de ser él la sombra riente?

—Yo creo que sí —Júpiter frunció el ceño, caviloso—. Esa risa que oímos, sin embargo, no se parecía a ninguna otra…

—A juzgar por tu descripción, no era ni siquiera una voz.

—¡Es verdad! —exclamó Júpiter—. No era una voz. No era una voz humana, por lo menos. Esto hace que ahora me acuerde de un cuento de Edgar Allan Poe en el que nadie acertaba a comprender el lenguaje del asesino porque el criminal resultó ser un mono… Sólo que en esta ocasión no se trataba de un mono. Ahora bien, ¿no hay algo… algo en Australia… que tiene una risa que suena como…?

—¿A qué te estás refiriendo, Júpiter?

Júpiter se mordió el labio inferior, desesperado.

—No… no acierto a recordarlo con exactitud, pero me consta que ello tiene algo que ver con un animal de Australia. Ted Sandow habla con acento, un acento raro… Dice que es de Inglaterra, pero quizá no sea así… Quizá sea un impostor procedente de Australia…

—Bueno, muchachos, hablando de acentos, ¿qué me dices del mismo Harris? —inquirió Reynolds—. Oyéndole hablar, me da la impresión de estar escuchando a un marinero británico.

Los ojos de Júpiter se dilataron.

—¡Señor Reynolds! —exclamó—. ¿Cree usted que Harris pudiera ser australiano? Yo no creo que el suyo sea un acento puramente británico, en absoluto.

—No sé a qué atenerme ya… Lo que sí voy a hacer, inmediatamente, es ponerme en contacto con las autoridades australianas, para solicitar informes de los dos. Desde luego, podemos facilitarles unas descripciones excelentes.

Una vez en la jefatura de policía, Reynolds no perdió un minuto.

Todos los puestos policíacos fueron informados sobre la desaparición de Bob y Pete. La policía de Rocky Beach y de todo el condado emprenderían la búsqueda de los chicos. Reynolds solicitó también una conferencia telefónica con Australia.

Júpiter se apresuró a regresar al Patio Salvaje. Pero en el oculto remolque no vio a nadie. Verdaderamente asustado, se quedó inmóvil en su asiento, con la mirada fija en el teléfono. ¿Y si Bob y Pete habían sido hechos prisioneros? La llamada de Reynolds a los puestos policíacos no serviría de nada. No podía permanecer allí, quieto, sin hacer nada. De volver por la casa del señor Harris cabía la posibilidad de que descubriera alguna pista que no hubiesen advertido antes…

Cogió el teléfono, marcando el número de la compañía que en la localidad se dedicaba al negocio de alquilar coches con conductor. En el caso de localizar alguna pista sobre el paradero de Bob y Pete podía verse en la necesidad de actuar rápidamente.

Capítulo 15

Un villano desenmascarado

Quince minutos más tarde, Júpiter cruzaba la puerta verde, echando a correr hacia el «Rolls Royce», que le estaba esperando.

—A la Liga de Vegetarianos, Worthington. Y rápido —dijo el primer investigador, con voz apremiante.

Facilitó a continuación la señas de la casa al conductor.

—En seguida, master Jones.

El espléndido vehículo, de dorados y brillantes metales, deslizóse airosamente por las calles, llegando a la de Las Palmas, en busca del edificio de estilo gótico que se había convertido en residencia oficial de la Liga de Vegetarianos. Júpiter miraba a un lado y a otro ansiosamente, por si descubría algo que le hablase de la presencia o del paso por allí de sus camaradas.

Cuando el «Rolls Royce» se encontraba a una manzana de distancia de su objetivo, el coche del señor Harris avanzaba a bastante velocidad por la calle, en dirección a ellos, perdiéndose, envuelto en una nube de polvo, de vista… Júpiter, en el momento oportuno, dio unas voces para llamar la atención del señor Harris, pero éste no reparó siquiera en el «Rolls Royce». El vegetariano se inclinaba con sombría expresión sobre su volante. Su gesto era el de un hombre muy preocupado.

—Era ese caballero que usted conoce, ¿no, master Jones? —preguntó Worthington—. ¿Desea que lo alcance?

—Dijo que iba a esperar noticias acerca de Bob y Pete —contestó Júpiter, volviendo la cabeza hacia el coche cada vez más lejano—. Tiene que haber sucedido algo que le haya hecho alterar sus planes. Usted siga hasta la casa, Worthington.

El gran automóvil se detuvo silenciosamente frente a la puerta principal. Júpiter salió disparado de aquél, seguido de Worthington. La puerta estaba abierta. Júpiter se quedó inmóvil una vez dentro, escuchando…

—¿Ha oído usted algo, Worthington?

—No, master Jones. ¿Qué buscamos aquí?

—Buscamos a Bob y Pete —replicó el primer investigador—. Intentaremos descubrir alguna huella de su paso por aquí, una marca con tiza, una pista, lo que sea… Si es que estuvieron en la casa.

—¿Cree que se encuentran en apuros?

—No lo sé —admitió Júpiter—. El señor Reynolds cree que habrán emprendido alguna investigación por su cuenta, pero yo estoy seguro de que en ese caso habrían querido dárnoslo a entender, de una manera u otra.

—Tiene usted razón —dijo Worthington.

—Reynolds y sus hombres registraron las plantas superiores. Ahora bien, ¿y si se les escapó alguna señal hecha con tiza? Usted, Worthington, irá arriba, mientras yo echo otro vistazo a la calle.

—Muy bien, master Jones.

Júpiter anduvo de un lado a otro de la calle, examinando muros y cercas, en busca de las señales con tiza a que había aludido en varias ocasiones. También inspeccionó el piso, las aceras y hasta los troncos de los árboles. Todos sus hallazgos quedaron limitados al montoncito de piedras descubierto en su anterior visita al lugar, debido, con toda seguridad a las manos de Pete.

Dentro de la casa otra vez, tropezó con Worthington cuando éste bajaba por las escaleras. El chófer movió la cabeza, denegando.

—No he visto nada que pudiese ser interpretado como una señal, master Jones.

Júpiter frunció el ceño.

—Quizá estén en lo cierto el señor Harris y Reynolds… Supongo que será mejor que me vuelva al Patio Salvaje, para esperar su regreso allí… Yo me pregunto ahora: ¿a dónde se dirigiría el señor Harris con tanta prisa?

—Es posible que lo llamara el jefe de policía —sugirió Worthington—. Permítame que le diga que no hemos inspeccionado esta planta todavía…

—Lo hicimos ya la primera vez —replicó Júpiter, sombrío.

—Siempre cabe la posibilidad de que se les escapara algún detalle. Un segundo vistazo no nos ocasionará muchas molestias…

Entraron en el despacho del señor Harris. Júpiter no vio nada en las paredes y a Worthington le sucedió lo mismo con el piso. El chico repasó luego la mesa de trabajo del señor Harris y el cesto de los papeles. Habíase apartado de la mesa un poco ya cuando se detuvo bruscamente, regresando junto al cesto.

—¡Worthington! ¡Fíjese en esto!

El chófer corrió a su lado, cogiendo un pedazo de papel impermeabilizado que el chico tenía en la mano. Worthington parpadeó, desconcertado.

—La clásica envoltura de un bocadillo, master Jones. No veo en esto nada especial.

—¡Fíjese en sus manchas! En esa oscura, en la roja… ¿Es que no las ve?

Worthington asintió.

—Sí que las veo… Mostaza, un rastro de sangre, diríase… Son cosas corrientes en un papel que se ha utilizado para envolver un bocadillo.

Worthington pasó un dedo por la mancha oscura, acercándose después el papel a la nariz.

—Es mostaza, desde luego, no hay duda…

—Sucede, Worthington, que el señor Harris es el presidente de la Liga de Vegetarianos… —dijo Júpiter—. ¿No lo ha comprendido todavía? Sus principios no le permiten consumir un bocadillo de carne con mostaza… ¡Se trata de un engaño!

—¿Está usted seguro, master Júpiter, de que el bocadillo fue consumido por el señor Harris?

—Lo dijo él mismo —contestó Júpiter—. Y si es un falso vegetariano, apostaría cualquier cosa a que todo lo referente a su Liga es una pura mentira. El señor Harris dio vida al grupo de Rocky Beach, asegurando que quedaba encuadrado en una gran organización extendida por otras partes. Ahora pienso que ésta no existe, quizá.

—He ahí una grave acusación, master Jones —respondió Worthington, severamente—. ¿Qué podía perseguir él montando tal agrupación?

—¿No lo entiende? El señor Harris sabía que la señorita Sandow era vegetariana. Ted se lo dijo en Inglaterra. Lo más seguro es que hiciese lo posible por conocer al joven. Probablemente, conocía la historia del Tesoro de los Chumas y aspiraba a encontrarlo. Se valió de Ted y de la falsa Liga para entrar en relación con la señorita Sandow. No podía haber un procedimiento mejor para penetrar en Sandow Estate.

—¿Quiere usted decir que sabía lo del tesoro antes de llegar aquí y también antes de conocer al joven Ted?

—No me sorprendería nada que fuese así. Deliberadamente, procuró que receláramos de Ted, con unos propósitos concretos —gimió Júpiter—. ¡Y pensar que le confié todo lo que nosotros habíamos ido imaginándonos! Realmente, lo puse en guardia.

—Usted no podía saber lo que había por en medio, master Jones —dijo Worthington—. Por lo visto, ese hombre ha engañado a todo el mundo.

—Seguro. ¡Vaya! ¡Si hasta es posible que sea él la sombra riente! Quizá sea también el que retiene a esos cuatro prisioneros sin cabeza —de repente, los ojos de Júpiter se dilataron. Estaba asustado—. ¡Worthington! ¡Hemos de ponernos en contacto con el señor Reynolds en seguida!

—Por supuesto, master Jones. ¿Ha pensado usted ya en algo que sirva para desbaratar sus planes?

—No —respondió Júpiter—. Pero acabo de comprender que el señor Harris nos ha hecho una jugarreta. Tardó mucho en llegar aquí desde Sandow Estate y dijo que su retraso fue debido a haber visto a Ted cerca del Patio Salvaje… ¡Eso era una mentira, sin embargo! Debió de llegar aquí antes que nosotros… ¡capturando, quizá, a Bob y a Pete!

Capítulo 16

Aparecen los hombres de piel morena

En el centro de la habitación, de paredes sin pintar, había una rústica mesa, detrás de la cual se sentó el señor Harris, quien se quedó mirando pensativamente a Bob y Pete.

—He de deciros, muchachos, que siento muchísimo tener que proceder así.

Bob y Pete guardaron silencio. Hallábanse sentados contra un muro de tablas, estando atados de pies y manos, fuertemente. ¿Dónde se encontraban? No lo sabían con certeza. Creían haber ido a parar a una casucha de las montañas, tras su captura en la Liga de Vegetarianos por Harris.

Comprendían ahora que el señor Harris estaba relacionado de un modo u otro con la sombra riente. Nada podían hacer de momento para mejorar su situación. Nada tenían que decir tampoco. El señor Harris y sus dos ayudantes se habían lanzado sobre ellos en el corredor de la casa, metiéndolos en un vehículo y atándolos después. Seguidamente, los dos ayudantes de aquel hombre los habían llevado lejos de allí con sus bicicletas. Harris, al parecer, había permanecido en la casa de la Liga un buen rato, ya que aquélla era su primera visita a la cabaña.

El hombre sonrió entristecido, mirándolos.

—Desgraciadamente, vosotros, muchachos, poseéis la rara habilidad de presentaros donde menos falta hacéis, donde menos deseados sois, ¿eh? Habéis estado husmeando alrededor de mi casa, por ejemplo. Estoy convencido de que no habéis encontrado nada, pero hay que jugar sobre seguro, ¿comprendéis? Por fortuna, he dispuesto de tiempo suficiente para suprimir allí todas las huellas

posibles de vuestro paso, anticipándome a la llegada de la policía.

»Me temo que tendréis que ser mis huéspedes por algún tiempo. Digamos que hasta que yo me encuentre a prudente distancia de esta localidad. Por suerte, mi trabajo aquí ha finalizado, casi.

Bob saltó, enfadado.

—¡Es usted un ladrón!

—¡Usted intenta robar el Tesoro de los Chumas! —proclamó Pete, acalorado.

El señor Harris se echó a reír.

—Sois unos chicos muy inteligentes. Detrás del Tesoro de los Chumas ando precisamente, del cual me apoderaré esta noche.

Siempre sonriente, el señor Harris se levantó, abandonando la cabaña. Bob y Pete se miraron mutuamente. El sol estaba muy bajo, según pudieron apreciar echando un vistazo a una de las ventanas de la pequeña construcción, de sucios cristales. Pronto llegaría la noche y no podrían hacer nada para obstaculizar los manejos de su carcelero.

—Seguramente, nos encontramos dentro de Sandow Estate —aventuró Pete, guiándose por su buen sentido de la orientación, innato en él—. Identifiqué algunas de las elevaciones de los alrededores cuando el vehículo se detuvo.

—Si hubiéramos podido dejar alguna señal detrás de nosotros… —consideró Bob—. Pero no hubo ninguna ocasión de hacer nada por habernos metido tan aprisa en la camioneta.

—Júpiter dará con nosotros. Ahora, si pudiéramos liberarnos de estas ataduras quizá nos fuese posible ayudarle.

Pete empezó a dar tirones de las cuerdas que retenían sus manos junto a la espalda.

Sonó una risa irónica cerca de ellos. El señor Harris había regresado a la cabaña.

—Sois unos chicos animosos, ¿eh? Sinceramente: os admiro porque me parecéis muy decididos.

—¡No conseguirá usted salir bien parado de esta aventura! —le prometió Pete, furioso.

El señor Harris sonrió.

—A esta hora, muchachos, la policía y vuestro amigo, Júpiter, buscan desesperadamente a los hombres de piel oscura. Los tienen por vuestros raptores. Todo se confabula para ayudarme a mí.

—No vaya a creerse que ha conseguido engañar a Júpiter —dijo Bob—. Al final, usted irá a parar a la cárcel.

—Yo creo que no será así —replicó el señor Harris, muy confiado—. Lo he planeado todo muy cuidadosamente para ahora verme obstaculizado por unos chicos como vosotros y unos cuantos policías de una ciudad insignificante. No obstante, reconozco que me habéis causado algunos problemas y yo me sentiría más a gusto si accedierais a colaborar conmigo.

—¡Jamás accederemos a colaborar con un hombre como usted! —declaró Pete, con firmeza.

—He ahí una respuesta muy virtuosa, pero completamente estúpida. Es una suerte que la mayor parte de la gente sea tan estúpida. De no ser así, el Tesoro de los Chumas habría sido localizado hace mucho tiempo.

—Yo no creo que llegue usted a encontrarlo nunca —indicó Bob.

—Estás en un error, chico. Conseguí solucionar el pequeño acertijo de Magnus Verde y dentro de unas horas seré dueño del tesoro —declaró el señor Harris, que miró ahora a los dos amigos con los párpados semientornados.

Harris giró en redondo, volviéndose hacia la puerta. En el momento de poner la mano sobre el tirador, miró a Bob y a Pete por encima del hombro.

—A propósito… No ganaríais nada recobrando la libertad. Esta cabaña se encuentra emplazada en el borde de un precipicio de unos treinta metros de profundidad. Puede llegarse a ella únicamente por un estrecho atajo en el que he apostado un hombre, que lo vigila. Desde su sitio ve perfectamente la única puerta de la construcción. No existe otra salida en esta pequeña y elevada meseta.

Con una sarcástica carcajada, el señor Harris abandonó la cabaña. Esta vez, los chicos oyeron un ruido metálico, el de la llave girando en la cerradura. Se habían quedado solos… Inmediatamente, Pete empezó, de nuevo, a mover las manos, tirando de las cuerdas que las mantenían juntas por las muñecas.

—Bob —indicó Pete—: quizá pudiéramos ayudarnos mutuamente. ¿No podrías moverte, hasta que apoyaras tu espalda en la mía?

Los dos investigadores se agitaron a empellones por el basto

piso, hasta que finalmente sus espaldas entraron en contacto. Pete manipuló en las cuerdas que cruzaban las muñecas de Bob. Le caían gruesas gotas de sudor por la frente y sus dientes chirriaban. Estuvo trabajando incansablemente durante… horas enteras… Bueno, eso le pareció a él. Por último, exhausto, se quedó quieto.

—No puedo asir bien las cuerdas —declaró, abatido.

—Es por la forma en que han sido atadas nuestras manos…

Pete se puso a pensar.

—Si el señor Harris no me hubiese quitado mi cuchillo, colocándomelo entre los dientes yo habría podido…

—¡Los dientes! —exclamó Bob—. Tal vez pudiésemos aflojar los nudos valiéndonos de los dientes, Pete.

—Vale la pena intentarlo. Me tenderé de costado…

Pete hizo lo que acababa de anunciar. El más pequeño de los investigadores acercó la boca a las muñecas de su amigo. Sus dientes se aferraron firmemente al primer nudo. Pete le facilitaba el trabajo. Bob tuvo que detenerse tres veces, para tomarse un respiro. A continuación, Bob volvió a la carga.

—¡Noto que se va abriendo! —exclamó Pete, en voz baja—. Prueba con las manos, ahora.

Espalda contra espalda de nuevo, los dedos de Bob se movieron activamente sobre las cuerdas de Pete. De pronto, el primer nudo se aflojó. El segundo constituyó una tarea ya más fácil. Unos segundos después, las manos de Pete recobraban la libertad. Rápidamente, se liberó de las ataduras de las piernas. Luego, se ocupó de Bob.

No se durmieron sobre sus laureles. Pete corrió hacia las ventanas de la fachada mientras Bob inspeccionaba la que daba a la parte de atrás.

—Estas ventanas —informó Pete—, han sido clavadas. Desde aquí se ve al guardián. Imposible salir de aquí sin ser vistos por él, ni siquiera en la oscuridad. Tiene una gran linterna.

El sol se estaba escondiendo detrás de los últimos picachos montañosos y la tierra tomaba unos tonos purpúreos. En invierno, entre aquellas elevaciones, el día se hacía noche rápidamente, llegando a hora más bien temprana las primeras sombras.

—Por aquí hay una repisa de dos o tres metros de ancho y luego viene la pared del cortado —manifestó Bob, profundamente desanimado—. Me parece que no vale la pena intentar salir…

Los dos investigadores regresaron a la mesa que se encontraba en el centro de la habitación.

—Por lo menos, sé ya donde estamos —dijo Pete—. He podido ver el paso hacia el oeste… Nos hallamos a unos ocho kilómetros de la casa grande, en las altas montañas.

—Quizá, si nosotros pudiésemos hacer una señal, alguien nos vería desde la casa —sugirió Bob—. Si Júpiter anda buscándonos por ahí, con toda seguridad que visitará el edificio principal de la finca.

—Una luz podría servirnos —decidió Pete.

Comenzaron a inspeccionar detenidamente la cabaña.

¿Qué esperanzas podían abrigar en aquel sentido? Muy pocas. La cabaña de aquellas montañas contenía escasas cosas y Harris era un individuo inteligente. Pero a éste le había sucedido lo que a tantos granujas excesivamente confiados, seguros de sí mismos. Había pasado por alto un detalle importante. Bob, después de despejar de cachivaches sin valor alguno la tapa de un viejo arcén, levantó ésta, lanzando un grito de triunfo.

—¡Aquí hay una lámpara de petróleo! —dijo alborozado—. Y en su depósito todavía queda un poco de combustible… La taparemos y destaparemos alternativamente para lanzar unas señales de socorro, de petición de ayuda, por el código Morse.

—Antes de nada tendremos que encenderla —puntualizó Pete—. Y carecemos de cerillas.

Frenéticamente, los dos chicos procedieron a efectuar un nuevo registro de la cabaña. Una vez más, tuvieron suerte. En el cajón de la mesa descubrieron un olvidado estuche de cerillas de cartón. Bob encendió la linterna rápidamente mientras Pete se hacía de un trozo de hojalata para cubrir la luz y dar la señal. Los dos amigos se encaminaron a la ventana posterior.

Una oscura faz acababa de asomarse a la ventana…



Ésta se abrió bruscamente y los dos hombres de la piel oscura y las raras ropas blancas se deslizaron ágilmente dentro de la cabaña. Ambos se quedaron mirando fijamente a los muchachas. Sus manos empuñaban largos cuchillos…

Capítulo 17

Punto muerto

Reynolds se encontraba sentado ante su mesa de trabajo cuando Júpiter y Worthington irrumpieron en el despacho. El chico le mostró el papel hallado en la residencia de la Liga de Vegetarianos.

—Todo lo referente al señor Harris es un engaño —declaró Júpiter—. Ese hombre va detrás del Tesoro de los Chumas. Lo vimos cuando se alejaba en su coche, a toda prisa, del edificio… Yo creo que se dirigía a Sandow Estate. Estoy convencido de que Bob y Pete se encuentran en su poder.

—Un momento, un momento, Júpiter… Déjame ver eso —Reynolds estudió las manchas del papel utilizado para envolver el bocadillo—. Así pues, ese individuo ni siquiera es vegetariano. La Liga constituye un fraude. Perfectamente. Todo encaja bien…

Júpiter abrió la boca, asombrado.

—Todo encaja… ¿en qué, jefe?

—En lo que nosotros hemos averiguado —declaró Reynolds, parpadeando—. Vosotros, muchachos, no sois los únicos detectives de Rocky Beach. Estuve en contacto con las autoridades australianas. De Ted Sandow no sabían nada… Conocían, en cambio, a un tal Albert Harris. Tu corazonada no te engañó…

—¿Qué averiguaron ustedes, señor Reynolds?

Éste se puso en pie.

—Te lo iré diciendo sobre la marcha. No hay tiempo que perder ahora. No hemos conseguido dar con los hombres de piel oscura, pero tengo la impresión de que eso queda supeditado a la localización del señor Harris. He llamado al señor Andrews y lo recogeremos por el camino. El padre de Pete se encuentra ausente,

por desgracia.

—¿A dónde vamos a ir, jefe? —quiso saber Júpiter.

—¿A dónde va a ser, muchacho? A Sandow Estate. En la finca hallaremos a nuestros villanos.

—Quizá debiéramos utilizar el «Rolls Royce», señor —le apuntó Júpiter—. El señor Harris no lo relacionará con nosotros y en cambio intentará huir si ve uno de los automóviles de la policía.

—Buena idea, Júpiter. Daré las órdenes oportunas para que mis hombres aparezcan después.

Reynolds dio instrucciones para que cuatro de sus agentes utilizaran un coche de la policía. Habrían de seguir al «Rolls Royce», pero de lejos. Luego, Worthington llevó a Júpiter y a Reynolds a casa de Bob. El señor Andrews salió de la misma apresuradamente, subiendo al vehículo.

—¿Qué ocurre, señor Reynolds? —inquirió el hombre, preocupado—. ¿Han localizado ya a Bob y a Pete?

—Todavía no, señor Andrews, pero no tardaremos en saber dónde están.

—¿Cómo se ha llegado a esta situación? —preguntó el señor Andrews.

Reynolds hizo un resumen de la aventura vivida por los Tres Investigadores.

—Han llevado a cabo un buen trabajo, señor Andrews. Pueden ustedes estar orgullosos de ellos. Sin su intervención, la señorita Sandow y Ted se encontrarían, quizá, en un grave aprieto, y nosotros nos habríamos enterado de todo siendo ya muy tarde. Los chicos actuaron bien, con mucho tacto. No podían estar informados acerca de la verdadera personalidad de Harris. Este hombre engañó a todo el mundo.

—¿Quién es ese Harris, exactamente? —inquirió el señor Andrews.

—Un comediante, un ladrón… —replicó Reynolds cuando Worthington enfilaba, ya bajo la luz del crepúsculo, le serpenteante carretera que conducía al paso—. Acabo de hablar con la policía de Sidney, Australia. Harris es buscado por los agentes de la autoridad en aquella parte del mundo. Es un timador, un ladrón, y otros cosas peores… Acostumbra presentarse como jefe de organizaciones falsas para timar a la gente ingenua… Se le busca también en México,

donde llevó a la práctica un plan de ayuda falso destinado a los indios carentes de medios.

—¿Ha dicho usted en México, señor Reynolds? —preguntó Júpiter—. ¿Estuvo él allí últimamente?

—Ha estado allí en más de una ocasión. Su visita más reciente fue un año atrás, poco más o menos. Los australianos piensan que estuvo también en California hace unos meses tan sólo.

—Por entonces fue cuando se enteraría de todo lo referente al Tesoro de los Chumas y de la existencia de la señorita Sandow —supuso Júpiter.

—Sospecho que se enteró de la muerte de su hermano por uno de los periódicos de la localidad —les explicó Reynolds—. Así fue, probablemente, cómo se decidió a ir en busca de Ted Sandow, que se hallaba en Inglaterra.

Llegaron a lo alto del paso. Worthington había estado pisando a fondo el acelerador. Sumergido en las sombras de la noche, el automóvil acercóse a las puertas de hierro. El coche policíaco se había quedado a alguna distancia, rezagado. Las puertas estaban abiertas. Worthington cruzó la entrada casi a la misma velocidad que por la carretera.

El «Rolls Royce» se detuvo delante de la puerta principal del gran edificio de estilo español. Reynolds invitó a sus acompañantes a guardar silencio. No se veía ninguna luz en la casa; no había allí la menor señal de vida.

—Al parecer, aquí no hay nadie —dijo Reynolds, perplejo.

—Puede ser que hayan dejado alguna pista los de la casa, indicando a dónde han ido —sugirió Júpiter.

—¿Por qué no echamos un vistazo? —dijo el señor Andrews, apremiante—. Bob y Pete pudieran haber sido encerrados en alguna habitación…

Reynolds se mostró de acuerdo, avisando a sus hombres, que acababan de llegar, dejando estacionado el automóvil a cierta distancia del edificio. Mientras los agentes rodeaban éste, Reynolds, Júpiter, el señor Andrews y Worthington penetraron en la casa.

Inspeccionaron todas las habitaciones de la planta baja, sin dar con nadie. Júpiter, preocupado, se mordía los labios.

¿Habían llegado demasiado tarde? ¿Había secuestrado el señor Harris a los ocupantes de la vivienda, en su afán de hacerse con

unos rehenes que le facilitaran la retirada con el Tesoro de los Chumas?

Finalmente, Worthington dijo en voz baja:

—Caballeros… Creo haber oído algo…

Todos se quedaron atentos, escuchando en la oscuridad.

Bum… bum… bum… bum…

—Eso es arriba —manifestó Reynolds—. ¡Por la parte posterior!

El jefe de policía empuñaba ahora su pistola. Los demás le seguían al empezar a subir las escaleras. En la planta superior ya, deslizáronse por un pasillo, en dirección al sitio de procedencia de los golpes.

Bum… bum… bum…

—Aquí es —indicó el señor Andrews, señalando una puerta que quedaba a su izquierda.

La puerta en cuestión se hallaba cerrada con llave. Reynolds invitó a sus acompañantes a apartarse de allí para lanzarse sobre la hoja de madera, a la que aplicó uno de sus poderosos hombros. Se oyó un crujido, pero no cedió. El jefe de policía llevó a cabo otra intentona y entonces la puerta se abrió violentamente, de golpe.

Siempre con la pistola preparada, Reynolds se adentró en la habitación.

—¡Ahí! —chilló el señor Andrews.

Algo que hacía pensar en una momia egipcia yacía en el suelo, en un rincón de la oscura estancia. La figura tendida descargaba continuas patadas contra el muro. Tratábase de Ted Sandow, bien atado y amordazado. El joven inglés se vio liberado en seguida de sus ataduras. Inmediatamente, gritó:

—¡Tía Sarah! ¡Está allí!

La frágil y menuda mujer había sido atada a una silla, siendo también amordazada. Worthington la atendió con la mayor delicadeza. La señorita Sandow contempló a los recién llegados con ojos dilatados a causa del asombro y el temor.

—Yo… yo… ¿Qué ha sucedido? —Parpadeaba, miraba a todas partes, confusa—. Recuerdo que el señor Harris me sirvió el té de la tarde… Después… Ya sólo sé que me desperté aquí, en esta silla… ¡Dios mío! Nunca he pasado más miedo. Y el pobre Theodore, tirado en el suelo…

La señorita Sandow se aproximó a Ted, acurrucándose contra él,

como buscando su protección. Ted la atendió, muy solícito, con una cariñosa sonrisa. A continuación, se volvió hacia Júpiter.

—Después de dejaros en la biblioteca, Júpiter, regresé para descubrir que tú y el señor Harris os habíais ido. Él no volvió hasta última hora de la tarde. Me dijo que tenía que enseñarme algo de importancia en relación con el amuleto, haciéndome subir aquí. Le acompañé… Debió de golpearme con algo contundente aprovechando un momento en que se encontraba a mi espalda. Cuando recobré el conocimiento me di cuenta de que estaba atado como una momia.

—¡Claro! —Júpiter comenzaba a comprenderlo todo—. Cuando el señor Harris y yo regresamos de la choza, él debía decirme que tú habías ido a alguna parte, con objeto de que concibiera sospechas, de que recelara de ti. Tú no te habías ido a ningún sitio.

—Eso dio ocasión también a Harris para llegar a su despacho a tiempo, con objeto de secuestrar a Bob y a Pete —añadió Reynolds —. Júpiter habíale notificado que sus dos amigos se encontrarían allí.

—Por favor —gimió Júpiter—, no me lo recuerde… Se lo dije todo, consiguiendo así librar de obstáculos su camino…

—Él debe de haberse lanzado esta noche en busca del tesoro —señaló Ted—. Me siento responsable de lo ocurrido. Supo ganarse mi confianza para entrar aquí.

—No eches sobre ti toda la culpa, Theodore —dijo tía Sarah, intentando consolar al joven—. También a mí me engañó. Incluso le hice un donativo en metálico para la Liga de Vegetarianos. Poseía buenas cartas de presentación de personas afectas a nuestra idea, a las que yo conozco.

—Esas cartas serían falsificadas —comentó Reynolds—. El tal Harris es un sujeto de cuidado.

—Tenemos que dar con él —recordó a todos Júpiter—. Ted: ¿no te reveló nada ese individuo acerca de los hombres de piel oscura, ni de los supuestos enanos sin cabeza?

—¡Dios mío, Júpiter! Que yo recuerde ahora, no.

Júpiter frunció el ceño.

—Estoy convencido de que en esos prisioneros aparentemente decapitados se encuentra la clave de todo el misterio. Uno de ellos debió robar el amuleto, arrojándolo por encima del muro con el

mensaje. Lo cual puede querer decir que son indios yaquali. Ahora bien, ¿por qué los retiene Harris?

El señor Andrews saltó:

—¿Por qué hemos de estar haciendo cábalas aquí ahora sobre los amuletos y los enanos? ¡Tenemos que pensar en Bob y en Pete nada más, de momento!

—Sin embargo, para dar con ellos hemos de averiguar antes el paradero de Harris, probablemente —arguyo Reynolds.

Los mayores se consultaros mutuamente con la mirada, indecisos. Júpiter se mordió los labios. De repente, se volvió hacia la señorita Sandow:

—Señorita: ¿hizo alusión su hermano alguna vez al Tesoro de los Chumas?

—No. Mark era muy joven cuando tuvo que huir, el pobre.

—¿Qué es lo que le dijo acerca de los dos amuletos?

—Nada, Júpiter. Me los dio poco antes de marchar, notificándome que esos objetos carecían de valor. Me dijo, simplemente, que «había matado su gallina…». Siempre me he preguntado qué pretendió significar con tales palabras.

Júpiter parpadeó.

—¡Pudo aludir a que había dado muerte a su gallina de los huevos de oro! Es posible que el hombre que matara conociese el secreto del tesoro. Los amuletos no constituyen ninguna pista… Demostraban, sencillamente, que había un tesoro dentro de la finca. ¡Aquel hombre conocía su paradero!

—En consecuencia, Mark Sandow no se hallaba al corriente del secreto —manifestó el jefe de policía—. Harris, sí, en cambio. No obstante, ¿cómo…?

—Probablemente, descifró el acertijo de Magnus Verde —declaró Júpiter—. Cabe la posibilidad de que los hombres de piel oscura le informaran. Y ahora, nosotros tendremos que aclarar el enigma para dar con él.

—«En el ojo del firmamento, donde nadie puede encontrarlo» —recitó Reynolds—. ¿Qué puede significar eso? ¿Dónde hemos de mirar?

—¡Si al menos pudiéramos localizar a los hombres de piel oscura!

Capítulo 18

El descenso

Dentro de la cabaña, los hombres de piel oscura seguían empuñando sus largos cuchillos, adoptando una actitud cada vez más amenazadora. Bob y Pete fueron retrocediendo lentamente hacia uno de los muros de la pequeña construcción. El último asía con fuerza la linterna, listo para utilizarla como arma defensiva si se veía forzado a ello.

Uno de los hombres movió la cabeza, mirando fijamente a Pete. Luego, dijo con voz ronca, gutural:

—¡No! Vosotros no habéis comprendido. Somos amigos. Hemos venido a socorreros.

Bob se quedó con la boca abierta.

—¿Habláis ingles?

—Sí, un poco. Yo soy Natches. Éste es Nanika, mi hermano.

—¿Por qué robasteis la estatuilla? —preguntó Pete, de buenas a primeras.

—Os vimos cuando la encontrasteis en la carretera. Creíamos que contenía palabras de nuestro otro hermano más pequeño, Vittorio. Os seguimos para quitárosla, pero no hallamos nada dentro.

—Nosotros nos quedamos con el mensaje —saltó Pete.

—¿Sí? —inquirió Natches—. ¿Qué decía?

Pete les reveló el contenido del mensaje y Natches, muy excitado, empezó a hacer exagerados gestos de asentimiento. Los dos hombres enfundaron sus cuchillos.

—Es lo que temíamos —declaró Natches—. Nuestro hermano pequeño se encuentra en peligro. Harris es un embustero, un

hombre malo…

—Vosotros sois indios yaquali, de México, ¿verdad? —les preguntó Bob—. Y ese Harris ha hecho prisionero a vuestro hermano.

—Sí —respondió Natches—. Hemos venido a buscar a Vittorio. Nosotros tenemos miedo. No nos gusta la ciudad. Pero teníamos que encontrar a Vittorio y a los otros…

—¿Por qué no nos hablasteis en inglés cuando estuvisteis persiguiéndonos? —quiso saber Bob.

—Estábamos excitados… en esas condiciones, ni siquiera caímos en la cuenta de proceder así —explicó Natches, entristecido.

—¿Por qué retiene Harris a vuestro hermano? ¿Qué hace éste a su lado?

En un inglés vacilante, Natches refirió a los muchachos su historia.

Un mes atrás, Harris se había presentado en un poblado yaquali situado en el corazón de las montañas de Sierra Madre, en México, ofreciéndose para llevar a cuatro de sus jóvenes a América, con objeto de que realizaran exhibiciones de escaladas en un parque público. Aquello parecía ser una oportunidad excelente para los muchachos yaquali. Vittorio había sido de los escogidos.

—Nosotros somos pobres —explicó Natches—. Los jóvenes yaquali tienen que abrirse paso por otros medios. El señor Harris les dijo que tendrían ocasión de ganar mucho dinero y que verían América.

Harris se marchó con los jóvenes y la gente del pueblo se sentía muy feliz. Aquellos yaquali conocerían otro mundo y dispondrían de dinero. Luego, siete días después, llegó al poblado una carta. Procedía de Rocky Beach y por ella supieron todos que Vittorio solicitaba ayuda de los suyos. De una manera u otra, el muchacho había podido arreglárselas para depositar en un buzón la misiva.

—Partimos… Después de procurarnos un viejo coche, llegamos aquí —prosiguió diciendo Natches—. Encontramos al señor Harris en una hermosa hacienda de la montaña. Creímos escuchar la voz de Vittorio pidiendo socorro… Vigilamos… Después, os vimos coger el hombrecillo de oro. Al día siguiente, nos lanzamos detrás de vuestro gran coche… Primero, al gran edificio de los estudios, luego a la casa en que os quitamos la estatuilla. Cuando vimos que ésta no

contenía ningún mensaje de Vittorio, fuimos en busca del señor Harris. Lo encontramos en la gran casa… Intentamos obligarle a que nos dijera dónde estaban nuestros muchachos… Él nos atacó, llamando a la policía para que nos metiera en la cárcel. Nos asustamos mucho y huimos…

—¿Quieres decir que el señor Harris provocó una riña para que la policía os arrestara?

Bob empezaba a comprender…

—Sí —repuso Natches—. Continuamos con nuestra vigilancia. Al día siguiente, os vimos salir de la gran casa. Os perseguimos, pero supisteis libraros de nosotros. Más adelante, habíamos de ver a Harris metiendo a dos chicos en una camioneta. Os seguimos hasta aquí, esperamos y escalamos la pared del precipicio para hablar con vosotros. Queríamos preguntaros dónde se encuentra ahora Harris.

—Lo ignoramos —contestó Pete.

—¿Qué está haciendo con vuestros muchachos? ¿Tenéis alguna idea sobre el particular? —inquirió Bob.

—Algo malo intentará hacer con ellos —repuso Natches, sombrío—. Seguramente, se propone cometer alguna maldad y cuando haya logrado su propósito los matará.

Pete exclamó de pronto:

—¡Querrá valerse de ellos para hacerse con el tesoro! Los yaquali son unos escaladores soberbios. Y cuando haya alcanzado la meta propuesta seguro que no querrá que anden por ahí testigos molestos…

—Tenemos que salir de aquí como sea, para establecer contacto inmediatamente con el señor Reynolds —dijo Bob.

—¿Queréis salir de esta cabaña? —preguntó Natches—. Si es así, saldremos todos…

—¿Cómo? Hay un vigilante ahí fuera. Ni siquiera podremos acercarnos a él —objetó Pete.

—Realizaremos un descenso en regla —declaró Natches, con sencillez.

Nonika asintió, señalando la ventana posterior de la cabaña y hacia abajo… Estaba indicándoles la cara casi vertical del despeñadero, con sus rocas, de irregulares contornos y de superficies casi lisas.

—¿Por ahí? —preguntó Pete, un tanto intimidado, retirándose

de la ventana.

—En compañía nuestra no corréis peligro alguno, muchachos.

Bob consultó con la mirada a Pete. Seguidamente, tornó a fijarla en Natches.

—Lo intentaremos —decidió—. No se nos ofrece otra solución.

—Hagamos unas cuantas señales primero —indicó Pete, resignado ante aquel nuevo peligro.

Él y Bob se aproximaron a la ventana con la linterna y valiéndose del trozo de hojalata transmitieron la señal de SOS en código Morse varias veces. Luego, los cuatro se deslizaron por la ventana trasera y Natches y Nanika arrojaron finas cuerdas hechas con piel por la cara del cortado. Encajaron en unas grietas de las rocas dos gruesas estacas de madera y Natches procedió a dar instrucciones a los chicos.

—Nosotros llevamos siempre el pecho y los hombros cruzados por tiras de cuero. Vosotros os aferraréis a ellas con todas vuestras fuerzas, subiéndoos a nuestras espaldas. De este modo os llevaremos hasta abajo.

Pete se agarró a Natches y Bob a Nanika. Luego, sin pronunciar una sola palabra más, los dos yaquali se aproximaron al borde del precipicio. A Pete le pareció que la cabeza le daba vueltas al asomarse al vacío, experimentando la impresión también de que se caía irremediablemente. Bob se sujetó con todas sus fuerzas a las tiras de cuero de Nanika, sobre su recia espalda.

Los dos yaquali descendieron por la empinada pared rocosa con la rapidez y la agilidad de unos insectos. Periódicamente, se detenían en determinadas hendiduras para cobrar sus cuerdas y hundir las estacas de que se auxiliaban en las grietas más convenientes. Apenas podía hablarse de pausas en el prodigioso descenso. En ocasiones, debido a la verticalidad de algunas rocas, las dos parejas se quedaban literalmente suspendidas de las cuerdas sobre el abismo, sin punto de apoyo alguno a los pies de los yaquali. Bob y Pete, en aquellos casos, se aferraban más desesperadamente que nunca a las espaldas de los indios. Seguidamente, éstos volvían a la posición normal. La verdad era que se movían sobre las imponentes peñas como unos transeúntes normales por las aceras de la ciudad.

Los muchachos terminaron por cerrar los ojos. Aquel viaje

vertical no parecía tener fin. Por último, comprendieron que los yaquali pisaban ya terreno llano, en el fondo del despeñadero.

Cautelosamente, abrieron los ojos, deslizándose a lo largo de sus cuerpos.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Bob, aliviado.

Natches sonrió.

—Era muy fácil —dijo.

—¿Pues qué serán entonces los descensos difíciles? —inquirió Pete—. Bueno, será mejor que nos demos prisa… ¿Dónde está nuestro coche, Natches?

—En la carretera, a la izquierda. ¿Vamos a ir en busca de la policía? ¿Querrá ayudarnos?

—¡Ya lo creo que querrá ayudarnos! Sobre todo cuando contemos al señor Reynolds todo lo que sabemos —declaró Bob.

Echaron a andar los cuatro a buen paso, por un sendero, en dirección al sitio en que Natches y Nanika había dejado estacionado su viejo coche.

Nada más llegar a la carretera brillaron sobre ellos las luces de unos faros, deslumbrándolos.

El señor Harris salió de entre las sombras del lugar, empuñando un rifle.

—Estáis comenzando a resultarme fastidiosos de verdad, muchachos. Pero, en fin, menos mal que habéis llegado con mis amigos yaquali… Estaban empezando a ocasionarme alguna preocupación. Me disgustaba que anduvieran sueltos por ahí …

—¿Cómo…? —tartamudeó Bob—. ¿Cómo pu… pudo usted…?

—¿Quieres saber cómo he podido dar con vosotros? ¡Oh! Ha sido muy sencillo. Vi vuestras señales y decidí acercarme por aquí, para observaros.

—¡Oh, no! —gimió Pete.

El señor Harris se echó a reír, volviéndose para dirigir unas palabras a su fornido ayudante, Sanders, quien se había situado a su espalda, empuñando en aquellos instantes otro rifle.

Aprovechando aquella pausa, Nanika dijo algo, saltando inmediatamente sobre el señor Harris. El falso vegetariano se echó a un lado ágilmente, golpeando al indio en la cabeza. Nanika se desplomó pesadamente, quedando tendido en el suelo, entre el polvo, inmóvil.

—¡Señor Harris! —chilló Sanders—. ¡El otro! ¡Cuidado con el otro!

Harris giró en redondo, pero Natches se había perdido ya en la noche. El falso presidente de la Liga de Vegetarianos, miró furioso a los chicos. Por un momento, parecía haber perdido su aplomo de costumbre. Luego, se recobró, dejando oír una fría risita.

—No importa. Déjale ir… Pronto nos encontraremos lejos de aquí, donde ninguno de estos indios ha de constituir una preocupación para nosotros.

Sanders dio muestras de hallarse algo nervioso.

—¿Está usted seguro de eso, jefe?

—¡Naturalmente que estoy seguro, idiota! Vete en busca de Carson y dile que abandone su puesto de vigilancia delante de la cabaña. Tendremos que hacernos acompañar por estos estúpidos. Ya estoy cansado de que me ocasionen continuos problemas. Vamos a poner punto final a esto.

Sanders desapareció en las sombras de la noche. Nanika seguía inmóvil en el suelo y el señor Harris no perdía de vista un momento a los dos investigadores. Súbitamente atemorizados, se daban cuenta de que esta vez no podrían huir.

Capítulo 19

En las montañas

Reynolds, que se había acercado al coche policíaco, regresó a la entrada principal del gran edificio del estilo español.

—Nada se ha sabido de los hombres de piel oscura, ni tampoco del automóvil en que viajaban. Lo siento, señor Andrews… Bueno, ya daremos con un medio para localizar a esos chicos…

—¿Cómo? —inquirió el padre de Bob, nerviosamente—. No sabemos absolutamente nada acerca de su paradero… ¡No hemos hallado la menor pista!

Delante de la casa, la luz de la luna convertía los objetos en una especie de plateados fantasmas. Júpiter se paseaba inquieto de un lado para otro. En su redonda faz se advertía un gesto profundo de concentración.

—Señor Reynolds, yo creo que, aproximadamente, si sabemos dónde paran Bob y Pete —manifestó el chico, como si reflexionara en voz alta—. Hemos de tener en cuenta, en primer lugar, que el tesoro debe de estar en estas montañas, dentro de la finca… Pensemos también en que el señor Harris dispone de un automóvil y de una camioneta. Nos consta, en tercer término, como cosa casi segura, que pretende apoderarse del tesoro esta noche. Sus diversas tretas para apartarnos de su camino fueron proyectadas para retardar nuestra acción momentáneamente.

—¿Y en qué forma puede ayudarnos todo eso que dices, Júpiter? —preguntó Ted, perplejo.

—Lo que he dicho significa que planea utilizar una carretera… Esta carretera ha de caer, casi con toda certeza, dentro de la finca. Probablemente, conduce a las montañas y no queda lejos de aquí —

explicó Júpiter—. Conocemos el camino que lleva a esta casa y el que conduce a la choza del bosque… ¿Qué otras carreteras hay por aquí? He aquí un dato sobre el cual probablemente puede informarnos la señorita Sandow.

—¡Diablos, Júpiter! Creo que no andas mal orientado con tus razonamientos —confesó Reynolds.

Éste se volvió hacia tía Sarah, en tanto que el señor Andrews, Ted y Worthington miraban hacia la lejanía, hacia las masas montañosas del sector oriental.

—¿Qué otros caminos hay en esta finca, señorita Sandow? —preguntó el jefe de policía.

La frágil y menuda dama pareció reflexionar.

—Pues verá usted… Resulta que en los últimos años apenas me he apartado de esta casa, pero…

Ted la interrumpió, de repente.

—¡Un momento! ¡Allí arriba se ve algo! ¡Es una luz! Parece que se apaga y se enciende.

Todos miraron hacia las ventanas ahora. Nadie osaba respirar. Esperaron unos momentos en silencio. Luego, la débil luz se vio de nuevo… Resplandecía por encima de los árboles más próximos a ellos.

—¡Es una petición de socorro! ¡Es un SOS! —exclamó Júpiter—. Apostaría lo que fuese a que se trata de Bob y Pete. Probablemente, han sido hechos prisioneros allí.

—Eso quedará a ocho o diez kilómetros de aquí —aventuró Reynolds—. Es, justamente, por donde comienzan las estribaciones de las montañas más altas.

—Hacia el este, jefe —apuntó Worthington, a su vez.

La luz volvió a verse…

—¿Qué es lo que hay allí, señorita Sandow? —preguntó Júpiter, muy excitado.

—Pues… No estoy segura… —respondió tía Sarah—. Ha pasado tanto tiempo desde que… Espera… Sí. Mi padre había hecho construir por allí una cabaña. ¡Dios mío! Apenas me acuerdo de esas cosas… No creo que haya sido visitada desde entonces aquélla…

—¿Cómo se llega allí, señorita Sandow? —inquirió el señor Andrews.

—Bueno… Hay una carretera… una carretera muy estrecha. Se

adentra por la zona montañosa más alta… La cabaña se encuentra en una meseta, en lo alto de un despeñadero. Cuesta mucho trabajo llegar hasta ella.

—Un sitio ideal para custodiar prisioneros, desde el punto de vista del señor Harris —subrayó Júpiter.

Todos siguieron mirando en la misma dirección que unos momentos antes, pero la luz dejó de verse. Esperaron unos minutos inútilmente…

—Algo tiene que haber sucedido —dijo el señor Andrews, preocupado.

—Dirijámonos a la cabaña —propuso el señor Reynolds, muy serlo—. No hay tiempo que perder.

En el «Rolls-Royce» se acomodaron Júpiter, Reynolds, Ted y el señor Andrews. Seguía a aquél el coche policíaco, en el que viajaban los hombres de Reynolds, con la excepción de uno, apostado en la casa para cuidar de la señorita Sandow. Los dos automóviles se deslizaron por la carretera hasta dar con el polvoriento camino descrito por la dueña de la finca.

Al adentrarse en la carretera de la montaña, apagaron las luces. En la oscuridad, el avance era más lento, si bien la luz de la luna ayudaba a distinguir un poco las peculiaridades más destacadas de aquel terreno. Pronto se hallaron al pie de las más altas elevaciones. Los dos coches se detuvieron, echando todo el mundo pie a tierra.

Júpiter señaló entonces algo. Desde aquel sitio era claramente visible la pequeña cabaña. Estaba bañada por la luz de la luna y enclavada en una diminuta meseta.

—¡Allí está!

—No se ve ninguna luz ahora —susurró el señor Andrews.

—Vamos a movernos por aquí con mucho cuidado —avisó el señor Reynolds—. Todo esto podría ser una trampa.

—Adelante, jefe. Bob y Pete pudieran encontrarse en peligro —apremió el señor Andrews.

—El peligro podría ser mayor de ser localizados todos nosotros demasiado pronto —puntualizó Reynolds—. Tú quédate un poco detrás de todos, Júpiter. Harris es un individuo peligroso.

Júpiter accedió a disgusto… Reynolds y sus hombres empezaron a subir por el empinado y estrecho sendero que conducía a la meseta. Les hizo detenerse un repentino alboroto, a su derecha.

Worthington y el señor Andrews, que se habían quedado cerca del «Rolls Royce», forcejeaban con un individuo de gran resistencia pese a su carta talla.

—¡Los hombres de piel oscura! —exclamó Júpiter.

—¡Traed a ese individuo aquí! —ordenó Reynolds a sus agentes.

Dos de los policías se unieron a Worthington y el señor Andrews, arrastrando a Natches, que seguía resistiéndose, hasta el sitio en que esperaban Reynolds y Júpiter. Cuando el yaquali vio a Júpiter dejó de forcejear. Su moreno rostro se animó con una sonrisa llena de ansiedad.

—Tú eres Júpiter, ¿verdad? Yo soy Natches. Un amigo. Un amigo yaquali. Yo huí…

—Después de hablar decidiremos si eres amigo o no —replicó Reynolds, severamente—. ¿Tú atacaste a este muchacho?

—Sí… Fue una equivocación. Creí que él y los suyos eran amigos de Harris, el hombre malo. Cometí un error… Se lo dije a los otros muchachos… Ellos me creyeron…

—¿Has visto a Bob y a Pete? —preguntó el señor Andrews—. ¿Dónde se encuentran ahora? ¡Dínoslo!

Natches miró a su alrededor, desesperado.

—El hombre malo… Harris… se los llevó. A mi hermano Nanika también… Ya había hecho prisionero a mi otro hermano, a Vittorio… Yo huí.

Reynolds suspiró.

—Será mejor que empieces por el principio, que te expliques en orden para que podamos entenderte…

—Un momento, jefe —dijo Júpiter—. Supongo que este hombre habla español… ¿Tú hablas español? —inquirió el chico, dirigiéndose a Natches.

El indio asintió varias veces, nervioso.

—Pues explícate en español —le invitó Júpiter—. El señor Reynolds y yo te entenderemos.

Natches empezó a referir su historia de nuevo. Pero esta vez lo hizo con más soltura y rapidez. Todos le escucharon atentamente. La conducta del traidor Harris provocó la indignación general.

—¿Has dicho que retiene a cuatro de vuestros hombres? —apuntó Júpiter—. ¡Desde luego! He sido muy torpe. Harris se vale de los jóvenes yaquali. Se trata de la respuesta al acertijo de

Magnus Verde. Hemos estado repitiendo incansablemente las que creíamos sus palabras: «Está en el ojo del firmamento, donde nadie puede encontrarlo».

—Y bien, ¿no fue ése su mensaje? —inquirió Reynolds.

—No, señor. Sus palabras fueron: «Está en el ojo del firmamento, donde ningún hombre puede encontrarlo». Ningún hombre, ¿se da cuenta? Quiso decir que no podía encontrarlo ningún hombre… En cambio, un joven, un muchacho, ¡sí!

—¡Un muchacho! —exclamó Reynolds.

—Exactamente, señor. Los indios son menudos. Por aquellos días lo eran todavía más. La banda de «Magnus Verde» escondió su tesoro donde solamente un joven podía encontrarlo. Debe de tratarse de alguna cueva con una abertura muy estrecha.

—Quieres decir… que Harris descubrió el verdadero significado del mensaje, visitando entonces el poblado yaquali para procurarse cuatro muchachos de la talla adecuada, aptos para realizar la escalada y poder penetrar en la cueva.

—Cierto —manifestó Júpiter—. Él sabía que eran unos escaladores magníficos.

—Eso quiere decir que el tesoro se halla por alguna de estas alturas —consideró el jefe de policía, moviendo la cabeza—. Ahora, no sé por qué esa estrecha abertura de la supuesta cueva había de detener a Harris… Hubiera podido hacer la entrada más grande; podía haberla volado con dinamita.

—No creo… —opinó Júpiter—. En primer lugar, se exponía a que la cueva se derrumbase, quedando el tesoro encerrado para siempre. En segundo término, hemos de pensar que Harris pretendía apoderarse de aquél, robarlo… Con tales intenciones, no le convenía llamar la atención de nadie. Le interesaba pasar inadvertido.

El señor Andrews medió en la conversación.

—¿No podríamos dejar todas estas cábalas para más adelante? En este momento, lo más importante es rescatar a los chicos. ¿Tú sabes a dónde se los llevó Harris, Natches?

Natches señaló el camino que conducía a las más altas montañas.

—Se fueron por ahí… Llevaban un vehículo.

—Esa carretera profundiza en las vecinas elevaciones —declaró

Reynolds—. Necesitaríamos varios días para explorarlas. Si esperamos a la mañana, contaremos con helicópteros.

—¡Por la mañana podría ser tarde ya! —exclamó el señor Andrews.

—Es que tampoco podemos perder el tiempo, señor Andrews, vagando de un lado para otro, delatando nuestra presencia. Podría ser que así pusiéramos en peligro de veras las vidas de los chicos.

Júpiter había permanecido en silencio durante la breve discusión. De repente, se volvió hacia Natches.

—Natches: ¿podrías rastrear la pista de Harris?

—Sí, desde luego. Ése no es un trabajo difícil para mí.

Reynolds contestó:

—¡Adelante, pues! Lo único que me preocupa es llegar a tiempo.

* * *

El señor Harris se encontraba junto a Bob y Pete, en un desolado cañón de las montañas, lúgubremente iluminado por la luz de la luna. Los chicos habían sido convenientemente atados con gruesas cuerdas.

—¡Estúpidos! Hubiera debido deshacerme de vosotros en seguida. Bueno, la cosa no puede tardar ya…

Surgió Sanders de las sombras de unas rocas.

—Los yaquali están listos, jefe.

—Muy bien —contestó Harris—. Ese gordinflón, el amigo de estos fastidiosos muchachos, habrá armado un gran alboroto a estas horas. Sería una imprudencia no apreciarlo en lo que vale. Es un chico inteligente. Tenemos que trabajar con la mayor celeridad posible. Sígueme, Sanders.

Bob y Pete observaron cómo los dos villanos se desvanecieron en las plateadas sombras del cañón. A su izquierda, Nanika gimió débilmente. Se hallaba tendido en el suelo, atado de pies y manos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Pete.

—Espero y deseo que Harris esté en lo cierto, es decir, que Júpiter se haya dedicado a buscarnos.

—Quizá viera nuestras señales.

—Tuvimos que ser forzosamente breves —dijo Bob, algo desanimado—. Y si las vio, lo más lógico es pensar que se

encaminará a la cabaña. ¿Cómo van a encontrarnos él y quienes le acompañen en la oscuridad?

—No lo sé, pero ya se las arreglarán para dar con nosotros —contestó Pete—. Me da el corazón que la luz del día no nos sorprenderá por estos parajes.

Antes de que Bob tuviese ocasión de formular ningún comentario, aparecieron de nuevo Harris y Sanders. El falso vegetariano daba la impresión de sentirse muy satisfecho. Hizo un gesto dirigido a Sanders, quien se agachó, desatando a Bob.

—Arriba —ordenó Harris secamente al muchacho—. Sanders: ¿seguro que sabes bien lo que has de hacer?

—Sí, jefe.

—Bien. Con los cuatro muchachos trabajando, esto se llevará muy pocas horas. Mantente alerta, Sanders. Tenemos ya casi el tesoro en nuestras manos.

Harris dio un empujón a Bob, que se encontraba delante de él. Los dos se perdieron en la noche, cañón arriba. Pete, muy inquieto, observó su desaparición. ¿Para qué necesitaba Harris a Bob?

Pete tenía una vaga idea sobre el lugar en que se hallaban. Aquel profundo cañón no tenía ningún nombre… Quedaba en la base del rocoso macizo denominado Iridian Head Mountain, casi al final de Sandow Estate. La carretera y la camioneta estaban a casi dos kilómetros de distancia. ¿Quién podía localizarlos allí?

—Sanders —dijo el chico—: Harris te dejará…

—Guarda silencio, muchacho —gruñó Sanders—. El jefe sabe muy bien lo que se hace.

Pete cerró el pico, abatido. Nanika, quejumbroso, se agitaba incesantemente, queriendo colocarse en la posición de sentado. El forzudo yaquali miraba a su alrededor con ojos salvajes. Pete intentó tranquilizarlo sonriéndole. No podía decirle nada, sin embargo. Nanika no hablaba inglés. Pete pensaba que en el caso de emprender alguna acción tendría que obrar por su cuenta y riesgo.

¿Y qué era lo que él podía intentar en definitiva? A unos metros de Pete estaba Sanders, empuñando un rifle. No perdía de vista un momento a los prisioneros. Pete miró a un lado y a otro, en busca de algo que le inspirara un plan para salir de aquella situación.

De repente, parpadeó. ¡Debía de estar viendo visiones!

Por todas partes surgían sombras, al parecer, dentro o en las

inmediaciones del pequeño cañón.

—¡Estoy aquí! ¡Socorro! ¡Estamos aquí!

Aquellas misteriosas figuras comenzaron a correr hacia él. Sanders dio un salto, observando asombrado a los hombres que corrían hacia él. Finalmente, arrojó su rifle al suelo, perdiéndose en la oscuridad.

—¡Coged a ese hombre! —gritó Reynolds.

Segundos más tarde, Júpiter, el señor Andrews y Worthington se agrupaban alrededor de Pete, soltando las cuerdas con que había sido amarrado. Natches se apresuró a poner en libertad a su hermano Nanika. Dos de los agentes de Reynolds regresaron con Sanders, quien se debatía aún, intentando liberarse de sus férreas manos.

—¿Dónde para Harris? —preguntó Júpiter a Pete.

—Subió por el cañón a Indian Head, llevándose a Bob…

El señor Andrews estaba sumamente preocupado.

—¿Todavía retiene a Bob?

Reynolds miró severamente a Sanders, que rehuyó sus ojos.

—¿Dónde está Harris, tú? ¿Qué ha hecho de Bob y de los jóvenes indios?

—¿Por qué no se molesta usted en averiguarlo? —inquirió Sanders, burlón—. Para eso es usted policía, ¿no?

—Figura entre ellos otro tipo… —manifestó Pete—. Se llama Carson.

Reynolds contestó:

—Bueno. Hagan lo que hagan, no podrán ir muy lejos. Están atrapados. Al entrar en este cañón se han metido en una especie de callejón sin salida.

Sanders hizo un gesto de profundo desdén.

—Bueno, jefe, no cante usted victoria tan pronto —dijo aquél—. No se muestre tan confiado…

—No pueden estar muy lejos de aquí —afirmó Pete.

—Para salir del cañón han de tropezar, quieran o no, con nosotros —puntualizó Júpiter.

—De acuerdo —contestó Reynolds—. Bueno… Vamos a avanzar separados, relativamente, cañón arriba.

Los componentes del grupo se esparcieron prudentemente. Caminaban con sus armas preparadas, listas para hacer fuego. Su

objetivo inmediato era Indian Head. La montaña se perfilaba contra un fondo blanquecino.

El cañón se iba estrechando gradualmente, pero ellos prosiguieron su avance. Iban pensando en que lo más probable era que el tesoro se hallara en una de las elevaciones que adivinaban más que veían, por lo cual miraban instintivamente a las alturas.

—¡Pete! ¡La montaña! ¡Fíjate…!

El muchacho no dio un paso más. De entre las sombras del cañón salió una risa salvaje que las paredes del mismo recogieron, prolongándola en un espantoso eco…

—¡La sombra riente! —exclamó Pete.

—¡Por allí! —aulló Reynolds—. ¡Rápido! ¡Encended vuestras linternas!

Los haces luminosos de aquéllas taladraron las sombras.

El señor Harris se encontraba delante de ellos, contemplándolos sonriente.

—Bien. Han llegado ustedes demasiado pronto —dijo—. Es una pena. Ahora tendré que saldarlo todo por menos de lo que yo apetecía, ¿comprenden?

Desde muy cerca llegó hasta allí otra risotada impresionante, ahogando el resto del discurso de Harris.

Capítulo 20

¡El Tesoro de los Chumas!

—¡No se mueva, Harris! —ordenó Reynolds—. Ustedes sujétenle —añadió dirigiéndose a sus agentes—. Procedan a cachearlo. ¿Dónde está el otro hombre?

Uno de los policías gritó en la oscuridad:

—¡Lo tenemos aquí, señor!

La sonrisa de Harris no desapareció de sus labios mientras estaba siendo cacheado. Un policía le quitó una pequeña bolsa, que entregó a su jefe. Carson se colocó muy a disgusto junto a Harris. Reynolds abrió la bolsa, enfrentándose con el risueño delincuente.

—Esta bolsa contiene oro, Harris, lo cual significa que ha localizado usted el tesoro. Le valdrá más decirnos dónde se encuentra. Sabemos quién es usted.

—¡Ah! ¿Saben quién soy? —Harris acentuó más su sonrisa—. Permítanme que dude… Es posible que esos sucios indios les hayan contado alguna historia absurda. Ahora, no pueden dar crédito…

—He estado hablando por teléfono también con Australia —le interrumpió Reynolds. Harris palideció.

—¿Con Australia? ¿Y cómo averiguaron…?

—Explícaselo, Júpiter…

No había hecho más que pronunciar estas dos palabras Reynolds cuando un pajarraco enorme surgió de la oscuridad, dirigiéndose a Harris, en cuya cabeza se posó. Era una ave del tamaño de un cuervo, aproximadamente, dotada de un pico negro y amarillo y una despeinada cresta, de blanca pechuga y desordenada cola. Resultaba de cuerpo voluminoso. La cabeza parecía demasiado grande para su tamaño.

—¿Qué es eso? —preguntó Pete, fijando la mirada en el raro pajarraco.

Antes de que nadie pudiese informarle, el animal abrió su enorme pico y de él salió una salvaje risotada que retumbó en el cañón.

—¡La risa misteriosa! —aulló Pete—. ¡Era un pájaro!

—Es un kookaburra, para ser exacto —anunció Júpiter, que no dio muestras de estar muy sorprendido—. En Australia es conocido este animal con el nombre de «asno reidor». Es lo que no podía recordar… Se trata de un animal australiano con una risa casi humana.

Júpiter cogió una linterna, proyectando el haz luminoso sobre Harris. Con el pajarraco sobre su cabeza, el hombre proyectaba una sombra alta, como cargada de espaldas. La cabeza de Harris tomaba una forma de pájaro, con el protuberante pico moviéndose en todas direcciones.

—He ahí la sombra riente —manifestó Júpiter—. Todo se reducía a la persona del señor Harris con su animal favorito, ese kookaburra posado sobre su cabeza… El kookaburra sólo se encuentra en Australia.

El señor Harris asintió, encogiéndose de hombros.

—Así, pues, fuiste tú quien advirtió eso, ¿eh, Júpiter? Yo temí desde un principio que ocurriera algo por el estilo, por lo cual intenté desembarazarme del animal. Desgraciadamente, optó por quedarse en la finca, lanzando sus desagradables gritos en los momentos menos oportunos.

—Júpiter descubrió también el papel con que envolvió usted su bocadillo, Harris —dijo Reynolds—. Cometió un desliz grave.

—¡Ah! ¿También vio eso? Hubiera debido ser más riguroso con este amiguito. Sin embargo, no está todo perdido. Supongo que todos ustedes estarán interesados en el feliz regreso de Bob y los indios.

El señor Andrews inquirió:

—¿Qué ha hecho usted con Bob?

—No se meta usted en más líos, Harris —aconsejó Reynolds—. Su situación ya es bastante desesperada.

—Mi situación no es muy brillante, en efecto. No obstante, se me ofrece todavía una salida. Siempre da buen resultado hallarse

preparado para lo peor.

Harris pronunció las anteriores palabras esbozando una perversa sonrisa. Seguidamente, añadió:

—Veamos… En esa bolsa que usted cogió hay un poco de oro. No está todo el que yo había querido obtener, pero, en fin, hay una cantidad respetable. Quiero hacer un trato a base de él… Me quedaré con ese oro y con mi libertad. Usted puede quedarse con Sanders y Carson para guardar las apariencias.

Sanders, furioso, masculló unas palabras, abalanzándose contra su jefe, pero los policías se precipitaron y lo retuvieron fuertemente.

—Bueno, bueno, Sanders… Todos tenemos que saber cuidarnos, ¿no? No puedo mostrarme demasiado codicioso. Mi libertad y este oro a cambio de los jóvenes y el resto del tesoro.

—No hay trato que valga, Harris —declaró el jefe de policía—. Nosotros encontramos a sus prisioneros. Ya no puede causarles daño alguno. Le tenemos a usted, tenemos a sus hombres.

—Está usted completamente equivocado, jefe —manifestó Harris sin alterarse—. Me encuentro preparado para afrontar esa eventualidad. No podrán localizar a los jóvenes indios ni a Bob si yo me niego a darles a conocer su paradero.

Reynolds contestó:

—Harris: le prevengo que…

El hombre interrumpió al policía, con voz ronca:

—A mí no tiene usted que hablarme en ese tono. No puede hacerlo. Ustedes nunca encontrarán a esos muchachos con vida si no me dan ese oro, si no me dejan en libertad. Mis prisioneros no pueden escapar, les es imposible pedir socorro. No disponen de alimentos, ni de agua. Si usted me deja partir libremente con el oro, cuando llegue a un lugar en el que me considere a salvo le telefonearé para comunicarle donde están. De otro modo, todos morirán.

—Usted no se atreverá a hacer tal cosa. Lo pagaría muy caro, Harris.

Éste sonrió.

—Puede ser que me atreva, jefe. ¿Qué seguridades tiene usted en cuanto a eso? Desengáñese: no se le ofrece otra salida, Reynolds.

Sobre la cabeza del criminal, el kookaburra lanzó una de sus escalofriantes risotadas que resonó de una manera más

impresionante que nunca en las sombras del cañón. El señor Andrews miró, suplicante, al policía. Los demás no perdían de vista al sonriente Harris. Luego, habló Júpiter.

—Señor Reynolds —dijo el muchacho serenamente—: yo creo que sí se nos ofrece otra salida… Estoy seguro de que sé dónde paran Bob, Pete y los jóvenes indios.

Harris obsequió con una fría mirada a Júpiter. Reynolds hizo un gesto de duda.

—¿Dónde crees que están, Júpiter? —inquirió el hombre.

—Ahí arriba —declaró el chico, señalando la negra masa de la montaña, que se recortaba ante ellos contra el fondo grisáceo del firmamento—. Las palabras de Magnus Verde fueron: «Está en el ojo del firmamento, donde ningún hombre puede encontrarlo». Sabemos que la expresión ningún hombre encerraba un engaño, una treta. Creo en cambio en la exactitud de la otra: en el ojo del firmamento. No aludió Magnus Verde al sol, ni a la luna, ni a nada semejante a un ojo. Se refirió a un ojo real. Están ahí arriba, en la montaña, ¡en Indian Head!

Todos miraron hacia las alturas. La luz planteada de la luna perfilaba en una de las elevaciones una faz. Era aquél un rostro gigante y rocoso con una nariz, con una boca y dos ojos.

—El ojo izquierdo se pierde en las sombras —prosiguió diciendo Júpiter—. Me parece que allí hay una repisa y una cueva. Y ése es el sitio en que fue escondido el tesoro de los Chumas. Harris debía de encontrarse allí cuando vio nuestras luces. Entonces, obligó a sus prisioneros a entrar en la cueva, cerrando el acceso a la misma, quedando así todos atrapados.

Harris musitó:

—¿Me crees capaz de trepar hasta ese lugar?

Júpiter asintió.

—Con la ayuda de los jóvenes yaquali, sí. La policía australiana nos informó que usted, como ladrón, fue siempre un gato, capaz de deslizarse por los sitios más inverosímiles.

—Supón que tus amigos están allí… ¿De qué te servirá eso?

—Natches y Nanika sabrían llegar hasta la repisa —afirmó Júpiter.

Natches asintió ansiosamente.

—¡Sí! Para nosotros no hay dificultades en la montaña. Será

muy fácil…

—¿Van ustedes a dar crédito a lo que diga un chiquillo? —preguntó Harris, dirigiéndose a los otros—. Voy a hacerles una advertencia. Si le escuchan y luego resulta que se ha equivocado no hay nada ya de lo propuesto. Nos pondremos de acuerdo ahora o nunca.

Todos estaban sumamente nerviosos. Harris lanzó una fuerte exclamación de impaciencia. Las miradas de los presentes se concentraban en el señor Andrews y los dos yaquali. Habló en primer lugar el señor Andrews.

—Yo quiero confiar en la corazonada de Júpiter —dijo.

Los dos indios asintieron.

—Conforme —contestó Reynolds—. Natches y Nanika subirán ahí arriba, a echar un vistazo. Pero ¿qué va a pasar si Harris ató a los jóvenes? De ser la abertura de la cueva demasiado pequeña, podría ser que a Natches y a Nanika les resultase imposible entrar en aquélla.

—No acierto a ver cómo pudo entrar en la cueva Harris con el propósito de atarlos —replicó Júpiter—. Quizá lo hiciera antes de encerrar a sus prisioneros… Pero me parece que no dispuso de tiempo para tal cosa. Bueno, lo importante, de momento, es subir. Cabe la posibilidad de que yo pudiera deslizarme dentro de la cueva.

—¿Tú, Júpiter? —preguntó Reynolds, repasando el cuerpo del chico brevemente.

El primer investigador era de complexión fuerte, maciza. Abultaba más que sus camaradas.

—Perdone… —dijo Natches—. No creo que Júpiter pueda hacer esa escalada. Es… es algo… grande, ¿no?

Júpiter se ruborizó ante aquella alusión tan clara a su volumen. Aunque a disgusto, se mostró de acuerdo…

—Supongo que tendrá que intentarlo Pete —manifestó.

—Sí —corroboró Natches—. Es un chico fuerte, alto, pero poco pasado. Podría colarse por la entrada de la cueva.

Pete tragó saliva.

—Sí, me parece que yo podré arreglármelas mejor —reconoció.

Reynolds obligó a Harris y a sus dos hombres, que no cesaban de lanzar iracundas miradas sobre su jefe, a colocarse entre dos

grandes peñascos, donde se sentaron en silencio mientras Pete y los dos yaquali se preparaban para la escalada. Una vez dispuesto su equipo, los indios ataron al chico entre ellos, poniéndose los tres en marcha. Nanika iba delante.



Desde lo hondo del oscuro cañón, los demás observaron cómo trepaban por las rocas, igual que si hubiesen sido insectos. Movíanse con rapidez y seguridad. Se hacía evidente que sin la adición de Pete los dos yaquali habrían trepado con la misma facilidad con que un hombre normal camina por la calle. Los indios estaban pendientes de los movimientos del chico.

Finalmente, alcanzaron la repisa del ojo, en la rocosa cara. Aquí se detuvieron un momento y después perdiéronse los tres en la oscuridad.

—¡Lo consiguieron! —exclamó Reynolds, entusiasmado.

—En compañía de Natches y Nanika, señor Reynolds, el peligro era inexistente —señaló Júpiter—. Ahora ya están en el ojo del firmamento.

Sobre la repisa, Pete y los dos yaquali vieron una gran roca apoyada contra el muro situado al fondo del pétreo ojo. Luego, localizaron un pequeño montón de oro y una larga barra de hierro.

—¡Jupe tenía razón! —exclamó Pete—. El oro se encuentra aquí… Harris se valió de la barra de hierro para levantar la roca que obstruye la entrada a la cueva. Adelante, Natches.

Valiéndose de la barra de hierro, desplazaron la roca. Detrás de ella descubrieron un pequeño y oscuro agujero. Resultaba demasiado angosto para las anchas espaldas de Natches y Nanika. Pete cogió una linterna.

—Atadme una cuerda a un tobillo. Si hago alguna señal, sacadme.

Pete se adentró por la abertura. Apenas cabía en el estrecho túnel y tuvo que forzar su avance. Luego, descubrió un espacio notando que el aire era más fresco. Pete empezó a arrastrarse con más rapidez… Pero en seguida se detuvo.

Habíase quedado inmovilizado. Era demasiado voluminoso para aquel espacio. Oyó inesperadamente un ruido a su izquierda y hacia delante. Asustado, encendió la linterna, viéndose frente a una figura que empuñaba una gran piedra y que se disponía a atacarle.

—¡Bob! —chilló.

—¡Pete! —Bob sonrió—. No sabes lo que me alegro de verte. Intenté decir a todos que vinieran por nosotros, pero creo que no fui comprendido —Bob se echó a reír. Estaba muy nervioso—. Te moverás con mucha dificultad. Yo no sé cómo logré pasar.

Pete paseó el haz luminoso de la linterna a su alrededor, hallando que le sobraban unos centímetros para encajar bien allí. Después, el foco de luz se posó sucesivamente en cuatro menudos y morenos jóvenes situados cerca de Bob, que le miraban sonrientes.

—Procura enfocar ahora el fondo de esta cueva —dijo Bob.

Pete obedeció…

—¡Ooooh! —exclamó.

Pete vio esparcidos por el suelo algunos montones de oro y una masa de centelleantes joyas. Los trozos de oro adoptaban las más variadas formas; brillaban, lanzaban destello; bajo la luz de la linterna. Veíanse allí joyas con todos los colores del arco iris, en inmóvil y polícroma cascada.

—¡El tesoro de los Chumas! —exclamó Pete, asombrado—. ¡Lo hemos encontrado!

Capítulo 21

Alfred Hitchcock descubre un cabo suelto

En la tarde del día siguiente, Los Tres Investigadores se encontraban sentados ante la mesa de trabajo de Alfred Hitchcock, en el despacho de éste.

—Así pues, el Tesoro de los Chumas estaba «en el ojo del firmamento, donde nadie podía encontrarlo»… El viejo Magnus Verde dijo la verdad exactamente y, por tanto, logró mantener desorientado a todo el mundo, por espacio de doscientos años.

—Nadie creyó que había dicho la verdad —subrayó Júpiter.

—Hasta que aparecisteis en escena vosotros, muchachos —el famoso director se sentía muy complacido, según todas las trazas—. El señor Harris y sus secuaces van a disponer de tiempo de sobra para arrepentirse de sus perversos procedimientos.

—Y cuando salgan de la prisión, los policías australianos solicitarán de ellos algunas explicaciones —dijo Bob.

—Su futuro no es muy brillante, que digamos —manifestó el señor Hitchcock, secamente—. ¿Confesaron de plano esos hombres todos sus censurables delitos?

—Sí, señor —respondió Pete—. El señor Harris era un tipo muy inteligente… Habiendo oído hablar del Tesoro de los Chumas, imaginó cuál podía ser la respuesta al acertijo de Magnus Verde. Pero después de localizar la montaña de Indian Head y la cueva, descubrió que le era imposible deslizarse en su interior. Había visitado el poblado yaquali encontrándose en México, de manera que decidió procurarse el concurso de varios jóvenes indios para

llegar hasta donde estaba el oro.

Bob asintió.

—Ha admitido que no le interesaba la ayuda de unos jóvenes americanos porque planeaba deshacerse de ellos una vez logrado su propósito. Estaba seguro, en cambio, que la desaparición de cuatro muchachos de una remota aldea india de México nunca conduciría a las autoridades hasta él.

El famoso director frunció el ceño.

—¡Un villano redomado, completo! Vosotros, chicos, habéis hecho un gran bien a la sociedad al interrumpir su negra carrera de fechorías.

Júpiter medió ahora en la conversación.

—El hermano pequeño de Natches y Nanika entiende un poco el inglés y se enteró de lo que decía Harris. Comprendió que éste abrigaba algún propósito criminal y que pensaba deshacerse de los jóvenes más adelante. En consecuencia, se decidió a escribir una carta, arrojándola fuera del vehículo en que viajaba. Por fortuna, alguien halló la carta, echándola al correo.

—He ahí el factor suerte —señaló el señor Hitchcock—. No lo despreciéis nunca, muchachos. Entra en todas las acciones humanas. Nunca sabremos quién fue la persona que echó la carta al correo, pero lo cierto es que ella salvó a los jóvenes indios.

—En efecto, señor —convino Júpiter.

—A mí me produce extrañeza ahora un aspecto de este caso… —manifestó el famoso director—. Al parecer, Harris dejó transcurrir algún tiempo antes de lanzarse a la localización y robo del tesoro.

Júpiter hizo un gesto afirmativo.

—Sí… —dijo—. Harris comprendió que lo mejor para él era apoderarse del tesoro cuando nadie podía verle. No quería que nadie supiese que había entrado en posesión del mismo. Por tanto, esperaba un momento propicio, cuando Ted y la señorita Sandow no se hallaran en la finca… Pensaba convencerles de que debían asistir a una reunión de vegetarianos que se celebraría en San Francisco, por el día en que nosotros encontramos el amuleto. Tan pronto como se hubiesen marchado, se haría con el tesoro, deshaciéndose seguidamente de los jóvenes indios, para huir en un avión particular que había contratado. De haberle salido bien el plan, nadie habría pensado que había entrado en posesión del

tesoro… Ni aun su existencia habría sido dada por cierta… Finalmente, hubiera llegado a Sudamérica, donde ya no correría ningún peligro.

Pete continuó con el hilo de la historia:

—Una tarde sacaron al joven Vittorio de la cabaña y éste se escapó… Merodeando por los alrededores de la casa de la señorita Sandow, descubrió el amuleto al asomarse por una de las ventanas de la biblioteca. Lo robó porque pensó que el oro podía servirle de algo.

—El amuleto le sirvió —medió Bob—, pero no por su oro… Descubrió en la figurilla el compartimiento secreto y decidió valerse de él para enviar fuera de la finca un mensaje en solicitud de socorro.

—Más tarde, fue capturado —dijo Pete—. En aquel momento oímos sus voces pidiendo auxilio. Vittorio esperaba que sus hermanos hallaran su papel, pero éste fue a parar a nuestras manos.

—¡Una suerte, verdaderamente! —exclamó el señor Hitchcock —. Vosotros, muchachos, solucionasteis el enigma, trabajando sobre una base insignificante. Decidme: ¿fueron los amuletos verdaderas pistas conducentes al tesoro?

—No, señor —explicó Júpiter—. Los amuletos probaban únicamente la existencia de un tesoro. Desde luego, Natches quería entrar en posesión del primero porque pensaba que procedía de Vittorio. Yo cometí un error con el segundo amuleto. El señor Harris me llevó de la mano… Todo lo que me dijo era mentira.

—¿Un error, Jones? —inquirió el señor Hitchcock, enarcando las cejas.

—Sí, señor —admitió Júpiter, entristecido—. Supuse que Ted era culpable de algo y que los amuletos constituían simples pistas. Esto me impidió ver la realidad. Facilité así el trabajo del señor Harris en su pretensión de engañarnos. Simplemente: me animó a continuar creyendo en lo que yo había dado ya por cierto.

El conocido director de cine asintió lentamente.

—Sí… He aquí el peor error en que puede incurrir un investigador. Nunca se puede dar nada por cierto si no es probado antes. Hay que tener una mentalidad receptora, abierta a todo, siempre, que es la única manera de evitar que los demás nos engañen. Y ahora explica otro punto del caso, joven. ¿Qué es lo que

te hizo comprender que la sombra riente era un kookaburra, detalle que te llevó a pensar luego en el origen australiano de Harris?

—Bueno, yo por entonces estaba siendo engañado todavía y pensé que la sombra era Ted. Pero su acento me hizo caer en la cuenta de que existen algunos de tipo británico que no son necesariamente de Inglaterra.

—Sí, ya —convino el señor Hitchcock—. Pero ¿qué es lo que te condujo a pensar en el kookaburra y en Australia?

Júpiter sonrió.

—No nos pusimos de acuerdo al hablar del sonido exteriorizado por la sombra. Cada uno aludía a un sonido diferente. Me acordé de la famosa novela de Edgar Allan Poe, la titulada «Los crímenes de la calle Morgue», y entonces…

—¡Claro, claro! En esa novela ninguno de los personajes coincidía con los otros al aludir al lenguaje empleado por el criminal, que nadie viera. Nadie podía identificar su manera de hablar, naturalmente… ¡debido a que el criminal era un mono y no hablaba ningún lenguaje humano!

Júpiter parecía muy complacido consigo mismo.

—Exactamente, señor. De repente, pensé que tal vez la risa que habíamos oído no hubiera salido de ninguna garganta humana.

El señor Hitchcock sonrió.

—¡Espléndido, amiguito! El «asno riente» ha soltado sus últimas risotadas a costa del señor Harris… ¡Ah! El Tesoro de los Chumas debió de constituir para vosotros un espectáculo impresionante…

—Sí, señor —declaró Bob—. Y le hemos traído una pieza integrante de aquél…

Bob colocó sobre la mesa del señor Hitchcock una especie de guijarro de oro, añadiendo:

—Con los saludos más cordiales de la señorita Sandow, señor Hitchcock.

—No dejéis de darle las gracias de mi parte a la gentil señorita Sandow. Esta pieza irá a engrosar mi colección de recuerdos de vuestras distintas hazañas. Bueno, ¿y qué hay acerca del resto del tesoro? Supongo que éste es de la exclusiva pertenencia de la señorita Sandow.

—La señorita Sandow espera que los indios sacarán algún proyecto de su aventura —indicó Bob—. No estaría mal que los

yaquali regresasen a su aldea con algún dinero.

El señor Hitchcock asintió.

—En consecuencia, hemos llegado al final del caso. Ahora bien, amigos míos, me parece que no hemos terminado… Acabo de descubrir un cabo suelto.

—¿Un cabo suelto? —inquirió Pete.

Júpiter, perplejo, miró a un lado y a otro.

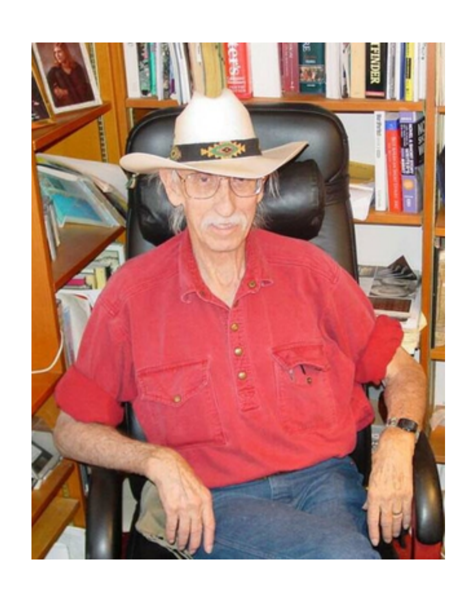
—No acierto a caer en la cuenta, señor Hitchcock…

—A menos que se me haya escapado algo de vuestro informe… creo que ha quedado por arreglar la cuestión referente a E. Skinner Norris.

—No se preocupe —confesó Júpiter—. Tenemos planes que le afectan directamente.

ALFRED HITCHCOCK

Fin



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de Los tres investigadores. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos **Nick Carter**, **Michael Collins**, **John Crowe**, **Carl Dekker**, **Maxwell Grant** y **Mark Sadler**.

Notas

[1] Masters: Tratamiento de respeto que se da a los chicos en Inglaterra. (*N. del T.*). <<